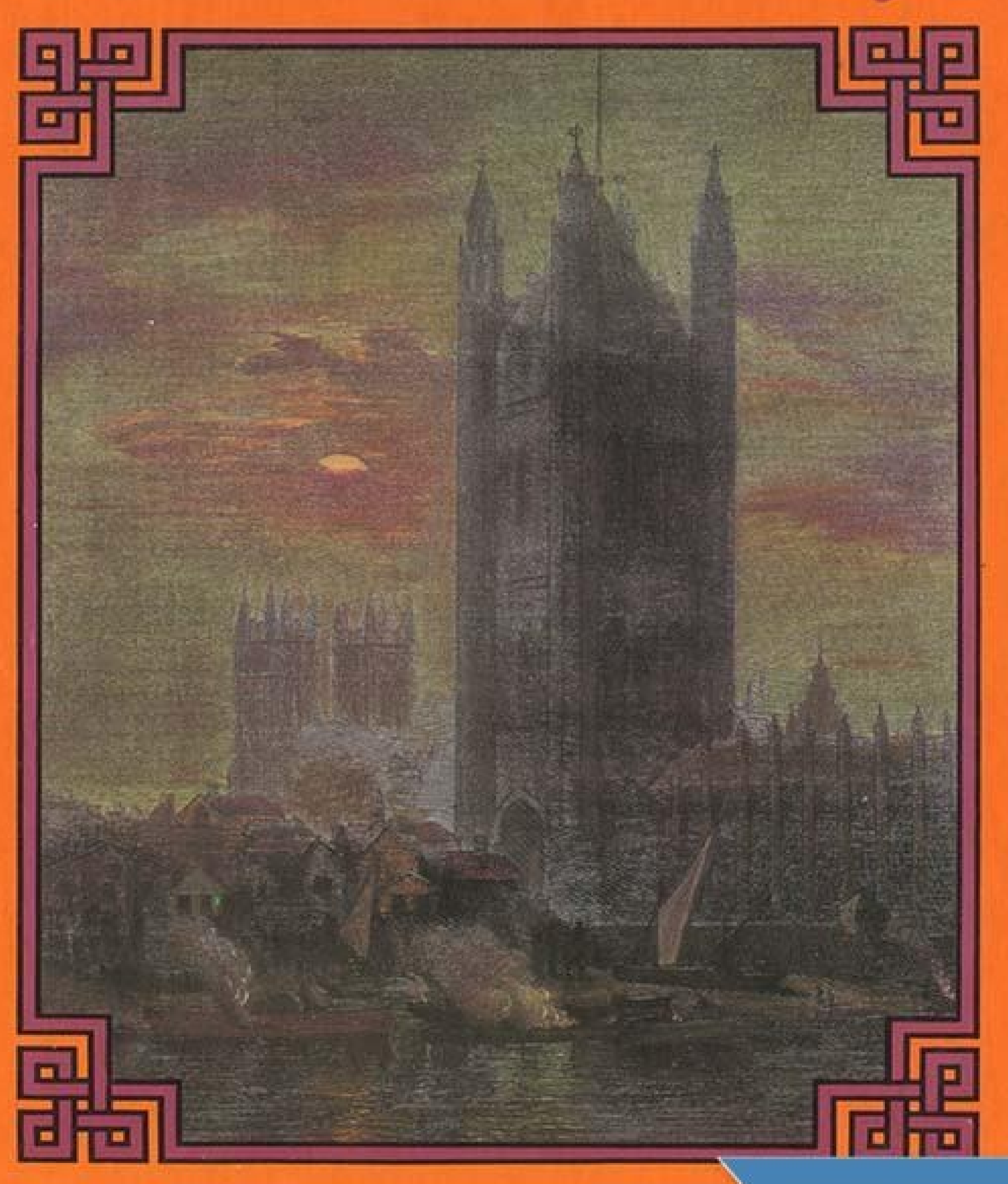
EL CIELO ENVENENADO

Sir Arthur Conan Doyle



El cielo envenenado pertenece a la serie protagonizada por el profesor Challenger. Nuestro planeta atraviesa una zona del cosmos donde existe un peligroso agente tóxico que al penetrar en la atmósfera terrestre origina graves perturbaciones. Todo parece indicar que ha llegado el fin para la raza humana. De este modo, la novela atrapa desde el principio al lector y le hace vivir, mediante la poderosa imaginación del autor, la más emocionante de las aventuras. El estilo ágil, preciso, sin florituras, de este escritor inglés muestra con viva maestría el drama que se cierne sobre la humanidad.

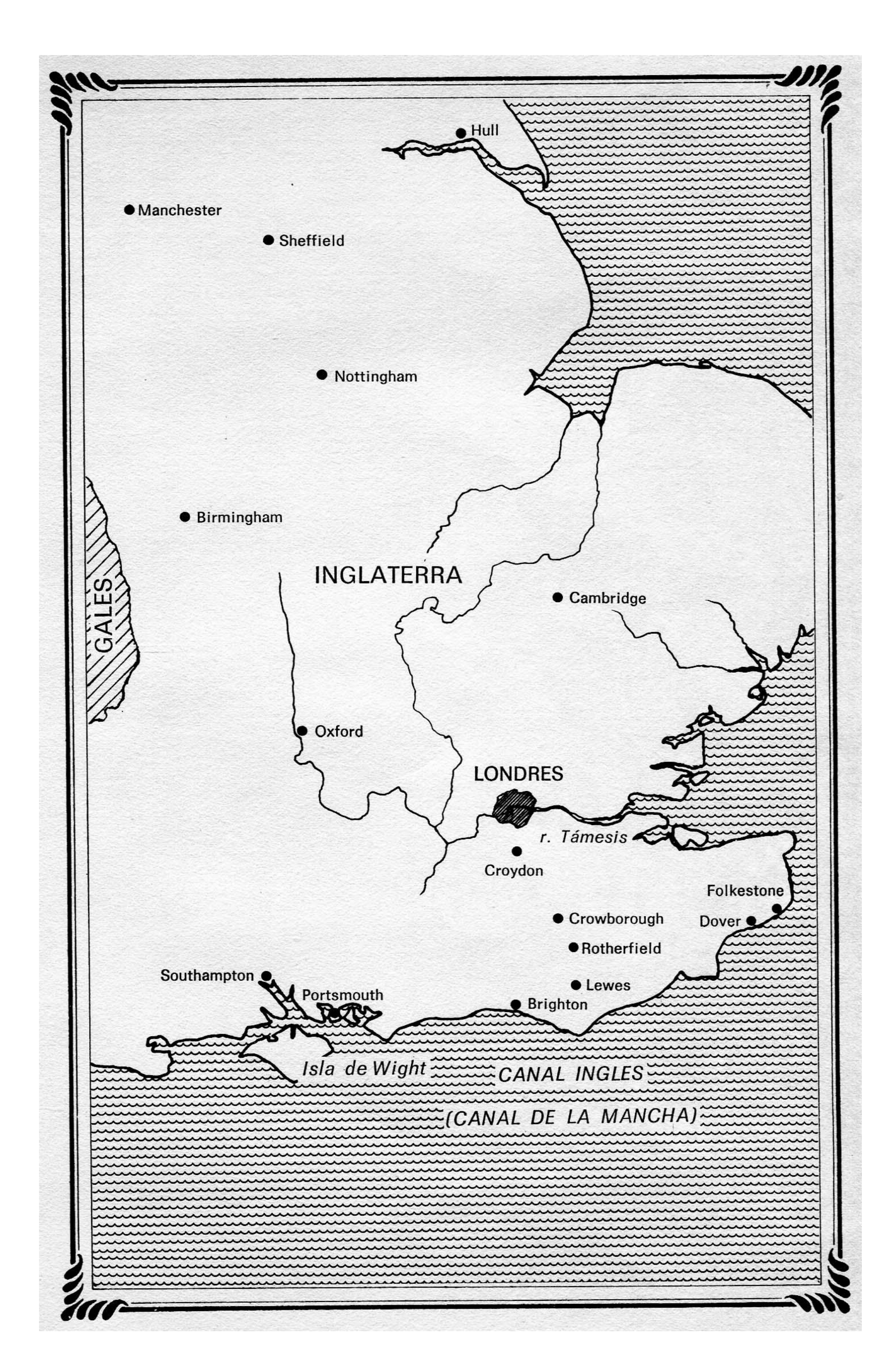
Arthur Conan Doyle

El cielo envenenado

ePub r1.0
Titivillus 03.02.2021

Título original: *The Poison Belt*
Arthur Conan Doyle, 1913
Traducción: Aurelio Martínez Benito

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Hull
Manchester
Sheffield
Nottingham
Birmingham
GALES
INGLATERRA
Cambridge
Oxford
LONDRES
r. Támesis
Croydon
Folkestone
Dover
Crowborough
Rotherfield
Lewes
Brighton
Southampton
Portsmouth
Isla de Wight
CANAL INGLES
(CANAL DE LA MANCHA)

s de todo punto necesario que ahora mismo, mientras aún tengo grabados en la memoria aquellos prodigiosos acontecimientos, los ponga por escrito con esa precisión y detalle que el tiempo acaba por borrar. Pero al ponerme a la tarea no salgo de mi asombro ante el hecho de que le tocase precisamente a nuestro pequeño grupo del «Mundo perdido» —los profesores Challenger y Summerlee, lord John Roxton y el que esto escribe— vivir tan increíble experiencia.

Cuando hace unos años publiqué en el *Daily Gazette* la crónica de nuestro extraordinario viaje por tierras de Sudamérica, no podía imaginarme que un día habría de contar una experiencia personal aún más asombrosa, un acontecimiento único en los anales de la humanidad, un hecho que sobresaldrá en los archivos de la historia como una prominente cima entre los humildes montículos que lo rodean. El acontecimiento en sí será siempre prodigioso, pero la circunstancia de que estuviéramos juntos los cuatro con ocasión de tan extraordinario episodio acaeció de forma sumamente natural y, desde luego, inevitable. Expondré los hechos que se hallan en el origen de todo con la mayor brevedad y claridad posibles, aun cuando soy plenamente consciente de que cuanto más entre en detalles más me lo agradecerá el lector, pues la curiosidad pública ha sido, y sigue siendo, insaciable.

Corría un viernes, exactamente el 27 de agosto —una fecha que se recordará siempre en la historia de la humanidad—, cuando me dirigía a la oficina del periódico para pedir tres días de permiso al señor McArdle, que a la sazón se encontraba aún al frente de la sección de informaciones. Aquel buen viejo escocés sacudió la cabeza, se frotó el escaso mechón de rojiza pelusa que tenía en la nuca y, finalmente, puso su reticencia en palabras.

—Precisamente estaba pensando, señor Malone, que podíamos sacar partido de usted estos días. Estaba pensando en algo que sólo usted podría tratar como es debido.

—Lo siento —dije, procurando ocultar mi disgusto—. Claro que si se me necesita no hay más que hablar. Pero el compromiso era importante y de carácter personal. Si se pudiera no contar conmigo…

—Difícil lo veo.

La respuesta era concluyente, pero tuve que poner la mejor cara que pude. Después de todo, la culpa era mía, pues para entonces debía saber ya que un periodista no tiene derecho a hacer planes.

—Entonces, será mejor que no piense más en ello —dije, con el mejor ánimo que pude ante notificación tan escueta—. ¿Para qué me quería en ese caso?

—Pues para entrevistar a ese diablo de hombre que vive allá en Rotherfield.

—¿No se referirá al profesor Challenger? —exclamé.

—Pues sí, a él justamente me refiero. La semana pasada hizo bajar corriendo al joven Eric Simpson, del *Courier*, toda una milla por la carretera…, le llevó agarrado del cuello del abrigo y de los bajos de los bombachos. Supongo que se habrá enterado por la nota de la policía. Nuestros muchachos preferirían entrevistar a un caimán que anduviese suelto por el zoológico. Pero usted podría hacerlo, al menos eso creo…, un viejo amigo como usted.

—¡Vaya! —dije, con gran alivio—, eso lo allana todo. Precisamente pedía permiso para ir a visitar al señor Challenger en Rotherfield. En estas fechas se conmemora el aniversario de nuestra gran aventura por el altiplano hace tres años, y nos ha convocado a todos los integrantes del grupo a su casa con objeto de festejar la ocasión.

—¡Estupendo! —exclamó McArdle, frotándose las manos y brillándole los ojos a través de las gafas—. Entonces, podrá sonsacarle sus opiniones. Si se tratase de otro hombre diría que no son más que bobadas, pero ese tío dio en el clavo ya en cierta ocasión y quién sabe si no estará en lo cierto también ahora.

—¿Sonsacarle qué? —pregunté—. ¿Se puede saber qué ha hecho?

—¿No ha visto su carta en «Posibilidades científicas» en el *Times* de hoy?

—No.

McArdle se agachó y cogió un ejemplar del suelo.

—Léalo en voz alta —dijo, señalando una columna con el dedo—. Me gustaría escucharla otra vez, pues no estoy seguro de haber entendido bien lo que ese hombre ha querido decir.

He aquí la carta que leí al redactor de informaciones de la *Gazette*:

«POSIBILIDADES CIENTIFICAS»

«Señor director: He leído con placer, no del todo exento de ciertas sensaciones menos halagadoras, la engreída y de todo punto fatua carta de James Wilson MacPhail, recientemente aparecida en las columnas de su periódico sobre el desdibujamiento de las líneas de Frauenhofer tanto en el espectro de los planetas como en el de las estrellas fijas. El señor MacPhail despacha el tema como si fuera algo irrelevante. Una inteligencia más aguda le atribuiría sin duda una importancia mucho mayor…, tan grande que puede llegar a afectar en última instancia al bienestar de hombres, mujeres y niños sobre este planeta. Difícilmente puedo esperar, mediante el recurso al lenguaje científico, transmitir el sentido de mis palabras a esa gente fútil que forja sus ideas a partir de las columnas de los periódicos. Trataré, pues, de adaptarme a sus limitaciones y de indicar la situación en que nos encontramos mediante el recurso a una analogía casera que espero esté dentro de los límites de la inteligencia de sus lectores».

—¡Qué hombre!, es un prodigio…, ¡un prodigio viviente! —dijo McArdle, sacudiendo la cabeza con aire reflexivo—. Sería capaz de pegar las plumas de una paloma recién nacida o de provocar un tumulto en una reunión de cuáqueros. No me extraña que Londres se haya vuelto un lugar demasiado candente para él. Es una pena, señor Malone, pues es un cerebro privilegiado. Bien, veamos la analogía.

»Supongamos —seguí leyendo— que un puñado de corchos fuese lanzado a una corriente lenta en el curso de un viaje por el Atlántico. Los corchos se deslizarían lentamente día tras día rodeados de las mismas condiciones ambientales. Si los corchos fuesen seres reflexivos podrían pensar que tales condiciones eran permanentes y seguras. Pero nosotros, dotados como estamos de un conocimiento superior, sabemos que la calma de los corchos podría verse alterada por múltiples causas. Así, podría suceder que se estrellaran contra un barco o bien contra una ballena dormida o que acabaran enredados entre las algas.

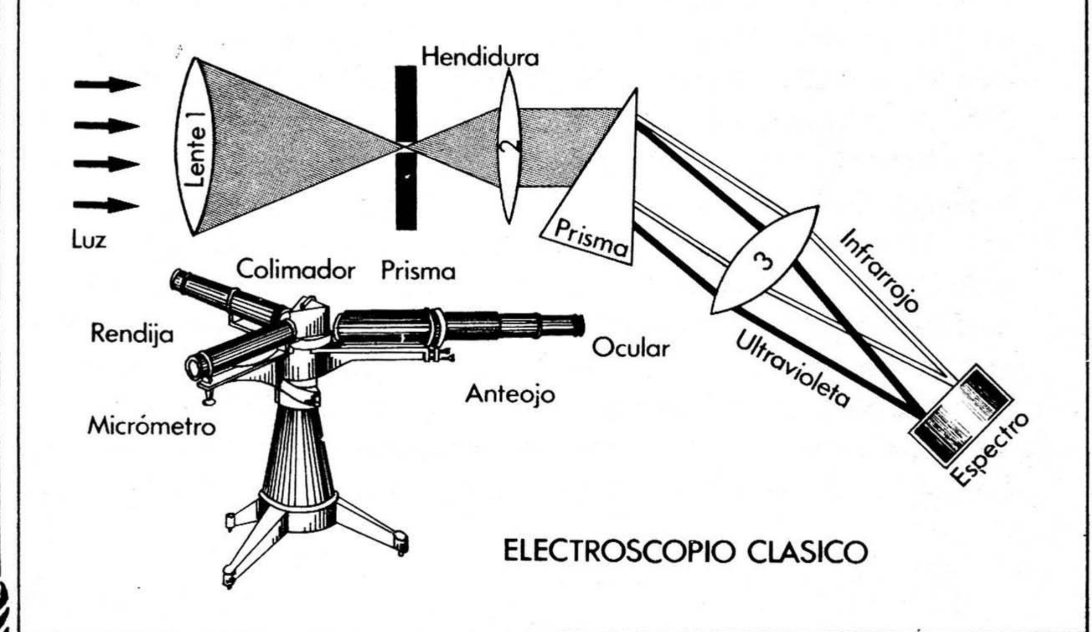
»En cualquier caso, su viaje acabaría probablemente en algún lugar del rocoso litoral del Labrador. Pero ¿cómo podrían imaginarse lo que iba a sucederles mientras se deslizaban plácidamente día tras día por lo que creían era un océano homogéneo y sin límites?

»Sus lectores comprenderán posiblemente que, en esta parábola, el Atlántico es el inmenso océano de éter por el que nos deslizamos, y que el puñado de corchos representa el pequeño y oscuro sistema planetario al que pertenecemos: un sol de tercer grado, con su retahíla de minúsculos satélites. Discurrimos bajo las mismas condiciones un día tras otro hacia un fin

desconocido, hacia una sórdida catástrofe que nos sumirá en los últimos confines del espacio, a donde nos vemos arrastrados por un Niágara etéreo, o acabaremos estrellándonos contra algún inimaginable Labrador. No veo lugar aquí para el optimismo superficial y zafio de su corresponsal, el señor James Wilson MacPhail, sino multitud de razones por las que deberíamos observar con suma atención e interés cualquier síntoma de cambio en ese entorno cósmico del que puede depender nuestra suerte final».

LA EMISION DE LUZ EN EL ESPACIO

Las estrellas son grandes fuentes de luz en el espacio, y también emiten radiaciones de diverso tipo, como ondas de radio, rayos X, etc. Según el brillo y el color de estas estrellas se han realizado catálogos para clasificarlas. Mediante el espectro luminoso se recoge el color del cuerpo brillante, lo que permite determinar la edad de la estrella, su temperatura y su composición química. Su intensidad de luz es como el mensaje, la información clave que la estrella proporciona acerca de su vida y características. Los catálogos actuales comprenden ocho tipos diferentes de estrellas según su color. La clasificación en estos ocho grupos se realiza con las siguientes letras: O, B, A, F, G, K, M y C, comprendiendo el grupo O las estrellas más calientes y el C las más frías. El color determina el calor de la estrella: las O y B son azules; las A, blancas; las F, G y K, amarillas y naranjas, y las M y C van del rojo al violeta. Nuestro Sol pertenece al grupo G y se encuentra, por tanto, en la mitad de su vida.



ELECTROSCOPIO CLASICO

—¡Menudo hombre!, habría sido un excelente ministro —dijo McArdle —. Tiene la sonoridad de un órgano. Veamos qué es lo que le preocupa.

»El desdibujamiento y desplazamiento de las líneas de Frauenhofer del espectro apuntan, a mi juicio, a una alteración cósmica global de carácter sutil y singular. La luz de los planetas es la luz que proyecta el sol. La luz de las estrellas es una luz propia. Pero los espectros, tanto los de los planetas como los de las estrellas, han experimentado, en el ejemplo que he puesto, el mismo cambio. ¿Se trata, pues, de un cambio en los planetas y las estrellas? Semejante idea resulta inconcebible para mí. ¿Podría sobrevenir simultáneamente un cambio común a todos ellos?, ¿podría producirse un cambio en nuestra atmósfera? Es posible, pero sumamente improbable, pues no vemos señales de ello a nuestro alrededor, y los análisis químicos no han logrado probarlo. ¿Cuál es, entonces, la tercera posibilidad? Que nos hallemos ante un cambio acaecido en el medio conductor, en esa finísima capa de éter que se extiende de una estrella a otra y sume en su atmósfera al universo entero. En las profundidades de ese océano discurrimos sobre una corriente lenta. ¿No nos arrastrará esa corriente a nuevas capas de éter dotadas de propiedades hasta ahora inimaginables? Lo cierto es que se está produciendo un cambio, como lo prueba la alteración cósmica del espectro. Puede ser un cambio a mejor. Puede ser un cambio a peor. Puede ser de consecuencias neutras. No lo sabemos. Los observadores superficiales tratarán la cuestión como algo que puede pasarse por alto, pero quien como en mi caso esté dotado de la inteligencia profunda del verdadero filósofo comprenderá que las posibilidades del universo son incalculables y que tanto más sabio se es cuanto más preparado se está para afrontar lo inesperado. Veamos un ejemplo a todas luces claro: ¿quién se atrevería a decir que el misterioso y universal brote de enfermedad, recogido en las columnas de su periódico esta misma mañana, que se ha desatado entre los aborígenes de Sumatra, no guarda conexión con un cambio cósmico al que esas gentes pueden dar una respuesta más rápida que los pueblos europeos de civilización más avanzada? Traigo a colación la idea por lo que pueda servir. Afirmarla es, en el actual estado de cosas, tan inútil como negarla, pero se tiene que ser un necio sin la menor imaginación para no ver que ello entra perfectamente dentro de los límites de la posibilidad científica.

Atentamente suyo,

GEORGE EDWARD CHALLENGER
THE BRIARS, ROTHERFIELD».

—Es una carta muy buena y llena de sugerencias —dijo McArdle con aire pensativo, al tiempo que introducía un cigarrillo en la larga probeta de vidrio que hacía las veces de cenicero—. ¿Cuál es su opinión al respecto, señor Malone?

Tuve que confesar mi absoluta y humillante ignorancia sobre el tema en cuestión. ¿Qué eran, sin ir más lejos, las líneas de Frauenhofer? McArdle, que había estado estudiando el tema con la ayuda del redactor científico del periódico, cogió de encima de la mesa dos de esas bandas espectrales de múltiples colores que guardan cierto parecido con las cintas del sombrero que usan esos jóvenes y pretenciosos miembros de los clubs de *criquet*. Me hizo notar que había unas líneas negras que separaban la serie de colores brillantes que iban del rojo por un lado hasta el violeta por otro, pasando por gradaciones de naranja, amarillo, verde, azul y añil.

—Esas franjas oscuras son las líneas de Frauenhofer —dijo—. Los colores no son otra cosa que la luz. Cualquier luz, cuando se la divide por medio de un prisma, se halla compuesta de los mismos colores. Los colores no dicen nada. Lo que cuentan son las líneas, porque varían según el origen de la luz. Son las líneas las que se han desdibujado en lugar de definirse nítidamente la última semana, siendo objeto de polémica entre los astrónomos el porqué de tal fenómeno. Esta es una fotografía de las líneas desdibujadas que aparecerá en nuestro número de mañana. El público no ha mostrado interés por el tema hasta el momento, pero creo que esta carta de Challenger en *The Times* avivará la curiosidad del lector.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Sumatra?

—Bueno, la verdad es que media un gran abismo entre una línea desdibujada en un espectro y un negro enfermo en Sumatra. Ahora bien, ese hombre nos ha demostrado en una ocasión anterior que sabe de qué habla. Hay una extraña enfermedad por aquellas lejanas tierras, eso está fuera de toda duda, y hace un momento acaba de recibirse un telegrama procedente de Singapur en el que se dice que los faros no funcionan en los estrechos de Sunda y que, debido a ello, dos barcos han encallado. Bueno, me conformo con que haga una entrevista a Challenger. Si consigue algo en concreto, le dedicaremos una columna el lunes.

Salía del despacho del redactor de informaciones, dando vueltas en la cabeza a la misión que acababa de encomendárseme, cuando oí que abajo, en la sala de espera, alguien pronunciaba en voz alta mi nombre. Era un repartidor que traía un telegrama enviado a mi pensión, en Streatham. El

mensaje lo remitía el mismo hombre del que habíamos estado hablando, y decía así:

> «Malone, 17 Hill Street, Streatham. Traiga oxígeno, CHALLENGER».

«¡Traiga oxígeno!». El profesor, tal como le recordaba, tenía un pesado sentido del humor capaz de las más torpes y desmañadas piruetas. ¿Sería una de esas bromas que solían reducirle a una estentórea carcajada, en que sus ojos iban menguando poco a poco hasta desaparecer y se quedaba boquiabierto con la barba agitándosele, absolutamente indiferente a la gravedad de cuanto le rodeaba? Por más vueltas que di a las palabras no logré hacer nada siquiera remotamente jocoso con ellas.

Se trataba sin duda de una orden concisa, si bien bastante extraña. Challenger era el último hombre en el mundo al que me atrevería a desobedecer una orden. Quizá se tratase de un experimento químico, quizá… Bueno, no era asunto mío especular para qué querría el oxígeno. Debía hacerme con él. Aún quedaba una hora hasta la salida de mi tren de la estación Victoria. Tomé un taxi y, tras cerciorarme de la dirección en la guía telefónica, me dirigí a la Sociedad de Suministro de Botellas de Oxígeno en Oxford Street.

Al descender a la acera una vez llegado a mi destino, dos jóvenes salían del establecimiento con un cilindro de hierro entre las manos, que, con ciertas dificultades, introdujeron en un coche que estaba allí esperando. Un hombre de edad avanzada iba tras sus talones, refunfuñando y dando continuamente instrucciones con voz entre chirriante y sardónica. Se volvió hacia mí. No cabía error ante aquellas austeras facciones y aquella perilla. Era el profesor Summerlee en persona, mi viejo e intratable compañero.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿No me diga que *usted* también ha recibido uno de esos absurdos telegramas pidiendo oxígeno?

Se lo mostré.

—¡Bien, bien! También yo recibí uno y, como puede ver, aun cuando muy a contrapelo, he actuado en consecuencia. Nuestro buen amigo sigue tan maniático como de costumbre. La necesidad de oxígeno no creo que pueda ser tan apremiante como para no recurrir a los procedimientos habituales de suministro y robar el tiempo de quienes están más atareados que él. ¿Por qué no lo pedirá directamente?

No se me ocurrió sino sugerir que probablemente lo necesitaba urgentemente.

—O cree que lo necesita, que es bien distinto. Pero no vale la pena que compre más, pues yo llevo bastante ya.

—Con todo, por alguna razón que desconozco, al parecer quiere que también lleve oxígeno yo. Para mayor seguridad, lo mejor será atenerme a lo que me dice.

En consecuencia, y a pesar de los continuos gruñidos y protestas de Summerlee, pedí otra botella, que fue depositada junto con la adquirida por él en su coche, pues se ofreció a llevarme a la estación Victoria.

Me volví para pagar el taxi, mostrándose el conductor extremadamente irritable y abusivo sobre el precio que debía pagar por la carrera. Al regresar donde se encontraba el profesor Summerlee, éste estaba sosteniendo un furibundo altercado con los hombres que se habían encargado de transportar el oxígeno, y su pequeña y canosa perilla se agitaba presa de indignación. Recuerdo que uno de aquellos tipos le llamó «viejo, ridículo y descolorida cacatúa», lo que enervó tanto al chófer de Summerlee que saltó del asiento para ponerse del lado de su señor, y ambos hicimos cuanto estuvo en nuestras manos para evitar que se produjese un altercado callejero.

Estos pequeños sucesos pueden parecer triviales al contarlos, y lo cierto es que en aquel momento no pasaron de ser meros incidentes. Sólo ahora, al contemplarlos en perspectiva, veo su relación con toda la historia que intento narrar.

El chófer debía ser, al menos eso me pareció a mí, un principiante o quizá se le alteraron los nervios a causa del altercado, pues condujo rematadamente mal todo el camino hasta la estación. Por dos veces casi chocamos con otros vehículos tan erráticos como el nuestro, y recuerdo haberle comentado a Summerlee que cada vez se conducía peor en Londres. En determinado momento rozamos el extremo mismo de una gran multitud que presenciaba una pelea en la esquina del Malí. Los asistentes, que se hallaban muy excitados, se pusieron a lanzamos improperios por conducir tan mal, y un tipo llegó a encaramarse en el estribo del coche enarbolando un palo sobre nuestras cabezas. De un empellón lo eché del coche, pero sólo recobramos el ánimo cuando nos vimos libres de aquella jauría y a salvo fuera del parque. Estos pequeños sucesos, acaecidos uno detrás de otro, me crisparon enormemente los nervios, y por los petulantes modales de mi compañero pude ver que su paciencia se hallaba al límite.

Recobramos el buen humor al ver a lord John Roxton esperándonos en el andén; allí estaba su figura alta y delgada envuelta en un traje de caza de *tweed* amarillo. Su rostro aguileño, con aquellos inolvidables ojos, tan

intensos y al tiempo tan graciosos, relucía de placer ante nuestra presencia. Su rojizo pelo tenía vetas de color gris, y los surcos que le cubrían la frente se habían ahondado algo más por la acción del cincel del Tiempo, pero por lo demás seguía siendo el mismo lord John que había sido nuestro buen camarada en tiempos pasados.

—¡Hola, *Herr* Profesor! ¡Hola, joven! —exclamó mientras se dirigía hacia nosotros.

Se echó a reír a carcajadas cuando vio los cilindros de oxígeno en la carretilla del mozo de estación que nos seguía.

—¡Así que también traen ustedes! —exclamó—. El mío está ya en el furgón. ¿Qué diablos podrá querer nuestro viejo amigo?

—¿Ha visto su carta en *The Times*? —pregunté.

—¿De qué trataba?

—¡Bah, tonterías! —dijo Summerlee en tono hosco.

—Bueno, en el fondo de todo esto se encuentra el oxígeno, ¿o acaso me equivoco? —dije.

—¡Bah, tonterías! —volvió a exclamar Summerlee, en un tono agresivo que no venía a cuento.

Nos metimos todos en un vagón de primera clase para fumadores, e inmediatamente Summerlee encendió una corta y chamuscada vieja pipa de brezo que parecía quemarle la punta de su larga y llamativa nariz.

—El amigo Challenger es un tipo listo —dijo con inusitada vehemencia —. Nadie puede negarlo. Y quien lo haga es un imbécil. Fíjese en su sombrero. En su interior tiene un cerebro de sesenta onzas; una locomotora de gran potencia, que se desliza suavemente y despide humo limpio. Muéstreme dónde se guarda la locomotora y le diré qué tamaño tiene. Pero Challenger es un charlatán nato —ustedes mismos me han visto decírselo a la cara—, un charlatán nato; eso sí, bien dotado de recursos escénicos al subir a las candilejas. Como no pasa absolutamente nada, el amigo Challenger ve una excelente oportunidad para que la gente se ponga a hablar de él. ¿No supondrán que cree en serio todas esas tonterías sobre un cambio en el éter que se cierne amenazadoramente sobre la humanidad entera? Jamás se le ocurrió a nadie tan increíble patraña.

Se sentó como si fuese un viejo cuervo blanco, graznando y agitándose preso de un ataque de risa sardónica.

Una oleada de ira me recorrió el cuerpo mientras escuchaba a Summerlee. Era vergonzoso que hablase en ese tono del líder a quien debíamos toda nuestra fama y gracias a quien habíamos vivido una experiencia vedada al

resto de los humanos. Ya había abierto la boca para hacerle una violenta réplica, cuando lord John se me adelantó:

—Recuerdo que usted sostuvo una polémica en cierta ocasión con el viejo Challenger —dijo—, y a los diez segundos se encontraba ya fuera de combate. A mi juicio, profesor Summerlee, Challenger está muy por encima de usted y lo mejor que puede hacer es no meterse con él.

—Además —añadí—, se ha portado muy bien con todos nosotros. Cualesquiera que sean sus posibles faltas, es tan recto como una línea, y no me lo imagino hablando mal de sus compañeros a sus espaldas.

—Bien dicho, querido joven —apostilló lord John Roxton. Luego, esbozando una amable sonrisa, dio una palmada en el hombro al profesor Summerlee—. Vamos, *Herr* Profesor, será mejor que no nos enzarcemos a discutir a estas horas del día. Hemos visto demasiadas cosas juntos. Pero ándese con cuidado cuando esté junto a Challenger, pues este jovencito y yo tenemos cierta debilidad por el viejo.

Pero Summerlee no se hallaba de buen humor como para llegar a un compromiso. Tenía el ceño fruncido con aire rigurosamente desaprobatorio, y gruesas volutas de humo airado salían de su pipa.

—En cuanto a usted se refiere, lord John Roxton —dijo con voz chirriante —, su opinión en temas científicos tiene tanto valor a mis ojos como puedan tenerlo a los suyos mis puntos de vista sobre un nuevo modelo de metralleta. Tengo mis propios criterios, señor, y los utilizo a mi buen saber y entender. ¿Porque me haya equivocado una vez, es razón para que acepte sin críticas cualquier cosa, por inverosímil que sea, que a ese hombre pueda ocurrírsele? ¿Vamos a tener un papa de la ciencia, con decretos infalibles dictados *ex cathedra* y aceptados sin cuestionarlos por la pobre y humilde grey? Sepa, señor, que tengo mi propio cerebro, y que me sentiría un ser ridículo y esclavo si no lo utilizase. Si quiere creerse toda esa sarta de disparates sobre el éter y las líneas de Frauenhofer visibles en el espectro, hágalo sin más, pero no pida a alguien más viejo y con más conocimientos que usted que comparta su locura. ¿No es evidente que si el éter se viese afectado en la medida que Challenger sostiene y fuese perjudicial para la salud humana, las consecuencias de ello se dejarían sentir sobre nosotros mismos? —al llegar aquí se echó a reír estruendosamente en señal de triunfo por su argumento—. Sí, señor, en ese caso distaríamos mucho de asemejamos a nuestro yo normal, y en lugar de estar tranquilamente sentados en un vagón de tren debatiendo problemas científicos mostraríamos síntomas fehacientes del veneno que haría estragos en nuestro organismo. ¿Qué síntomas hay de esa ponzoñosa

alteración cósmica? ¡Conteste a mi pregunta, señor! ¡Ande, conteste! ¡Vamos, vamos, no me venga con evasivas! ¡Le insto a que me dé una respuesta!

Mi enfado iba en aumento. Había algo sumamente irritante y agresivo en la manera de comportarse de Suinmerlee.

—Creo que si estuviese mejor informado sobre los hechos sería menos tajante en sus juicios —dije.

Summerlee se quitó la pipa de la boca y me lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué intenta decir con tan impertinente observación?

—Digo simplemente que cuando salía de la oficina el redactor jefe de informaciones me dijo que se había recibido un telegrama confirmando la enfermedad de los nativos de Sumatra y, además, en él se decía que los faros del estrecho de Sunda no funcionaban.

—¡Parece verdaderamente como si la necedad humana no tuviera límites! —exclamó Summerlee poseído de auténtico furor—. ¿Es posible que no advierta que el éter, si aceptamos por un momento la descabellada hipótesis de Challenger, es una sustancia universal exactamente igual aquí que en cualquier otro rincón del mundo? ¿Se le ha pasado siquiera por la imaginación que hay un éter inglés y un éter de Sumatra? Es posible que hasta haya pensado que el éter de Kent es algo mejor que el dé Surrey, región por la que el tren discurre en estos momentos. Verdaderamente, la credulidad e ignorancia del lego medio no tiene límites. ¿Es acaso concebible que el éter de Sumatra sea tan nocivo como para causar una insensibilidad total, y que el éter en que nos hallamos sumidos no produzca efectos apreciables sobre nosotros? Por lo que a mí se refiere, puedo sinceramente decir que jamás me hallé en mejor forma física o con mayor equilibrio mental en mi vida.

—Puede ser. No pretendo pasar por un hombre de ciencia —dije—, aunque en algún lugar he oído decir que la ciencia de una generación es normalmente la falacia de la siguiente. Pero no se requiere demasiado sentido común para comprender que, dado que al parecer sabemos tan poco del éter, éste muy bien podría verse afectado por ciertas condiciones locales en distintas partes del mundo, pudiendo producir en alguna de ellas unos efectos que sólo pasado un tiempo experimentaríamos nosotros.

—Con «podría» y «puede» uno es capaz de demostrar cualquier cosa —exclamó Summerlee en tono airado—. Los cerdos *pueden* volar. ¡Sí, señor!, los cerdos *pueden* volar…, pero no lo hacen. No vale la pena discutir con ustedes. Challenger les ha metido en la cabeza sus tonterías y los dos son incapaces de razonar. Mejor sería discutir con esas almohadillas.

—Debo decir, profesor Summerlee, que sus modales no parecen haber mejorado desde la última vez que tuve el placer de encontrarle —dijo lord John en tono grave.

—Los aristócratas de pacotilla como usted no están acostumbrados a escuchar la verdad —respondió Summerlee, esbozando una sonrisa hosca—. Se produce una pequeña conmoción, ¿no?, cuando alguien le hace ver a uno que a pesar de todo su título no es sino un hombre sumamente ignorante.

—Le doy mi palabra, señor —dijo lord John, con el cuerpo enhiesto y adoptando un aire muy grave—, de que si fuera usted más joven no le consentiría que hablase en ese tono insultante.

Summerlee sacó la barbilla, dejando relucir su pequeña e inquieta perilla de chivo.

—Ha de saber, señor, que, joven o viejo, jamás en mi vida he tenido miedo de decir lo que siento a un fatuo ignorante; sí, señor, así como lo oye, un fatuo ignorante, aun cuando tenga tantos títulos como podrían inventar los esclavos y adoptar los débiles mentales.

Por unos instantes los ojos de lord John echaron chispas; luego, tras realizar un tremendo esfuerzo, logró contener su ira y se arrellanó en el asiento con los brazos cruzados y una amarga sonrisa en el rostro. A mí todo aquello me parecía horrible, deplorable. Como si fuese una oleada me invadió el recuerdo del pasado: la excelente camaradería, los días felices y repletos de aventuras…, todo cuando habíamos sufrido y por cuyo logro nos habíamos esforzado. Y que hubiera que llegar a esto, ¡a insultos y ataques personales! De repente me eché a llorar, a emitir sollozos en alto, entrecortados, incontrolables, que se negaban a reprimirse. Mis compañeros me miraron perplejos. Me llevé las manos a la cara.

—No pasa nada —dije—. Sólo… ¡sólo que es una pena!

—Está enfermo, joven, eso es lo que le pasa —dijo lord John—. Desde el principio tuve la impresión de que se comportaba de forma extraña.

—Sus costumbres, señor, no han mejorado en estos tres años —dijo Summerlee, sacudiendo la cabeza—. Tampoco a mí me pasó desapercibido su extraño comportamiento desde el mismo momento en que nos encontramos. No malgaste su comprensión, lord John. Esas lágrimas no son sino puro alcohol. Ese hombre ha estado bebiendo. Por cierto, lord John, hace un momento le llamé fatuo, y quizá pequé injustamente de severo. Pero esa palabra me recuerda una pequeña habilidad, trivial si se quiere, pero divertida, que solía poseer yo. Usted me conoce como el austero hombre de ciencia que soy. ¿Puede creer que, en cierto momento de mi vida, gozaba de merecida

fama en varios criaderos de animales por mis cualidades de imitador de aves de corral? Quizá pueda contribuir a que pasen el rato lo mejor posible. ¿Le gustaría oírme cacarear como si fuese un gallo?

—No, señor —dijo lord John, que seguía muy enfadado—; *no* me gustaría.

—Mi imitación de la gallina clueca que acaba de poner un huevo también se consideraba muy por encima de lo normal. ¿Me permite que lo intente?

—No, señor, no; desde luego que no.

Pero a pesar de tan explícita prohibición, el profesor Summerlee se quitó la pipa de la boca y durante el resto del viaje nos entretuvo —o fracasó en su intento— con toda una serie de gritos de pájaros y animales tan absurdos que mis lágrimas se trocaron de repente en estentórea risa, risa que debió acabar adquiriendo tonos de histeria, pues me encontraba sentado enfrente del adusto profesor y le veía —o, mejor, le oía— tratando de imitar al estridente gallo o al cachorro al que le pisan el rabo. En cierto momento lord John me pasó el periódico, en cuyo margen había escrito a lápiz: «¡Pobre diablo! ¡Está más loco que una cabra!». Sin duda, era un tipo de lo más excéntrico, pero ello no era óbice para que las imitaciones que hacía me pareciesen enormemente lúcidas y divertidas.

Mientras esto sucedía, lord John se inclinó sobre mí y me contó una historia interminable sobre un tigre y un rajá indio, una historia que parecía no tener principio ni fin. El profesor Summerlee se había puesto a gorjear como un canario, y lord John estaba justo en el clímax de su historia, cuando el tren se detuvo en Jarvis Brook, que, según nos había dicho, era la estación en que había que bajarse para Rotherfield.

Y allí estaba Challenger, que había acudido a nuestro encuentro. Su aparición fue triunfal. Ni todos los pavos reales de la creación podrían igualar la parsimoniosa y presuntuosa dignidad con que recorría de arriba abajo su estación de ferrocarril, ni la benigna sonrisa de condescendencia con que contemplaba a cuantos le rodeaban.

Si algo había cambiado en él desde los viejos tiempos, era que sus facciones se habían acentuado. La voluminosa cabeza y amplia frente, con el mechón de pelo negro pegado a ella, parecían más grandes que antes si cabe. Su negra barba manaba en una más impresionante cascada, y sus claros ojos grises, con sus insolentes y sardónicos párpados, eran aún más autoritarios que antaño.

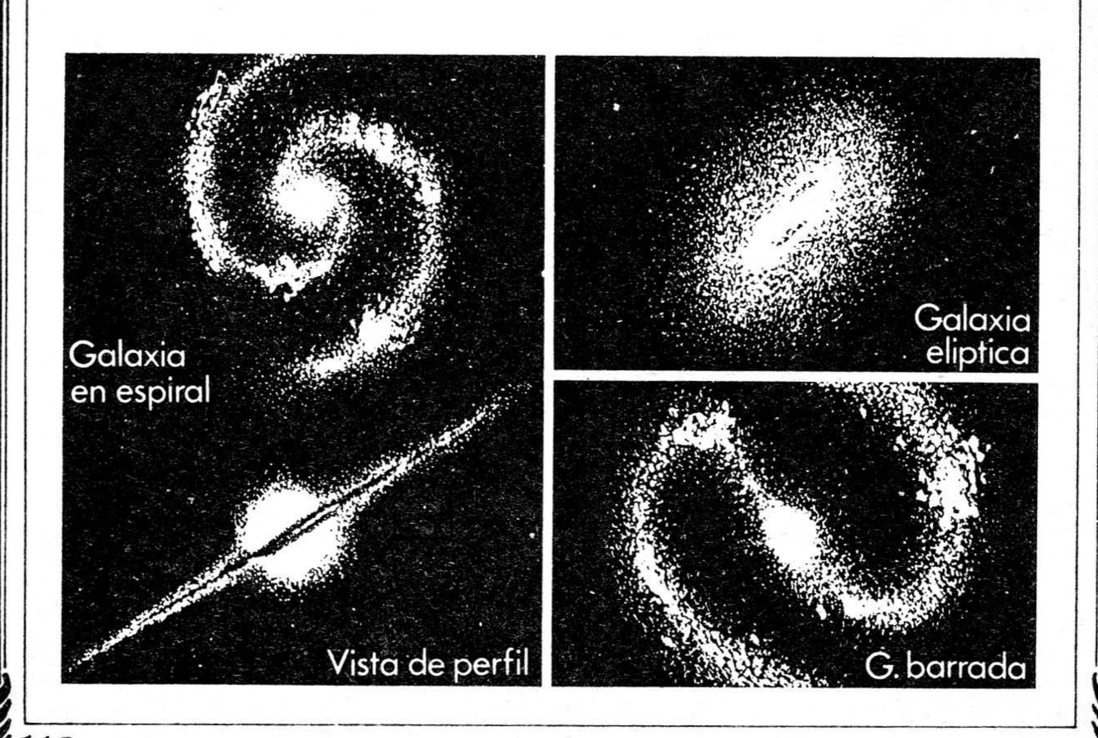
Me dio el clásico apretón de manos y sonrisa de ánimo con que el director de escuela saluda al alumno, y, tras dar la bienvenida a los demás y ayudar a

recoger el equipaje y los cilindros de oxígeno, nos metió a irnos y otros en un coche grande conducido por el impasible Austin, el mismo hombre de escasas palabras a quien había conocido de mayordomo con ocasión de mi primera y memorable visita al profesor. Nuestro viaje nos llevó a lo largo de una serpenteante colina a través de una preciosa comarca. Me senté en la parte delantera junto al chófer; detrás de mí parecía como si mis tres compañeros no parasen de hablar todos a la vez. Lord John seguía a duras penas con su historia del tigre, en la medida en que lograba entenderle; volvía a oír, como antaño, el sordo retumbar de Challenger y el tono pesado de Summerlee, al tiempo que sus cerebros se entregaban a discutir con acritud y altura sobre temas científicos. De repente, Austin ladeó hacia mí su rostro de caoba sin apartar los ojos del volante.

DESPLAZAMIENTO DEL SISTEMA SOLAR POR EL ESPACIO

El cosmos por el que se desplaza nuestro planeta y, a su vez, el sistema solar al que pertenecemos dentro de nuestra galaxia, está poblado de todo tipo de partículas: electrones, protones, neutrones, etc. Estas partículas se mueven a inmensas velocidades, como chorros de incesante energía, chocando a veces con otras materias o desintegrándose.

La Tierra y los planetas de nuestro sistema giran alrededor del Sol y, a su vez, el Sol con sus planetas gira en torno al centro de la Vía Láctea, nuestra galaxia. La velocidad del Sol es de 215 kilómetros por segundo y tarda unos 250 millones de años en dar la vuelta completa a la galaxia. La Vía Láctea mide más de 100.000 años luz de diámetro. Dentro de la Vía Láctea nuestro sistema solar se encuentra situado a unos 30.000 años luz del centro de la galaxia.



—Me ha despedido —dijo.

—¡Cielos! —exclamé.

Aquel día todo me parecía extraño. Todos decían cosas raras, inesperadas. Era como un sueño.

—Es la cuarenta y sieteava vez que lo hace —dijo Austin, con aire pensativo.

—¿A dónde piensa ir? —pregunté, a falta de mejor observación.

—No, si no pienso dejarle —dijo Austin.

La conversación pareció concluir en este punto, pero de repente Austin volvió a tomar el hilo.

—Si me fuese, ¿quién cuidaría de él? —movió la cabeza hacia donde se encontraba su señor—. ¿Quién le atendería?

—Pues otra persona, claro —sugerí con no demasiada convicción.

—No a él. Nadie duraría una semana siquiera. Si me fuese, la casa se pararía, como un reloj que tuviese el muelle saltado. Y se lo digo porque usted es su amigo y creo que debe saberlo. Si le cogiera la palabra…, pero eso sería no tener corazón. Él y la señora solos serían como dos criaturas abandonadas en un hatillo. Yo hago prácticamente todo. Y luego va y me despide.

—¿Por qué no se quedaría nadie? —pregunté.

—Pues porque no harían concesiones, y yo sí las hago. El señor es un hombre muy inteligente, tan inteligente que a veces está chiflado de remate. Le he visto con el coco trastornado y sé lo que me digo. ¡Bueno!, basta con ver lo que hizo esta mañana.

—¿Qué hizo?

Austin se ladeó hacia mí.

—Mordió al ama de llaves —dijo en un ronco susurro.

—¿Que la mordió?

—Sí, señor, como lo oye. La mordió en la pierna. Vi con mis propios ojos cómo ella se lanzaba a todo correr desde la puerta del salón.

—¡Válgame Dios!

— Habría que ver lo que diría, señor, si pudiera ver algunas de las cosas que pasan. El señor no tiene amigos en la vecindad. Hay quienes creen que cuando estaban entre aquellos monstruos sobre los que usted escribió, pues que aquello debía ser para el señor una especie de «Hogar, dulce hogar», y que jamás disfrutó de mejor compañía. Es lo que *dicen*. Pero para mí, que le he servido durante diez años y que me ha acostumbrado a él, se lo digo como lo siento, es todo un gran hombre y es un honor estar a su servicio. Pero a uno

le trata mal a veces. Mire ahí, señor. No puede decir precisamente que eso sea hospitalidad a la vieja usanza, ¿no? Léalo para sus adentros.

El coche subió en la marcha más corta una cuesta empinada y en curva. En la curva se veía un cartel encima de un seto bien recortado. No era difícil de leer, pues apenas tenía texto y las pocas palabras que contenía llamaban la atención:

AVISO

Visitantes, periodistas y mendigos
no son bienvenidos

G. E. CHALLENGER

—No, desde luego, no es muy cordial que digamos —dijo Austin, sacudiendo la cabeza al tiempo que echaba una mirada al letrero—. No quedaría bien en una tarjeta navideña. Le ruego me perdone, señor, pues en todo un largo año jamás hablé tanto, pero hoy parece como si mis sentimientos quisieran mostrar el lado bueno que hay en mí. Puede despedirme hasta que se canse de hacerlo, pero lo que es yo, no me voy, ¡es mi última palabra! Yo soy su servidor y él es mi señor, y espero que así sea hasta el fin.

Pasamos por entre los blancos postes de una puerta y subimos por un paseo, que discurría en curva, flanqueado de rododendros. Algo más allá se levantaba una casa baja de ladrillo, que resaltaba por su carpintería blanca, de aspecto precioso y muy confortable. La señora Challenger, una pequeña figura, delicada y sonriente, se encontraba delante de la puerta abierta para damos la bienvenida.

—Bien, querida —dijo Challenger, al tiempo que bajaba del coche—, aquí tienes a nuestros invitados. No es corriente que tengamos visita, ¿verdad? No nos llevamos bien con los vecinos. Si pudieran, estoy convencido de que nos echarían raticida en el pan.

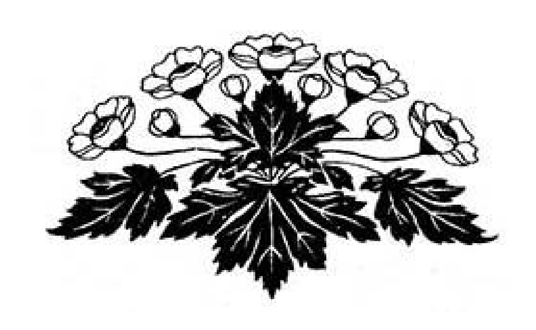
—¡Es horrible…, es horrible! —exclamó la señora Challenger entre risas y lágrimas—. George se pasa la vida discutiendo con la gente. No tenemos ni un solo amigo en toda la comarca.

—Por eso puedo concentrar toda mi atención en mi incomparable mujercita —dijo Challenger, pasando su corto y grueso brazo por la cintura de

ella. Imagínense un gorila y una gacela, y ya tienen a la pareja—. Vamos, vamos, estos caballeros están cansados del viaje y el almuerzo debería estar preparado ya. ¿Ha vuelto Sarah?

La señora Challenger sacudió la cabeza con aire triste y el profesor prorrumpió en carcajadas y se mesó la barba con su magistral estilo.

—Austin —gritó—, cuando haya aparcado el coche, le agradecería que ayudase a la señora a poner la mesa. Ahora, caballeros, quieren pasar, por favor, a mi estudio, pues hay una o dos cosas muy urgentes que querría decirles.



usto en el momento en que cruzábamos el salón sonó el teléfono y tuvimos ocasión de escuchar, sin proponérnoslo, el final del siguiente diálogo del profesor Challenger. Digo «tuvimos», pero nadie en cien yardas a la redonda podría haber dejado de oír el estruendo de aquella tronante voz, que reverberaba por toda la casa. Aún tengo grabadas sus respuestas.

—Sí, sí, por supuesto, soy yo… Sí, claro, *el* profesor Challenger, el famoso profesor, ¿quién si no…? Por supuesto, todas y cada una de las palabras, de otra forma no lo habría escrito… No me sorprendería… A ello apuntan todos los indicios… A lo sumo dentro de un día, poco más o menos… Bueno, ¿qué puedo hacer yo…? Muy desagradable, sin duda, pero prefiero creer que afectará a gente más importante que usted. De nada sirve lamentarse… No, no podría de ninguna de las maneras. Arriésguese… Ya está bien, señor… ¡Bah, tonterías! Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar semejantes bobadas.

Colgó de golpe el teléfono y nos condujo al piso superior, a una estancia grande y espaciosa que hacía las veces de estudio. Encima de la gran mesa de trabajo de ébano había siete u ocho telegramas sin abrir.

—Verdaderamente —dijo, al tiempo que los recogía—, empiezo a creer que ahorraría dinero a mis corresponsales si tomara una dirección telegráfica. Pienso que algo así como «Noé, Rotherfield» sería lo más adecuado.

Como de costumbre, cuando hacía un chiste difícil de captar, se reclinó contra la mesa y, presa de auténtico paroxismo, se echó a reír a carcajadas, con las manos agitándose de tal forma que apenas podía abrir los sobres.

—¡Noé! ¡Noé! —jadeó con la cara amoratada, mientras lord John y yo sonreíamos en un intento por seguirle la corriente, y Summerlee, cual si de una cabra dispéptica se tratase, sacudía la cabeza como muestra de sardónico desacuerdo. Finalmente, Challenger, sin dejar de emitir estentóreos ruidos y carcajadas, se puso a abrir los telegramas. Mientras tanto, nosotros tres permanecíamos en el mirador y nos dedicábamos a admirar la grandiosa panorámica que se ofrecía ante nosotros.

Realmente era una vista extraordinaria. La carretera, con sus suaves curvas, nos había llevado hasta una elevación considerable: setecientos pies,

como posteriormente descubriríamos. La casa de Challenger se encontraba en la cima misma de la colina, y desde su fachada oriental, a la que daba la ventana del estudio, se divisaba una vasta arboleda que se extendía hasta donde las suaves curvas de los South Downs formaban un horizonte ondulado. En una hendidura abierta entre las colinas una neblina de humo indicaba la situación de Lewes. Justo a nuestros pies se extendía una ondulada campiña cubierta de brezo, cruzada por las largas e intensas franjas verdosas del campo de golf de Crowborough, que se hallaban punteadas de jugadores. En dirección sur, a través de un claro abierto en el bosque, podía verse una parte de la línea de ferrocarril que unía a Londres con Brighton. En un primerísimo plano, bajo nuestras mismas narices, había un pequeño cercado en el que se encontraba el coche que nos había traído desde la estación.

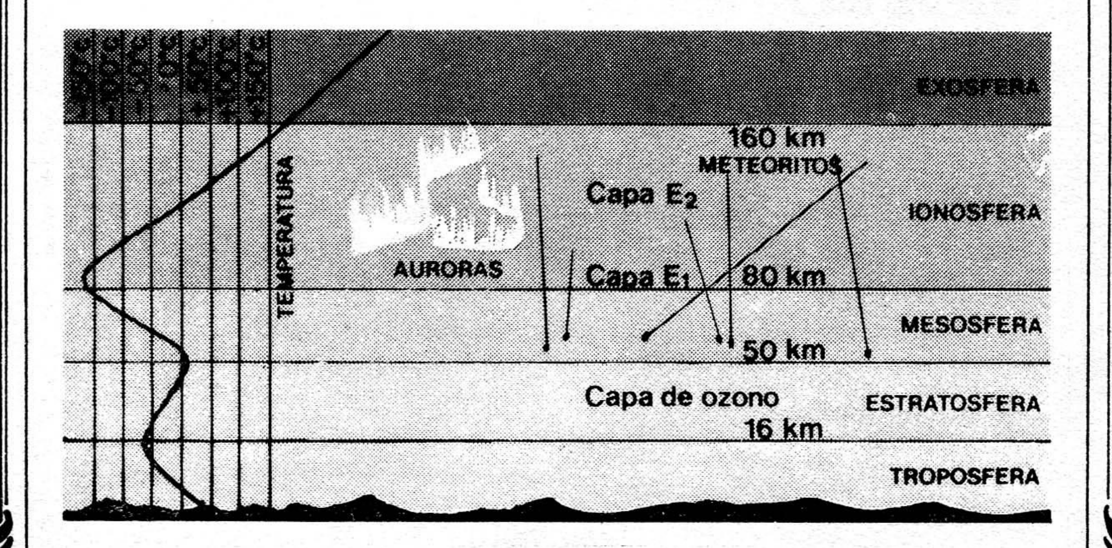
Una exclamación lanzada por Challenger hizo que nos volviésemos. Había leído los telegramas y, pacientemente, había formado con ellos una pequeña pila sobre la mesa. Su ancha y tosca cara, o cuanto de ella podía verse por entre la veteada barba, estaba aún muy sonrojada y parecía hallarse bajo el influjo de una fuerte excitación.

EL OXIGENO

El oxígeno es un elemento muy abundante en nuestro planeta. En su estado natural, la mitad del peso de la corteza terrestre es oxígeno. El cuerpo humano, asimismo, dispone aproximadamente de un 66 por 100 de oxígeno, combinado con otros elementos.

A pesar de su abundancia en estado natural, no es fácil obtenerlo industrialmente, ya que resulta difícil aislarlo de las sustancias con las que se encuentra mezclado. Una vez aislado se almacena en botellas y cisternas, donde se ha hecho previamente el vacío. Su utilidad en la industria, transporte, medicina, etc., es muy importante. Se emplea en la fabricación del acero, explosivos, soldadura, propulsión de cohetes, etcétera.

Como tratamiento terapéutico, el oxígeno en estado gaseoso comenzó a utilizarse a partir de 1794. La oxigenoterapia es hoy un método imprescindible en cualquier hospital. En todos aquellos casos de enfermos que precisan oxígeno —asma, intoxicaciones, insuficiencia cardíaca, intervenciones quirúrgicas— suele administrarse mediante mascarilla o tienda.



—Bien, caballeros —dijo, en un tono de voz como si estuviera dirigiéndose a un auditorio—, esta es, en efecto, una interesante reunión, y tiene lugar bajo excepcionales —yo diría inauditas— circunstancias. ¿Puedo preguntarles si han observado algo extraño en su viaje desde la ciudad?

—Lo único que he observado —dijo Summerlee, esbozando Una sonrisa hosca—, es que nuestro joven amigo aquí presente no ha mejorado sus modales en estos últimos años. Siento tener que manifestar que me he visto obligado a reconvenirle seriamente por su conducta en el tren, y no sería sincero si no dijese que me ha dejado una impresión francamente desagradable.

—Bueno, bueno, a veces todos nos volvemos un poco pesados —dijo lord John—, Nuestro joven amigo no tuvo intención de molestarle. Después de todo, es un periodista internacional, así que si necesita media hora para contar un partido de fútbol, tiene más disculpa que la mayoría de la gente.

—¡Media hora para contar un partido! —exclamé en tono indignado—. ¡Vamos!, fue usted quien estuvo media hora larga contándonos una interminable historia sobre un tigre. El profesor Summerlee es testigo de ello.

—No me atrevería a decir quién de ustedes fue más pesado —dijo Summerlee—. Eso sí, Challenger, jamás querría volver a oír hablar de fútbol o tigres mientras viva.

—Hoy no he dicho siquiera una sola palabra sobre fútbol —protesté.

Lord John emitió un estridente silbido y Summerlee sacudió la cabeza con aire triste.

—Y lo peor de todo es que esté así ya de mañana —dijo Summerlee—. Desde luego, es deplorable. Mientras, yo permanecía sentado, triste y pensativo, en silencio.

—¡En silencio! —exclamó lord John—. ¡Vamos, hombre!, usted nos montó un número de *music-hall* a base de imitaciones durante todo el camino; parecía más un disco rayado que un hombre.

Summerlee se irguió en señal de agria protesta.

—Es usted muy chistoso, ¿sabe, lord John? —dijo, con cara de pocos amigos.

—¡Vamos, vamos!, ¡ya está bien!, estamos locos de remate —exclamó lord John—. Cada uno cree saber lo que hicieron los demás y ninguno sabe qué hizo él. Intentemos reconstruirlo todo desde el principio. Nos metimos en un vagón de primera clase para fumadores; en eso estamos todos de acuerdo, ¿no? Luego nos pusimos a discutir sobre la carta del amigo Challenger en *The Times*.

—¡Oh, lo hicieron!, ¿es verdad? —dijo nuestro anfitrión con *voz* cavernosa, mientras los párpados empezaban a bajársele.

—Usted, Summerlee, dijo que Challenger no tenía ninguna razón en la postura que mantenía.

—¡Dios mío, lo que hay que oír! —dijo Challenger, sacando el pecho y mesándose la barba—. ¡Ninguna razón! Creo haber escuchado con anterioridad esas palabras. ¿Se me permite preguntar con qué argumentos el eminente y famoso profesor Summerlee procedió a demoler al pobre infeliz que se aventuró a expresar su opinión sobre una posibilidad científica? Quizá antes de poner fuera de combate a tan desventurada nulidad se dignará dar alguna razón acerca de los criterios opuestos que mantiene.

Se inclinó, se encogió de hombros y abrió de par en par las manos al tiempo que hablaba con su engolado y pesado tono sarcástico.

—La razón es muy sencilla —dijo el increpado Summerlee—. Yo sostenía que si el éter que rodea la tierra era tan tóxico en una determinada región del planeta como para producir síntomas nocivos, parecía extraño que nosotros tres, que íbamos en el tren, no nos viéramos afectados lo más mínimo.

La explicación sólo suscitó una estruendosa hilaridad a Challenger, quien no paró de reír hasta que todo en la habitación parecía traquetear y vibrar.

—Nuestro estimado Summerlee está, y no por vez primera, algo al margen de los hechos que configuran la situación —dijo finalmente Challenger, enjugándose la sudorosa frente—. Ahora, caballeros, lo mejor para esclarecer mi punto de vista será que les detalle lo que he hecho esta mañana. Sabrán disculpar más fácilmente cualquier aberración mental que les sobrevenga cuando sepan que incluso yo he tenido momentos en que mi mente se ha visto trastornada. Desde hace años presta servicios en casa un ama de llaves, una tal Sarah, con cuyo apellido jamás he intentado recargar mi memoria. Es una mujer de aspecto severo e imponente, de modales algo estirados y recatados, tremendamente impasible por naturaleza, y que nosotros sepamos jamás mostró señales de emoción alguna. Pues bien, estaba sentado yo ante mi desayuno —la señora Challenger tiene la costumbre de ponerse a arreglar su habitación por las mañanas— cuando de repente se me metió en la cabeza que sería divertido e instructivo comprobar si el carácter imperturbable de la mujer de que hablo tenía un límite. Ingenié un experimento muy sencillo pero de gran eficacia. Tras volcar un pequeño jarrón de flores que se encontraba en el centro del mantel, llamé al timbre y me metí debajo de la mesa. Acto seguido entró el ama de llaves y, viendo la

habitación vacía, imaginó que me había retirado al estudio. Tal como esperaba, se acercó y se inclinó sobre la mesa para cambiar el jarrón. De repente me vi ante un calcetín de algodón y una bota con elásticos a los lados. Sacando la cabeza, le hundí los dientes en la pantorrilla. El experimento tuvo más éxito de lo que cabía imaginar. Durante unos instantes se quedó paralizada sin saber qué hacer, mirando hacia abajo, a donde estaba mi cabeza. Luego, tras emitir un estridente chillido, se zafó de mí y salió corriendo de la habitación. Me lancé en pos de ella con ánimo de ofrecerle una explicación, pero bajó corriendo el paseo y unos minutos después pude divisarla con mis prismáticos marchando a toda velocidad en dirección suroeste. Les cuento la anécdota por si pudiera servir para algo. La arrojo en sus cerebros y aguardo a que germine. ¿Es ilustrativa? ¿Les dice algo? ¿Qué piensa *usted* al respecto, lord John?

Lord John sacudió la cabeza con aire grave.

—Que un día de éstos va a verse envuelto en serios problemas si no se contiene —dijo.

—¿Quizá tenga usted alguna observación que hacer, Summerlee?

—Lo mejor será que deje inmediatamente todos sus trabajos, y se vaya a pasar tres meses a un balneario alemán —dijo.

—¡Profundo! ¡Profundo! —exclamó Challenger—. Ahora, mi joven amigo, ¿es posible que usted dé muestras de cordura allí donde los mayores han fallado tan estrepitosamente?

Y las di. Lo dije con la más absoluta modestia, pero acerté. Por supuesto, a ustedes que saben qué sucedió les parecerá harto evidente, pero en un principio las cosas no estaban ni mucho menos tan claras. Se me ocurrió de repente con la fuerza propia de quien se halla plenamente convencido.

—¡Veneno! —exclamé.

Luego, incluso al mismo tiempo que pronunciaba la palabra, me vino a la mente todo lo que nos había sucedido aquella mañana; por mi cabeza pasó lord John con su tigre, pasaron mis histéricas lágrimas, pasó la insufrible forma de comportarse del profesor Summerlee, y así hasta los raros sucesos de Londres, el alboroto en el parque, la extraña forma de conducir del chófer, el altercado en el almacén de oxígeno… De repente, todo encajaba en su lugar.

—No hay duda —volví a exclamar—. Se trata de veneno. Todos estamos envenenados.

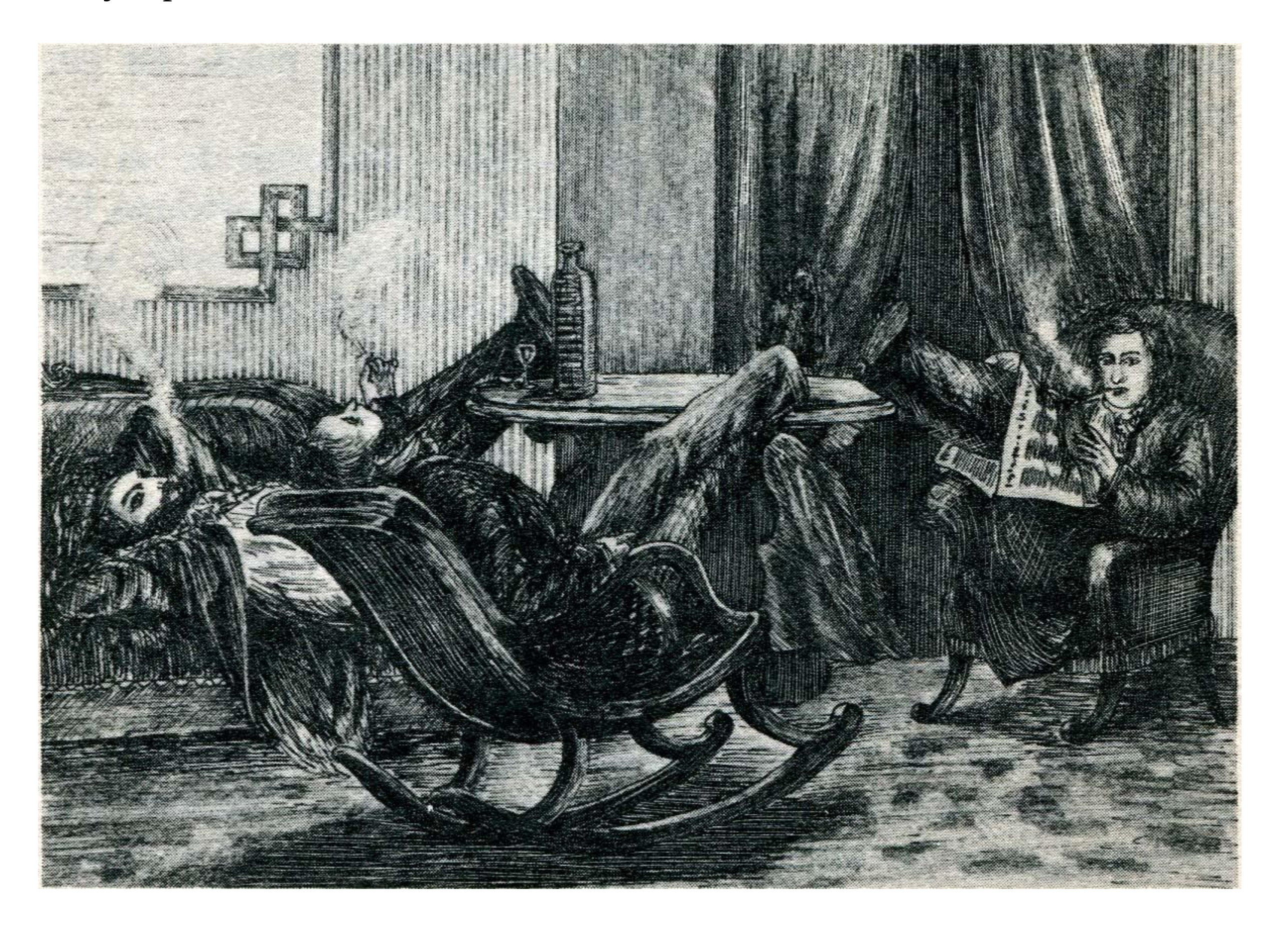
—Exactamente —dijo Challenger, frotándose las manos—; todos estamos envenenados. Nuestro planeta se ha sumergido en la capa venenosa de éter, y

cada vez se hunde más y más en ella a una velocidad de varios millones de millas por minuto. Nuestro joven amigo ha sintetizado admirablemente la causa de todos nuestros problemas y perplejidades en una sola palabra: «Veneno».

Nos miramos unos a otros sobrecogidos y en silencio. Nadie se atrevía a hacer ningún comentario ante semejante situación.

—Hay una inhibición mental que hace posible comprobar y controlar tales síntomas —dijo Challenger—. No puedo esperar encontrarla desarrollada en todos ustedes en el mismo grado en que la percibo yo, pues supongo que la diferencia de energía existente entre nuestros respectivos procesos mentales es relativamente proporcional. Pero, sin duda, es apreciable incluso en nuestro joven amigo aquí presente. Tras el breve estallido de buen humor que tanto alarmó a mi criada, me senté y me puse a reflexionar. Me dije a mí mismo que jamás hasta entonces me había visto impelido a morder a nadie de mi casa. El impulso había sido, pues, anormal. En un instante me di perfecta cuenta de todo. Me tomé el pulso y comprobé que tenía diez pulsaciones por encima de lo normal, y que mis reflejos habían aumentado. Invoqué a mi yo más lúcido y más cuerdo, al auténtico G. E. C., sentado en actitud serena e invulnerable detrás de todos los simples trastornos moleculares. Lo invoqué, como digo, para observar las malas pasadas que podía jugarme el veneno. Comprobé que yo era efectivamente dueño de la situación. Podía reconocer y controlar una mente trastornada. Era toda una demostración de la victoria de la mente sobre la materia, pues se trataba de una victoria sobre aquella forma concreta de materia que se halla más íntimamente relacionado con la mente. Casi podría decir que la mente no salía de su perplejidad y que la personalidad la controlaba. Así pues, cuando vi que mi mujer bajaba y que algo dentro de mí me impelía a esconderme detrás de la puerta y a asustarla con un estridente grito en el momento que entrara, logré finalmente contener el impulso y acogerla con aire digno y recatado. Un irresistible deseo de graznar como un pato fue domeñado de la misma manera. Algo más tarde, cuando bajé para requerir los servicios del coche y me encontré a Austin agachado sobre él y absorto en sus reparaciones, refrené mi mano abierta incluso antes de levantarla, conteniéndome antes de desencadenar una situación que posiblemente le habría inducido a seguir los pasos del ama de llaves. Por el contrario, le di una palmada en el hombro y le dije que tuviese el coche en la puerta a tiempo para ir a buscarles al tren. En estos momentos lo que más me gustaría es decirle al viejo y barbudo profesor Summerlee lo idiota que es, y sacudirle violentamente la cabeza de atrás hacia adelante. Con

todo, como pueden ver, sé contenerme muy bien. Les recomiendo que sigan mi ejemplo.



—Estaré atento a ese tigre —dijo lord John.

—Y yo al partido de fútbol.

—Puede que tenga razón, Challenger —dijo Summerlee, con voz atiplada —. Estoy dispuesto a admitir que mi forma de ser es más crítica que constructiva y que no me dejo convertir fácilmente a cualquier nueva teoría, sobre todo cuando puede parecer tan increíble y fantástica como ésta. No obstante, al volver a examinar las cosas que sucedieron esta mañana y considerar de nuevo la fatua conducta de que hicieron gala mis compañeros, no me extrañaría que la causa de todo ello fuese algún veneno de carácter excitante.

Challenger, en tono jovial, dio una palmada en el hombro a su colega.

—Progresamos —dijo—. Decididamente progresamos.

—Dígame, señor —preguntó Summerlee con aire de humildad—, ¿cuál es su opinión acerca de la situación en estos momentos?

—Con su permiso diré unas palabras sobre el tema —se sentó encima de la mesa, con sus cortas y rechonchas piernas balanceándose delante suya—.

Estamos asistiendo a una impresionante y macabra representación. En mi opinión, se trata del fin del mundo.

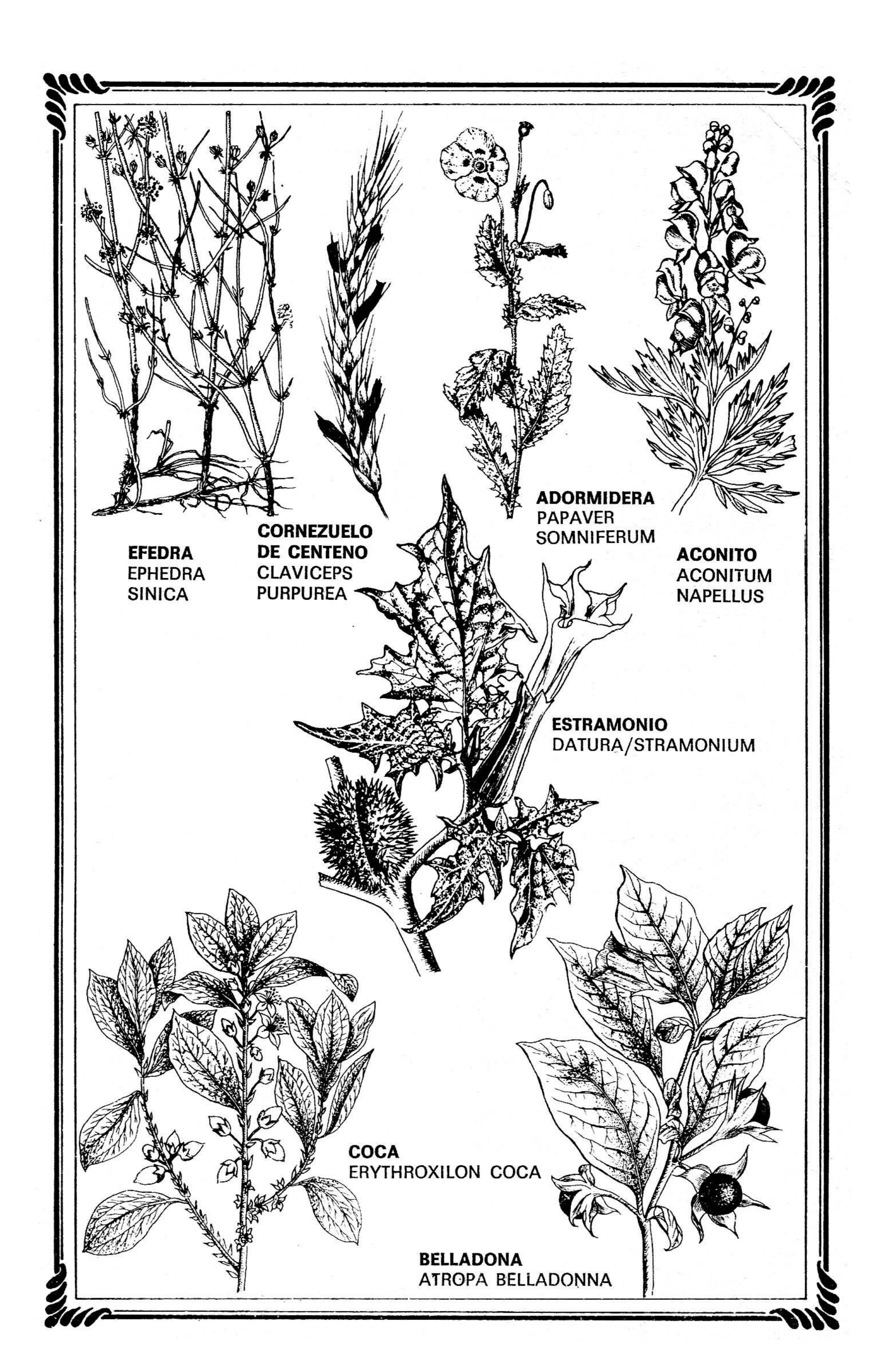
¡El fin del mundo! Nuestros ojos se volvieron hacia el amplio mirador y contemplamos el esplendor veraniego de la campiña, las largas lomas cubiertas de brezo, las grandes casas de campo, las acogedoras granjas, los jugadores que pasaban un buen rato en el campo de golf. ¡El fin del mundo! No era la primera vez que uno oía aquellas palabras, pero la idea de que pudieran tener un significado práctico inmediato, no en una fecha imprecisa, sino ahora, hoy mismo, resultaba algo impresionante, sencillamente escalofriante. Nos quedamos anonadados y aguardamos en silencio a que Challenger prosiguiese. Su imponente presencia y aspecto físico prestaban tal fuerza a la solemnidad de sus palabras que por un momento todas las intemperancias y rarezas del hombre se desvanecieron, y se nos apareció como algo majestuoso que trascendía los límites de la humanidad corriente. Luego a mí, al menos, me vino a la memoria el alentador recuerdo de cómo por dos veces desde que entramos en la habitación había prorrumpido a carcajadas. Sin duda, supuse, hay límites al distanciamiento de la mente. La catástrofe no puede ser tan grande o acuciante, después de todo.

—Imaginen un racimo de uvas —dijo— cubiertas de un bacilo de dimensiones infinitesimales pero nocivo. El hortelano las pasa por un agente desinfectante. Quizá desee que estén más limpias las uvas. Quizá necesite espacio para producir un nuevo bacilo menos nocivo. Las sumerge en el veneno y los bacilos han desaparecido definitivamente. Nuestro hortelano está, a mi juicio, a punto de sumergir el sistema solar; en ese momento el bacilo humano, el pequeño vibrión mortal que se retorcía y contorsionaba en el borde exterior de la corteza terrestre, quedará en un instante esterilizado y dejará de existir.

De nuevo se produjo un silencio, que vendría a quebrar el estrepitoso ruido del teléfono.

—Será uno de nuestros bacilos que chilla en demanda de ayuda —dijo, esbozando una macabra sonrisa—. Comienzan a advertir que su ya larga existencia no es realmente un requisito para la supervivencia del universo.

Por espacio de un minuto o dos se alejó de la habitación. Recuerdo que ninguno de nosotros abrió la boca en su ausencia. La situación parecía superar cualquier palabra o comentario.


EFEDRA
EPHEDRA
SINICA
CORNEZUELO
DE CENTENO
CLAVICEPS
PURPUREA
ADORMIDERA
PAPAVER
SOMNIFERUM
ACONITO
ACONITUM
NAPELLUS
ESTRAMONIO
DATURA/STRAMONIUM
COCA
ERYTHROXILON COCA
BELLADONA
ATROPA BELLADONNA

—Era el funcionario médico encargado de la sanidad de Brighton —dijo al regresar—. Por alguna razón que desconozco, los síntomas se manifiestan con mayor rapidez al nivel del mar. Los setecientos pies de altitud a que nos encontramos nos confieren una ventaja. La gente parece reconocer que yo soy la primera autoridad en la materia. Sin duda, todo es debido a mi carta en *The Times*. La persona con quien hablé nada más entrar era el alcalde de una ciudad de provincias. Quizá oyesen lo que le dije por teléfono. Daba la impresión de atribuir un valor excesivo a su vida. Le ayudé a cambiar de idea.

Summerlee se levantó y se puso en pie junto a la ventana. Sus delgadas y huesudas manos temblaban de emoción.

—Challenger —dijo, adoptando un aire grave—, todo esto es demasiado serio como para reducirlo a una fútil discusión. No crea que trato de irritarle con algunas de las preguntas que voy a hacerle, pero me pregunto si no habrá algo de erróneo en su información o en sus razonamientos. El sol brilla con la misma intensidad que de costumbre en el firmamento azul. Hay brezo, flores y pájaros por doquier. La gente se divierte en el campo de golf, y allá a lo lejos puede verse a los campesinos segando el maíz. Usted dice que tatito ellos como nosotros nos encontramos al borde mismo de la destrucción, que este soleado día puede ser el del Juicio Final, cuya llegada durante tanto tiempo ha aguardado el género humano. Ateniéndose a los datos que tenemos, ¿en qué basa tan espeluznante suposición? En ciertas líneas anormales de un espectro…, en rumores provenientes de Sumatra…, en cierto curioso estado de excitación personal que hemos advertido en cada uno de nosotros… Este último síntoma no es tan acusado como para que tanto usted como nosotros no podamos, realizando un esfuerzo consciente, controlarlo. No tiene por qué andarse con cumplidos con nosotros, Challenger. Juntos hemos hecho frente a la muerte con anterioridad. Hable claro y veamos en qué punto exacto nos encontramos, y cuál es, en su opinión, el porvenir que nos aguarda.

Fue una intervención digna y llena de coraje, un discurso de ese espíritu inquebrantable y fuerte que se ocultaba tras la mordacidad y sinuosidad del anciano zoólogo. Lord John se levantó y le dio la mano.

—Ha expresado a la perfección mis sentimientos —dijo—. Ahora, Challenger, le toca a usted decirnos en qué punto nos encontramos. Como usted bien sabe, no somos miedosos; pero si venimos a visitarle un fin de semana y nos encontramos con que usted se pone a hablarnos de golpe del Juicio Final, ello requiere alguna explicación, ¿no cree? ¿Qué peligro nos acecha, qué fuerza tiene y qué vamos a hacer para enfrentarlo?

Lord John, hombre de gran estatura y corpulencia, permanecía de pie al trasluz de la ventana, con su mano de piel morena sobre el hombro de Summerlee. Yo estaba reclinado en un sillón, con un cigarrillo apagado entre los labios, en esa especie de adormilamiento en que las impresiones adquieren extrema nitidez. Quizá fuese una nueva fase del envenenamiento, pero lo cierto es que todas las excitaciones delirantes habían desaparecido, y en su lugar nos había invadido un estado mental caracterizado por una extrema languidez a la vez que perceptividad. Yo me veía de espectador. Parecía como si todo aquello no fuese conmigo. Pero ante mí tenía a tres vigorosos hombres tratando de hacer frente a la gran catástrofe que se avecinaba, y resultaba fascinante observarlos. Challenger arqueó sus gruesas cejas y se mesó la barba antes de responder. Se veía claramente que sopesaba las palabras con sumo cuidado.

—¿Cuáles eran las últimas noticias cuando salieron de Londres? —preguntó.

—A eso de las diez me encontraba en la redacción de la *Gazette* —dije—. Acababa de recibirse un comunicado de Reuter procedente de Singapur en el que se decía que la enfermedad parecía haberse extendido a toda Sumatra, y que a causa de ello no se habían encendido los faros.

—Desde entonces los acontecimientos se han sucedido con gran celeridad —dijo Challenger, recogiendo una pila de telegramas—. Estoy en estrecho contacto tanto con las autoridades como con la prensa, por lo que de todas partes me llueven las noticias. De hecho, se me ha pedido con insistencia que me traslade a Londres; pero no acabo de ver qué utilidad tendría el hacerlo. Por los datos que obran en mi poder puedo decirles que el efecto venenoso comienza por una excitación mental; el tumulto que se organizó esta mañana en París fue, según dicen, muy violento, y los mineros galeses se hallan alborotados. En la medida en que son fiables los datos de que disponemos, esta etapa estimulativa, que varía enormemente según las razas y los individuos, va seguida de otra caracterizada por una cierta exaltación y lucidez mental —creo advertir ciertas señales de ello en nuestro joven amigo aquí presente— que, tras un intervalo de tiempo apreciable, acaba en coma, y al poco tiempo significa la muerte. Imagino, por lo poco que sé de toxicología, que hay ciertos venenos de nervios vegetales…

—Datura —sugirió Summerlee.

—¡Excelente! —exclamó Challenger—. Contribuirá a lograr una mayor precisión científica si damos un nombre a nuestro agente tóxico. Llamémosle daturon. A usted, mi querido Summerlee, le corresponde el honor —póstumo,

¡ay!, pero en cualquier caso incomparable— de haber dado un nombre al destructor universal, al desinfectante del gran hortelano. Los síntomas del daturon son, pues, más o menos los que indico. Que afectará a todo el mundo y que no quedará el menor rastro de vida detrás suyo me parece evidente, pues el éter es un elemento universal. Hasta el momento se ha mostrado caprichoso por lo que se refiere a los lugares que ha atacado, pero la diferencia es sólo cuestión de horas; es como si fuese una ola que avanza y cubre una franja de arena y luego otra y otra, corriendo de acá para allá en oleadas irregulares, hasta que, finalmente, acaba por anegarlo todo. Hay leyes que rigen todo lo relativo a la acción y distribución del daturon que habrían resultado de sumo interés si el tiempo que resta nos hubiese permitido estudiarlas. En la medida en que puedo seguirles la pista —en este punto Challenger echó una mirada a los telegramas—, compruebo que las razas menos desarrolladas han sido las primeras en reaccionar a su influencia. Los telegramas procedentes de África no dejan resquicio a la esperanza, y todo indica que no queda ya ni un solo aborigen australiano. Los pueblos septentrionales parecen ofrecer mayor resistencia que los meridionales. Este telegrama, por ejemplo, está fechado en Marsella a las nueve cuarenta y cinco de esta mañana. He aquí lo que dice literalmente:

«Toda la noche excitación febril en Provenza. Tumulto de viticultores en Nimes. Agitación socialista en Toulon. Repentina enfermedad seguida de coma atacó población esta mañana. *Peste foudroyant*. Numerosos muertos en las calles. Parálisis de la actividad comercial y caos general».

—Una hora después, y de la misma fuente, llegó el siguiente telegrama:

«Amenazados de exterminio total. Catedrales e iglesias llenas a rebosar. Los muertos superan en número a los vivos. Increíble y espantoso. La muerte sobreviene sin dolor, pero rápidamente y sin remisión».

—Un telegrama similar se ha recibido de París, en donde no se han alcanzado aún tales cotas de gravedad. India y Persia parecen completamente borradas del mapa. La población eslava de Austria desciende, mientras que la teutónica apenas se ha visto aún afectada. Hablando en términos generales, los habitantes de la llanura y del litoral parecen, por cuanto deduzco de la limitada información que obra en mi poder, experimentar los efectos a un ritmo mucho más rápido que los de los pueblos del interior o las zonas altas. Incluso una pequeña elevación puede suponer una diferencia apreciable; en el supuesto de que quedase un superviviente del género humano, lo más probable es que volviera a encontrarse en la cima de algún Ararat. Nuestra pequeña colina puede ser en estos momentos una isla temporal en medio de

un mar de infortunio. Pero, de seguir al ritmo actual, bastarán unas pocas horas para que todos nos veamos sumergidos en el éter.

Lord John Roxton se enjugó la frente.

—Lo que me sorprende —dijo— es cómo puede estar sentado ahí riendo con ese mazo de telegramas bajo la mano. He visto de cerca la muerte tantas veces como el que más; pero, la muerte universal… ¡resulta espantoso!



—En cuanto a la risa —dijo Challenger—, tenga presente que, al igual que ustedes, yo no estoy exento de los estimulantes efectos cerebrales del veneno que impregna el éter. Ahora bien, por lo que se refiere al horror que parece inspirarle la muerte universal, le diría que exagera un poco. Si se adentrara sólo en el mar en un barquichuelo hacia un destino desconocido, es muy probable que su ánimo se viniera abajo. El aislamiento, la incertidumbre, le atenazarían y no sabría qué hacer. Pero si el viaje lo hiciera en un gran barco, en compañía de todos sus parientes y amigos, creería que, aun cuando su destino siguiese siendo incierto, tendría al menos una experiencia común y simultánea que le sostendría hasta el final en íntima unión con los demás. La muerte solitaria puede ser terrible, pero la muerte universal, por indolora que pueda parecer, no es, a juicio mío, algo que deba temerse. Comprendería, desde luego, a la persona que pensase que el horror radica en la idea de sobrevivir cuando no quede nada de todo lo aprendido, famoso y exaltado.

—¿Qué propone hacer, pues? —preguntó Summerlee, que por una vez asintió con la cabeza al razonamiento de su colega científico.

—Que comamos algo —dijo Challenger, al tiempo que se oía el retumbar de un gong por toda la casa—. Tenemos una cocinera cuyas tortillas sólo son superadas por sus chuletas. Esperemos que ninguna alteración cósmica haya embotado sus excelentes dotes culinarias. Mi Scharzberger del 96 debe también rescatarse, en la medida en que nuestros sinceros y conjuntados esfuerzos puedan hacerlo, de lo que constituiría la deplorable pérdida de una excelente cosecha —bajó su enorme corpulencia de la mesa, en la que había permanecido sentado mientras anunciaba el fatal destino que aguardaba al planeta—. Síganme —dijo—. Si nos resta poco tiempo de vida, lo mejor será que lo pasemos disfrutando de forma sobria y razonable. Y, en efecto, resultó una comida de lo más animada. Es cierto que no conseguíamos olvidar la horrible situación en que nos encontrábamos. La gran solemnidad de la ocasión se cernía sobre lo más recóndito de nuestro pensamiento y atemperaba nuestras ideas. Pero sin duda era el alma, que jamás ha hecho frente a la Muerte, la que más miedo tenía de ella en último término. Para cada uno de los varones que allí estábamos reunidos, la Muerte había constituido una presencia familiar durante un largo período de nuestras vidas.

En cuanto a la señora Challenger, confiaba plenamente en los consejos de su corpulento marido, y se hallaba muy contenta de seguirle adonde quiera que le deparase la fortuna. Estábamos condenados a vivir nuestro Sino. El presente era nuestro. Pasamos el rato en un ambiente de franca camaradería y alegría festiva. Nuestras mentes gozaban, como he dicho, de una especial lucidez. Hasta a mí se me ocurrieron algunas ingeniosas ideas. En cuanto a Challenger, estuvo verdaderamente sensacional. Nunca hasta entonces había advertido la grandeza elemental de aquel hombre, hasta dónde llegaban sus facultades de comprensión. Summerlee le incitaba con su cantinela de críticas agridulces, mientras lord John y yo disfrutábamos a nuestras anchas con la polémica; la señora Challenger, con la mano en la manga de su marido, controlaba los exabruptos del filósofo. Vida, muerte, sino, el destino del hombre…, tales eran los trascendentales temas de aquella memorable hora, crucial por el hecho de que a medida que avanzaba la comida extraños y súbitos arrebatos en mi mente y un hormigueo en mis piernas proclamaban que la invisible ola de la Muerte se iba alzando lenta y silenciosamente en tomo nuestro. En cierta ocasión vi cómo lord John se llevaba de repente la mano a los ojos; en otro momento, Summerlee se dejó caer por unos instantes en su silla. Cada inhalación que aspirábamos estaba cargada de extrañas

fuerzas. Pero nuestras mentes no se habían visto aún afectadas. En esas estábamos cuando apareció Austin y puso los cigarrillos encima de la mesa; ya se disponía a retirarse, cuando le llamó Challenger.

—¡Austin!

—Sí, ¿señor?

—Le agradezco sus leales servicios.

Una sonrisa se dibujó en el rugoso rostro del criado.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, señor.

—Espero el fin del mundo para hoy, Austin.

—Bien, señor. ¿A qué hora, señor?

—No lo sé, Austin, pero antes del atardecer.

—Muy bien, señor.

El taciturno Austin saludó y se retiró. Challenger encendió un cigarrillo y, acercando su silla a la de su mujer, la cogió de la mano.

—Estás perfectamente enterada de la situación, querida —dijo—. Se la he explicado también a nuestros amigos aquí presentes. No tienes miedo, ¿verdad?

—¿No será doloroso, George?

—No mucho más que el gas hilarante cuando uno va al dentista. Cada vez que te lo ponen es como si murieses.

—Pero es una sensación agradable.

—Quizá sea así la muerte. La gastada máquina corporal no puede registrar su impresión, pero sabemos del placer mental que se experimenta en un sueño o trance. La naturaleza puede construir una preciosa puerta y cubrirla de cortinas diáfanas y relucientes que sirva de entrada a la nueva vida para nuestras almas errantes. En mis investigaciones sobre el tema he encontrado siempre muestras de sabiduría y bondad en el centro de todo; y si en algún momento el despavorido mortal necesita muestras de ternura, ese momento es, sin duda, cuando hace la peligrosa transición de la vida a la vida. No, Summerlee, no comparto para nada su materialismo, pues al menos yo me considero algo demasiado grande como para acabar viéndome reducido a simples componentes físicos, un sobre de sales y tres cubos de agua. Aquí… aquí —y al decir esto se golpeó la enorme cabeza con el grande y velludo puño— hay algo que hace uso de la materia pero que no está formado de ella, algo que podría acabar con la muerte, pero con lo que la muerte jamás podrá acabar.

—Hablando de la muerte —dijo lord John—. Me considero cristiano, pero a mi juicio había algo tremendamente natural en aquellos antepasados

nuestros que al ser enterrados lo hacían con sus hachas, arcos, flechas y otros utensilios por el estilo, como si fuesen a seguir viviendo de igual modo que hasta entonces. No sé —añadió, mirando en torno a la mesa con expresión un tanto avergonzada— si no me sentiría más a gusto si muriese con mi viejo Express del 450 y una escopeta, la más corta, con la culata de goma y un cargador o dos…, una tontería, sin duda, pero confieso que me gustaría. ¿Qué le parece, *Herr* Profesor?

—Bueno —dijo Summerlee—, puesto que quiere saber mi opinión, se la diré: me parece un injustificable retroceso a la Edad de la Piedra o incluso más atrás aún. Soy un hombre del siglo veinte y me gustaría morir como cualquier persona civilizada que esté en sus cabales. No sé si siento más miedo ante la muerte que ustedes, pues ya soy un hombre anciano y, pase lo que pase, no me quedan muchos años de vida; pero es contrario a mi naturaleza sentarme a esperar sin ofrecer resistencia, como si fuese un cordero ante el matarife. ¿Es cierto, Challenger, que no se puede hacer nada?

—Para salvarnos…, nada —dijo Challenger—. Todo lo más, prolongar la vida por espacio de unas horas, y ver así qué evolución toma esta ominosa tragedia antes de sumirnos de lleno en ella…, eso es algo que entra dentro de mis posibilidades. He tomado ciertas precauciones…

—¿El oxígeno?

—Exactamente. El oxígeno.

—Pero ¿qué puede hacer el oxígeno frente a un envenenamiento del éter? No es mayor la diferencia cualitativa existente entre un trozo de ladrillo y un gas que entre el oxígeno y el éter. Uno y otro son diferentes planos de la materia. No pueden entremezclarse. Vamos, Challenger, usted no puede defender semejante hipótesis.

—Mi buen Summerlee, el veneno del éter se halla sin duda influido por agentes materiales. Es algo que puede verse en la distribución y el curso que ha seguido el estallido de la crisis. No lo habríamos esperado *a priori*, pero lo cierto es que ahí está. Por ello soy decididamente de la opinión de que un gas como el oxígeno, que aumenta la energía y la capacidad de resistencia del cuerpo, es muy probable que retrase el efecto de lo que con tanto acierto ha bautizado con el nombre de daturon. Puede que esté equivocado, pero tengo absoluta confianza en la exactitud de mis razonamientos.

—En ese caso —dijo lord John—, si vamos a sentamos a aspirar de esas botellas de modo similar a como tantísimos niños hacen con los biberones, yo no quiero ninguna.

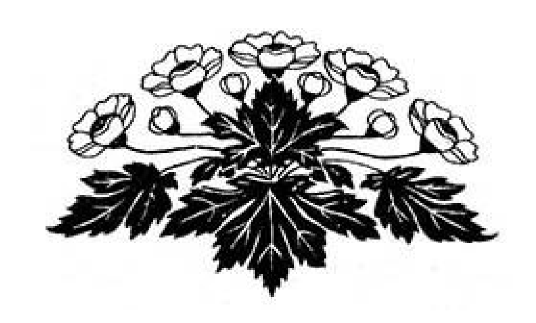
—No hará falta —respondió Challenger—. Hemos tomado medidas —en especial mi mujer, que es de quien ha partido la idea— para que el gabinete de ella se cierre con el máximo hermetismo posible. ¿Con tiras de cartón y papel barnizado?

—¡Santo cielo, Challenger!, ¿no creerá que puede impedir la entrada del éter con papel barnizado?

—En verda, amigo mío, es usted un poco perverso al no querer entender a qué me refiero. Desde luego, no nos tomamos tales molestias para no dejar entrar el éter. Es para que no salga el oxígeno. Confío en que si logramos mantener una atmósfera hasta cierto punto hiperoxigenada, nuestros sentidos permanecerán despiertos. Yo tengo dos botellas de oxígeno y ustedes han traído tres más. No es mucho, pero al menos es algo.

—¿Cuánto durarán?

—No tengo la menor idea. Sólo las abriremos cuando no podamos soportar más los síntomas. Luego racionaremos el gas para ir soltándolo poco a poco a medida que lo necesitemos. Tendremos para unas horas, quizá incluso para unos días, en los que nos será dado contemplar un mundo en ruinas. Nuestra muerte se verá, pues, retrasada algún tiempo, y a nosotros cinco se nos ofrecerá la singularísima experiencia de ser, con toda probabilidad, la retaguardia del género humano en su marcha hacia lo desconocido. Les agradecería que me echasen una mano con los cilindros. Tengo la impresión de que la atmósfera se vuelve más sofocante por momentos.



a cámara que se destinaba a ser el escenario de nuestra inolvidable experiencia era un cuarto de estar deliciosamente femenino, de irnos catorce o dieciséis pies cuadrados. En un extremo, dividido por una cortina de terciopelo rojo había una pequeña pieza que hacía las veces de vestidor del profesor. Esta, a su vez, daba a un gran dormitorio. La cortina aún colgaba, pero el gabinete y el vestidor podían considerarse una sola cámara para los fines de nuestro experimento. Una puerta y el marco de la ventana habían sido cubiertos con papel barnizado, por lo que estaban prácticamente precintados. Encima de la otra puerta, que daba al rellano de la escalera, había un montante de abanico del que podía tirarse con una cuerda cuando se hiciese absolutamente necesario ventilar la pieza. En cada ángulo de la habitación había un gran arbusto dentro de un barreño.

—Una cuestión delicada y vital es cómo librarse del exceso de dióxido de carbono sin malgastar el oxígeno —dijo Challenger, echando una mirada alrededor suyo después de alinear las cinco botellas metálicas contra la pared —. De haber contado con más tiempo podría haber puesto toda mi inteligencia a reflexionar sobre el problema, pero tal como están las cosas habrá que conformarse con hacer lo que esté en nuestras manos. Los arbustos nos serán de alguna utilidad. Dos de las botellas de oxígeno están listas para entrar en funcionamiento inmediatamente, de forma que el estallido de la crisis no nos pille desprevenidos. Al mismo tiempo, sería aconsejable no alejarse de la habitación, pues la catástrofe puede sobrevenir de repente y tener un súbito desenlace.

Había un ventanal ancho y bajo que daba a un mirador. La vista que se divisaba desde allí era la misma que la que habíamos tenido ocasión de admirar desde el estudio. En el horizonte no se veía ninguna señal que indicase desorden. Bajo mis mismos ojos había una carretera que bajaba serpenteando la ladera de la colina. Un cabriolé procedente de la estación, una de esas reliquias prehistóricas que sólo es posible encontrar en nuestros pueblos, subía renqueante la colina. Algo más abajo se veía una niñera que empujaba un cochecito de niño y llevaba de la mano una segunda criatura. Las azules volutas de humo que salían de las casitas de campo daban al

paisaje un aspecto de apacible orden y confort hogareño. No había nada en el cielo azul o en la tierra bañada por el sol que presagiase la menor sombra de catástrofe. Los segadores se hallaban nuevamente de vuelta en los campos, y los jugadores de golf, en parejas o formando grupos de cuatro, seguían recorriendo los hoyos. Sentía una agitación tan extraña en la cabeza y tal crispación en mis sobreexcitados nervios, que me resultaba difícil de entender la indiferencia con que se conducía aquella gente.

—Parece como si aquellos tipos no sintiesen para nada los efectos —dije, al tiempo que señalaba el campo de golf.

—¿Juega usted al golf? —preguntó lord John.

—No, no juego.

—Pues bien, joven, ¿cuándo aprenderá que una vez avanzada la partida, sólo la llegada del día del Juicio detendría al verdadero aficionado al golf? ¡Hala! Otra vez el teléfono.

De cuando en cuando, en el curso de la comida y una vez concluida ésta, el agudo e insistente timbre del teléfono reclamaba la presencia del profesor. Nos daba las noticias a medida que le iban llegando por medio de contadas y lacónicas frases. Jamás en los anales de la humanidad se habían registrado noticias tan terribles. La inmensa sombra se iba acercando sigilosamente desde el sur como una pleamar de funestas consecuencias. Egipto había estado delirando y en estos momentos se hallaba en estado de coma. España y Portugal, tras un súbito estallido de violencia en el que clericales y anarquistas habían librado feroz Contienda, se habían sumido en un silencio sepulcral. Ya no se recibían telegramas de Suramérica. En Estados Unidos los estados sureños, tras violentos enfrentamientos raciales, habían sucumbido a la ola de veneno. Al norte de Maryland aún no se habían dejado sentir sus efectos, y en Canadá apenas eran perceptibles. Bélgica, Holanda y Dinamarca, por su parte, se habían visto afectadas. De todos los rincones del globo llegaban mensajes desesperados a los grandes centros del saber, a los químicos y a los médicos de fama mundial, implorando su consejo. Los astrónomos, igualmente, se hallaban asediados a preguntas. Nada cabía hacer. Aquello era una tragedia de magnitudes universales y superaba al conocimiento y poder humanos. Era la muerte —sin dolor, pero inevitable—, la muerte para jóvenes y viejos, para débiles y fuertes, para ricos y pobres, sin esperanza ni posibilidad de eludirla. Tales eran las noticias que en forma de dispersos y confusos mensajes nos llegaban a través del teléfono. Las grandes ciudades eran ya conscientes del destino que las aguardaba y, por las noticias que recibíamos, se preparaban para hacerle frente con dignidad y resignación.

Con todo, ante nosotros teníamos a los jugadores de golf y a los campesinos cual si de corderos brincando a la sombra del cuchillo se tratase. En verdad, era sorprendente. ¿Y cómo iban a saber nada? Aquello se nos había venido encima a pasos agigantados. Ninguna noticia en el periódico matinal los había puesto en alerta. Y apenas si aún eran las tres de la tarde. Parecía como si algún rumor empezara a propagarse, pues veíamos a los segadores salir corriendo de los campos. Algunos de los jugadores de golf, por su parte, regresaban al club social. Corrían como si buscaran refugiarse de una tormenta. Los pequeños *caddies* marchaban detrás. Otros, más aventurados, siguieron jugando. La niñera había dado media vuelta y de nuevo se la veía empujando el cochecito apresuradamente por la cuesta de la colina. Advertí que se llevaba la mano a la frente. El cabriolé se detuvo y el fatigado caballo resollaba con la cabeza hundida entre las patas. Por encima de nosotros resplandecía un maravilloso cielo estival: una inmensa bóveda de color azul sin mancha, salvo por unas pocas y algodonosas nubes blancas encima de las lejanas lomas. Si el género humano muere hoy, al menos gozará de un magnífico lecho mortuorio. Pero ese suave encanto de la naturaleza hacía precisamente que tan terrorífica y completa destrucción fuese más lamentable y espantosa si cabe. Sin duda, era una morada demasiado buena como para que se nos desalojara tan rápida, tan brutalmente, de ella.

Pero, como ya he dicho, el teléfono volvió a sonar una vez más. De repente oí la estentórea voz de Challenger desde el salón.

—¡Malone! —exclamó—. Preguntan por usted.

Me abalancé hacia el aparato. Era McArdle que llamaba desde Londres.

—¿El señor Malone? —exclamó en su tono familiar—. Señor Malone, en Londres están sucediendo cosas verdaderamente espantosas. Por lo que más quiera, a ver si el profesor Challanger puede indicarnos qué hacer.

—El profesor no puede indicar nada, señor —respondí—. A su juicio, la crisis es universal e inevitable. Tenemos algo de oxígeno con nosotros, pero ello tan sólo servirá para retrasar nuestra muerte por espacio de unas horas.

—¡Oxígeno! —exclamó la desesperada voz—. Es muy tarde para conseguirlo. En la redacción ha reinado una tremenda confusión prácticamente desde que usted salió esta mañana. En estos momentos la mitad del personal se halla en estado inconsciente. En cuanto a mí, siento una enorme pesadez en la cabeza. Desde mi ventana puedo ver a la gente, en Fleet Street, amontonados unos encima de otros. El tráfico se ha interrumpido por completo. A juzgar por los últimos telegramas, el mundo entero…

Su voz había ido bajando de tono y de repente se extinguió. Un instante después oí por el teléfono un ruido sordo, como si su cabeza se hubiese caído de golpe encima de la mesa.

—¡Señor McArdle! —grité—. ¡Señor McArdle!

No obtuve respuesta. Al colgar el auricular sabía que no volvería a oír más su voz.

En ese mismo instante, justo en el momento en que me retiraba del teléfono, aquello se echó encima de nosotros. Parecíamos bañistas, con el agua hasta los hombros, que de repente se viesen arrebatados por una encrespada ola. Era como si una mano invisible me apretase poco a poco la garganta y, dulcemente, fuese a quitarme la vida. Sentí una inmensa opresión en el pecho, una gran tensión en la cabeza, un ruidoso siseo en los oídos y resplandecientes destellos me cegaron la vista. Me quedé mirando la balaustrada de la escalera. En ese instante, corriendo y bufando como si fuese un búfalo herido, Challenger pasó a toda velocidad por delante mía; su aspecto era terrible, la cara de color rojo amoratado, los ojos desencajados y el pelo erizado. Su pequeña mujer, aparentemente inconsciente, iba colgada del gran hombro de Challenger, en tanto él pifiaba y tronaba escaleras arriba, revolviéndose y dando traspiés, pero al final, gracias a su tremenda fuerza de voluntad, logró llegar a través de aquella atmósfera mefítica al puerto de salvación temporal. A la vista de su esfuerzo, yo también me lancé escaleras arriba, gateando, dando traspiés, agarrándome a la barandilla, hasta que finalmente tropecé y me caí en el descansillo superior quedándome semiinconsciente. Los dedos de acero de lord John se posaron en el cuello de mi chaqueta, y un instante después estaba tendido de espaldas, incapaz de hablar o moverme, sobre la alfombra del gabinete. La señora Challenger yacía a mi lado y Summerlee se hallaba hecho un ovillo en una silla junto a la ventana, con la cabeza casi metida entre las rodillas. Como si fuese en sueños vi a Challenger, que parecía un escarabajo gigantesco arrastrándose lentamente por el suelo, y un momento después oí el suave siseo del oxígeno saliendo. Challenger, dando grandes bocanadas, respiró dos o tres veces, mientras sus pulmones crepitaban al aspirar el gas vital.

—¡Funciona! —exclamó exultante—. ¡Mi teoría ha quedado demostrada! —volvió a ponerse en pie, despabilado y con las fuerzas recobradas. Con una botella en la mano se abalanzó sobre su mujer y se la pegó a la cara. Por espacio de unos segundos ésta gruñó y se retorció, hasta que finalmente volvió a incorporarse. Luego, Challenger se dirigió hacia mí y sentí cómo la corriente de vida recorría cálidamente mis arterias. Mi razón me decía que

aquello no era sino un breve respiro, y con todo, aunque al hablar no le diéramos importancia, cada hora de existencia parecía en aquellos momentos algo de un valor incalculable. Jamás he experimentado semejante sensación de alegría sensual como la que me invadió con aquella corriente de vida. La pesadez desapareció de mis pulmones, la cinta que me aprisionaba la frente se soltó y una dulce sensación de paz, alivio y lánguido bienestar se apoderó de mí. Tumbado, observaba cómo Summerlee revivía gracias al mismo remedio, y finalmente le tocó el tumo a lord John. Se puso en pie de un salto y me alargó la mano para levantarme, mientras Challenger cogía entre los brazos a su mujer y la tendía en el sofá.

—¡Oh, George!, cuánto siento que me hayas devuelto a la vida —dijo, al tiempo que le agarraba de la mano—. Las puertas de la muerte tienen efectivamente, como tú dijiste, preciosas y resplandecientes cortinas; pero una vez pasada la sensación de asfixia, todo resulta indeciblemente agradable y maravilloso. ¿Por qué me has sacado de allí?

—Porque quería que hiciésemos la travesía a un tiempo. Son muchos años de estar juntos. Sería triste tener que separamos en el momento supremo.

Por unos instantes vislumbré en aquella delicada voz un nuevo Challenger, muy lejos del fanfarrón, ampuloso y arrogante hombre que unas veces había sorprendido y otras insultado a su generación.

Aquí, a las puertas de la muerte, se mostraba el auténtico Challenger, el hombre que había sabido ganar y retener el amor de una mujer. De repente, su estado de ánimo cambió y una vez más volvió a ser nuestro capitán.

—En el mundo entero yo he sido la única persona que anticipó y predijo esta catástrofe —dijo, con un timbre exultante y de triunfalismo científico en su voz—. En cuanto a usted, mi buen Summerlee, confío que se hayan disipado sus últimas dudas acerca del significado del desdibujamiento de las líneas en el espectro y que no vuelva a decir que mi carta en *The Times* se sustentaba en un error.

Por una vez nuestro belicoso colega prestó oídos sordos al reto. No podía hacer otra cosa que jadear y estirar sus largas y delgadas piernas, como si intentara convencerse de que aún estaba realmente en este planeta. Challenger se dirigió a donde estaba la botella de oxígeno y el sonido del ruidoso siseo fue amortiguándose hasta quedar reducido a un silbido apenas perceptible.

—Debemos ahorrar nuestras reservas de gas —dijo—. La atmósfera de la habitación está saturada de oxígeno, y supongo que ninguno de nosotros tiene síntomas de asfixia. Con estos experimentos sólo podemos determinar qué

volumen de aire será necesario añadir para neutralizar el veneno. Veamos los resultados.

Permanecimos sentados en medio de una expectante tensión silenciosa por espacio de cinco minutos, o quizá un poco más, observando nuestras sensaciones. Justo cuando creía volver a sentir como si me oprimieran las sienes, la señora Challenger, que se encontraba tumbada en el sofá, gritó que se desmayaba. Su marido abrió algo más el gas.

—En los tiempos precientíficos —dijo— solían tener un cobaya en los submarinos, pues su delicado organismo captaba cualquier deficiencia que pudiera haber en la atmósfera antes de que la percibieran los marineros. Querida, serás nuestro cobaya. Si abro más el gas te encuentras mejor, ¿no?

—Sí, me encuentro mejor.

—Posiblemente hemos dado con la proporción idónea. Cuando averigüemos exactamente cuál es el mínimo necesario sabremos cuánto tiempo de existencia nos restará. Desgraciadamente, con lo de resucitar hemos consumido ya una gran parte de esta primera botella.

—¿Qué más da? —dijo lord John, que, con las manos en los bolsillos, estaba de pie junto a la ventana—. Si tenemos que morir, ¿de qué sirve intentar prolongar esta situación? A su juicio, ¿no queda ninguna esperanza?

Challenger sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Bien, en tal caso, ¿no le parece más digno dar el salto que esperar a que le empujen a uno? Si las cosas han de ser forzosamente así, creo que lo mejor es ponerse a rezar, cerrar el gas y abrir la ventana.

LOS TECHOS DE LOS CONTINENTES

	Metros
AFRICA	
Kilimanyaro (Kilimanyaro, Tanzania)	5.895
Kenya (Kenya)	5.195
Ruvenzori (Uganda)	5.120
AMERICA DEL NORTE	
Mac Kinley (Sierra de Alaska, EE. UU.)	6.187
Logan (St. Elías, Canadá)	5.955
Orizaba (Sierra Madre Occidental, México)	5.747
AMERICA DEL SUR	
Aconcagua (Andes, Argentina)	6.959
Nevado Ojos del Salado (Andes Chile-Argentina)	6.880
Tupungato (Andes, Argentina, Chile)	6.860
ANTARTIDA	
Vinson Masif	5.140
Markham (Tierra Victoria, Antártida)	4.572
Erebus (Tierra Victoria, Antártida)	4.023
ASIA	
Everest (Himalaya, Tibet-Nepal)	8.848
Godwin Austen o **Dapsang** (Karakorum, Pakistán)	8.611
Kanchenjunga (Himalaya, India-Nepal)	8.585
EUROPA	
Mont Blanc (Alpes Saboyanos, Francia-Italia)	4.810
Monte Rosa (Alpes Peninos, Italia-Suiza)	4.638
Cervino (Alpes Peninos, Italia-Suiza)	4.478
OCEANIA	
Carstenzs (Nueva Guinea, Indonesia)	5.030
Mauna Kea (Hawai, EE. UU.)	4.210
Mauna Loa (Hawai, EE. UU.)	4.170

Comparación de alturas de los techos de cada continente

—¡Estoy con usted! —dijo la señora Challenger, entusiasmada—. George, estoy convencida de que lord John tiene razón y que es lo mejor que podemos hacer.

—Me opongo tajantemente —exclamó Summerlee, en tono quejumbroso —. Cuando hayamos de morir, aceptémoslo con todas sus consecuencias, pero anticipar la muerte me parece una acción absurda e injustificable.

—¿Qué dice nuestro joven amigo al respecto? —preguntó Challenger.

—Creo que lo más prudente es aguardar hasta el final.

—Soy decididamente de la misma opinión —añadió Challenger.

—Entonces, George, si lo dices tú, cuenten también conmigo —exclamó la señora Challenger.

—Bueno, bueno, yo no hice más que plantear la posibilidad —dijo lord John—. Si todos ustedes están a favor de llegar hasta el final, no se hable más. Es una experiencia interesantísima, no cabe la menor duda. He participado ya en bastantes aventuras a lo largo de mi vida y en tantos apasionantes lances como el que más, pero termino en el punto álgido.

—Supuesta la continuidad de la vida —dijo Challenger.

—¡Lo que es mucho suponer! —exclamó Summerlee.

Challenger se le quedó mirando silenciosamente, en tono reprobatorio.

—Supuesta la continuidad de la vida —dijo, en el tono más didáctico posible— ninguno de nosotros se halla en condiciones de predecir qué posibilidades de observación puede haber desde lo que llamaremos el plano del espíritu al plano de la materia. Sin duda, hasta la persona más obtusa que quepa imaginar —y en este punto echó una mirada a Summerlee— sabe que mientras pertenecemos al mundo material estamos más capacitados para observar y formar un juicio acerca de los fenómenos materiales. Así pues, sólo si conservamos la vida estas breves horas de más podremos esperar llevar con nosotros a cualquier futura existencia una idea clara del acontecimiento más prodigioso que el mundo, o el universo en la medida en que lo conocemos, haya presenciado jamás. Para mí sería verdaderamente deplorable que acortásemos, aun cuando sólo fuese un minuto, tan inolvidable experiencia.

—Soy decididamente de la misma opinión —exclamó Summerlee.

—Todos estamos de acuerdo —dijo lord John—. ¡Por San Jorge!, ese pobre diablo de chófer suyo que está ahí abajo en el patio ha hecho su último viaje. ¿No convendría salir a buscarle?

—Sería una insensata temeridad —exclamó Summerlee.

—Me lo imagino —dijo lord John—. No mejoraría para nada su situación y el gas se escaparía por toda la casa, y ello contando con que regresáramos con vida. ¡Dios mío, miren a los pajaritos bajo los árboles!

Acercamos cuatro sillas hasta el largo y bajo ventanal, mientras la señora Challenger seguía tumbada en el sofá con los ojos cerrados. Recuerdo que se me pasó por la cabeza la monstruosa y grotesca idea —la ilusión debió acrecentarse debido a lo cargado que estaba el aire que respirábamos— de que nos encontrábamos sentados en cuatro butacas delanteras asistiendo al último acto del drama del mundo.

En primerísimo plano, bajo nuestros mismos ojos, se veía el pequeño patio, y en él el coche a medio limpiar. A Austin, el chófer, se le había despedido por última vez, pues se hallaba tendido junto a la rueda, con un moratón en la frente que debió hacerse al golpearse con el estribo o el guardabarros. Aún tenía en la mano la boca de la manguera con la que había estado lavando el vehículo. En una esquina del patio había una pareja de arbolillos achaparrados, y debajo, en el suelo, se veían varias patéticas bolitas de plumas cubiertas de pelusilla, con las patitas en alto. Bajo la guadaña de la Muerte había caído todo cuanto de grande o pequeño se hallaba a su alcance.

Por encima del muro del patio se dominaba la serpenteante carretera que llevaba a la estación. Varios de los segadores a quienes habíamos visto salir corriendo de los campos se amontonaban en la parte baja en confuso desorden, unos cuerpos encima de otros. Algo más allá yacía la niñera con la cabeza y los hombros recostados contra la pendiente de la verde loma. Había sacado al niño del cochecito y éste era un bulto inmóvil de envoltorios entre sus brazos. Justo detrás suya, una pequeña mancha al borde de la carretera mostraba dónde se encontraba la otra criatura. Algo más cerca de nosotros se veía el cabriolé sin vida postrado entre los varales. El anciano conductor colgaba del guardabarros como si fuese un grotesco espantapájaros, con los brazos balanceándose de manera grotesca. A través de la ventana pudimos distinguir vagamente a un joven sentado en el interior. La puerta estaba abierta de par en par y tenía la mano aferrada a la manilla, como si en el último instante hubiera intentado saltar. En la media distancia se veían los hoyos de golf, punteados, al igual que por la mañana, con las oscuras figuras de los jugadores, tendidos inmóviles sobre la hierba del campo o entre el brezo que lo bordeada. En un determinado *green* había tendidos a lo largo ocho cuerpos, allí donde dos parejas —con sus respectivos *caddies*— habían estado jugando hasta el último momento. No se veía volar ni un solo pájaro en la azul bóveda celeste, ningún hombre o animal se movía en toda la extensión

que dominaba la vista. El pacífico resplandor del sol crepuscular lo bañaba todo, pero por el campo se cernía la calma y el silencio propios de la muerte universal… una muerte a la que muy pronto habríamos de salir a su encuentro. En aquellos momentos una frágil lámina de vidrio, al retener el excedente de oxígeno que contrarrestaba los efectos del éter envenenado, nos separaba del fatal desenlace de nuestro congéneres. Por espacio de unas horas el saber y la previsión de un hombre iban a preservar nuestro pequeño oasis de vida en aquel inmenso desierto de muerte, y a salvamos de participar en la catástrofe universal. Luego, cuando descendiera el nivel del gas, también nosotros nos veríamos jadeando encima de la alfombra de color cereza del gabinete, y el destino del género humano y de la vida sobre la Tierra habría llegado a su consumación. Durante un largo rato, demasiado preocupados como para atrevemos a romper el silencio, observamos la tragedia que se cernía sobre la Tierra.

—Allí arde una casa —dijo Challenger finalmente, señalando una columna de humo que se levantaba por encima de los árboles—. Me imagino que habrá muchas más —posiblemente ciudades enteras sean a estas horas pasto de las llamas— si tenemos en cuenta que mucha gente se habrá visto sorprendida con una vela en las manos. El hecho de que se produzca la combustión basta para demostrar que la proporción de oxígeno que hay en la atmósfera es normal, y que lo que falta es éter. ¡Ah!, allí, en la cima de Crowborough Hill, se ve otro incendio. Es el club social de golf, si no me equivoco. Se oyen las campanadas del reloj de la iglesia dando la hora. A nuestros filósofos les interesaría saber que un mecanismo hecho por el hombre ha sobrevivido a quienes lo fabricaron.

—¡Por San Jorge! —exclamó lord John, levantándose con excitación de la silla—. ¿Qué es ese chorro de humo? ¡Pero si es un tren!

Hasta nosotros llegó el traqueteo de la locomotora, y en un abrir y cerrar de ojos se nos apareció como un relámpago, marchando a lo que a mí me parecía una increíble velocidad. De dónde venía o adónde iba, no teníamos forma de saberlo. Sólo por algún milagro de la fortuna podría haber seguido su marcha. Pero ahora íbamos a presenciar el trágico final de su carrera. Un tren de carbón estaba estacionado en la vía.

Contuvimos el aliento al ver que el expreso avanzaba a toda máquina por la misma vía. El choque fue espantoso. Locomotora y vagones se amontonaban formando un montículo de madera astillada y hierro retorcido. Rojas llamaradas salían intermitentemente de entre los restos hasta que todo

acabó siendo pasto de las llamas. Durante una media hora permanecimos sentados sin decir apenas palabra, extasiados ante tan formidable espectáculo.

—¡Pobre gente! ¡Pobre gente! —exclamó finalmente la señora Challenger.

—Querida, los pasajeros de ese tren no estaban más animados que el carbón contra el que se estrellaron o el carbono en que se han transformado —dijo Challenger, agarrándola de la mano con ternura—. Era un tren con seres vivos cuando salió de la estación Victoria, pero iba conducido y ocupado por muertos mucho antes de su trágico fin.

—Por todo el mundo deben sucederse las mismas escenas —dijo, al tiempo que delante mío desfilaban, como en una visión, toda una serie de extraños sucesos—. Piensen en los barcos, cómo irán echando vapor hasta que los hornos se agoten o hasta encallar en una playa. En los veleros, cómo irán sin rumbo a merced de las olas con su cargamento de marineros muertos, mientras el maderamen se pudre y por las junturas entra el agua, hasta que uno tras otro desaparezcan bajo la superficie del mar. Quizá dentro de un siglo el Atlántico estará aún punteado con los viejos restos a la deriva.

—Y en la gente que trabaja en las minas de carbón —dijo Summerles, esbozando una lúgubre sonrisilla—. Si alguna vez vuelve a haber geólogos sobre la superficie terrestre formularán increíbles teorías sobre la existencia del hombre en estratos carboníferos.

—No es que yo sepa mucho de estas cosas —observó lord John—, pero me parece que después de todo lo que está sucediendo la tierra quedará vacía. Una vez que toda la humanidad haya sido borrada del mapa, ¿cómo resurgirá de sus cenizas?

—El mundo estuvo vacío en épocas anteriores —respondió Challenger en tono grave—. Se pobló según leyes que en su origen no llegamos a comprender. No hay razón para que no vuelva a repetirse el mismo proceso.

—Mi querido Challenger, no hablará en serio, ¿no?

—No tengo por costumbre, profesor Summerlee, bromear acerca de tales temas. Su observación es banal —la barba se le estiró y se le bajaron los párpados.

—¡Allá usted!, siempre ha sido un obstinado dogmático y no piensa cambiar a la hora de la muerte —dijo Summerlee en tono acre.

—Y usted, señor, durante toda su vida no ha hecho más que poner pegas sin dar muestras de la menor imaginación, y lo peor es que jamás cambiará.

—Sus detractores más significados jamás le acusarán de falta de imaginación —replicó Summerlee.

—A fe mía —dijo lord John— que, en verdad, no cabía esperar otra cosa de ustedes: ¡consumir la última gota de oxígeno atacándose mutuamente! ¿Qué importa si vuelve a haber seres humanos o no? Desde luego, es algo que nosotros no veremos.

—Con semejante observación, señor, no hace sino poner en evidencia sus ya de por sí muy acusadas limitaciones —dijo Challenger gravemente—. El verdadero pensamiento científico no se siente constreñido por las circunstancias de espacio y tiempo. Levanta un observatorio en la misma línea de demarcación del presente, en esa línea que separa el pasado infinito del futuro infinito. Desde esa segura atalaya hace incursiones que llegan incluso al principio y al final de todas las cosas. En cuanto a la muerte se refiere, el hombre de mentalidad científica muere en su puesto, trabajando de forma normal y metódica hasta el final. No para en absoluto mientes en algo tan nimio como su propia desintegración física, al igual que hace con cualquier otra limitación existente en el plano de la materia. ¿Tengo razón, profesor Summerlee?

Summerlee rezongó un asentimiento forzado.

—Con ciertas reservas, coincido con usted —dijo.

—La persona con una mentalidad científica ideal —prosiguió Challenger —, y lo digo en tercera persona para no parecer un tipo engreído, la persona con una mentalidad científica ideal debe ser capaz de formular un punto del conocimiento abstracto en el espacio de tiempo que media entre la caída del tripulante de un globo y su llegada a la tierra. Se requieren hombres de fuerte constitución para hacer de ellos los conquistadores de la Naturaleza y los defensores de la verdad.

—Me sorprende que por una vez den tanta importancia a la Naturaleza —dijo lord John, al tiempo que miraba por la ventana—. He leído varios artículos de fondo sobre cómo ustedes, señores, tratan de dominarla, pero parece como si la Naturaleza recuperase algo del terreno perdido.

—No es sino un repliegue temporal —dijo Challenger con convicción—. ¿Qué son unos millones de años en el gran ciclo del tiempo? Como pueden ver, el mundo vegetal sobrevive. Miren las hojas de aquel árbol achaparrado. Los pájaros están muertos, pero el árbol florece. De esta vida vegetal en los estanques y en las zonas pantanosas saldrán, con el tiempo, los primeros microscópicos gusanillos, los pioneros de ese gran ejército de la vida al que de momento a nosotros cinco nos corresponde la extraordinaria misión de servir de retaguardia. Una vez implantada la forma más ínfima de vida, el advenimiento final del Hombre es tan cierto como el nacimiento de la encina

a partir de la bellota. El viejo círculo volverá a ponerse en movimiento una vez más.

—Pero, ¿y el veneno? —pregunté—. ¿No cortará de raíz todo rastro de vida?

—El veneno puede ser un simple estrato o capa del éter, una mefítica corriente del Golfo que cruce ese imponente océano sobre el que nos hallamos flotando. O puede también producirse un fenómeno de tolerancia y que, al final, la vida acabe por adaptarse a una condición nueva. El simple hecho de que con una dosis relativamente pequeña de hiperoxigenación en nuestra sangre podamos resistir es, sin duda, prueba de que no se precisará un cambio demasiado grande como para que la vida animal pueda soportarlo.

De la humeante casa que había detrás de la arboleda comenzaron a surgir llamaradas. Podíamos ver las altas lenguas de fuego saliendo al aire.

—Es verdaderamente horrible —musitó lord John, a quien se le veía más afectado que nunca.

—Después de todo, ¿qué más da? —observé—. El mundo está muerto. ¿Qué mejor entierro que una cremación?

—Nuestras vidas se verían acortadas si esta casa fuese pasto de las llamas.

—Preví el peligro —dijo Challenger—, y le dije a mi mujer que tomase las debidas precauciones.

—Todo está a buen recaudo, querido. Pero la cabeza empieza a darme vueltas otra vez. ¡Qué atmósfera más horrible!

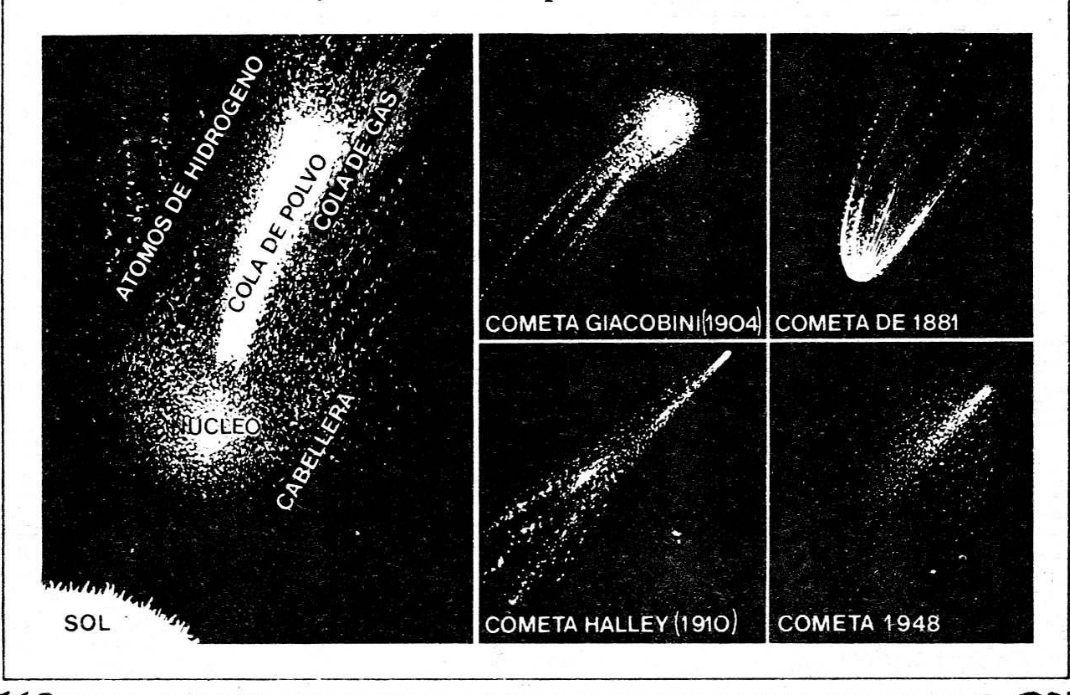
—Debemos cambiarla —dijo Challenger, inclinándose sobre el cilindro de oxígeno.

—Está prácticamente vacío —dijo—. Nos ha durado unas tres horas. Son ya casi las ocho. Pasaremos la noche sin problemas. Espero que el final nos llegue mañana por la mañana hacia las nueve. Veremos un amanecer que será sólo nuestro.

LOS COMETAS

En la antigüedad existía la creencia de que la aparición de un cometa en el firmamento anunciaba catástrofes y calamidades. Y, de hecho, la presencia de alguno de estos cuerpos celestes coincidió a veces con alguna grave epidemia, guerra o terremoto. Se dice que antes de ocurrir el terrible terremoto que asoló en 1531 la ciudad de Lisboa, en el que murieron más de treinta mil personas, surgió en el cielo un astro brillante, de color rojizo. También en 1914, poco antes de iniciarse la Primera Guerra Mundial, apareció el cometa llamado Delavan.

Pero todo esto, sin duda, sólo son supersticiones. La ciencia ha demostrado que los cometas describen enormes órbitas elípticas y no pueden verse hasta que se encuentran muy cerca de la Tierra. Se ha conseguido, también, establecer con exactitud las órbitas de estos astros y sus fechas de aproximación al planeta. Por ejemplo, se sabe que el famoso cometa Halley volverá a aparecer en 1985.



Destapó la segunda botella y durante medio minuto más o menos abrió el montante que había encima de la puerta. Luego, mejorada sensiblemente la atmósfera pero agudizados nuestros síntomas, volvió a cerrar.

—Por cierto —dijo Challenger—, no sólo de oxígeno vive el hombre. Ha pasado la hora de cenar. Les aseguro, caballeros, que cuando les invité a mi casa y a lo que esperaba sería una reunión de sumo interés, me propuse que mi cocina se justificase por sí misma. No obstante, haremos lo que podamos. Estoy seguro de que coincidirán conmigo en que sería una locura consumir el aire demasiado rápidamente si encendemos una estufa de petróleo. Tengo algo de carne fría, pan y pepinillos que, junto con un par de botellas de clarete, pueden servimos para la ocasión. Gracias, querida, ahora más que nunca eres la reina del hogar.

En efecto, fue maravilloso cómo aquella mujer, con esa dignidad y corrección propias del ama de casa británica, adornó en unos minutos la mesa central con un blanquísimo mantel, colocó las servilletas encima y dispuso los sencillos alimentos con toda la elegancia propia de la civilización, incluida una lámpara eléctrica en el centro. Prodigioso, también, fue comprobar que todos teníamos un apetito voraz.

—Es una muestra del estado emocional en que nos encontramos —dijo Challenger, con ese aire de condescendencia con que aplicaba su mentalidad científica a la explicación de las cosas sencillas—. Hemos experimentado una gran crisis, lo cual quiere decir trastornos moleculares. Ello, a su vez, implica la necesidad de poner remedio. Las grandes tristezas o las grandes alegrías producen una aguda sensación de hambre… y no falta de apetito, como pensarían nuestros novelistas.

—Por eso las gentes del campo celebran grandes fiestas en los funerales —aventuré.

—Exactamente. Nuestro joven amigo ha dado con un excelente ejemplo. Tenga otro trozo de lengua.

—Lo mismo sucede con los salvajes —dijo lord John, al tiempo que trinchaba la carne—. He visto cómo, tras enterrar a un cacique en la ribera del río Aruwimi, se zamparon un hipopótamo que debía pesar tanto como toda una tribu. En Nueva Guinea hay unos salvajes que se comen al mismísimo llorado difunto, a modo de última voluntad. Pues bien, de todos los festejos funerarios de la tierra, no creo que haya ninguno más extraño que éste que estamos presenciando.

—Lo raro es —dijo la señora Challenger— que no sienta pena por quienes han muerto. Mi padre y mi madre viven en Bedford. Sé que están

muertos, pero en esta impresionante tragedia universal no siento gran dolor por nadie, ni siquiera por ellos.

—Y mi anciana madre estará allá en su casita de Irlanda —dije—. Puedo imaginármela, con su chal y su gorro de encaje, reclinada con los ojos cerrados en la vieja silla de respaldo alto junto a la ventana, con las gafas puestas y un libro a su lado. ¿Por qué habría de llorarla? Ella ha muerto y yo no tardaré en seguir su suerte, y hasta es posible que esté más cerca de ella en la otra vida de lo que Inglaterra se encuentra de Irlanda. Con todo, me apena pensar que ya no veré más su querido cuerpo.

—En cuanto al cuerpo —observó Challenger—, no nos apenamos de cosas como el corte de las uñas o el de los mechones del cabello, aun cuando en algún momento fueron parte de nosotros mismos. Tampoco un cojo se pasa el día entero suspirando por la pierna que le falta. El cuerpo físico ha sido más bien una fuente de dolor y fatiga para nosotros. No hace sino indicamos constantemente nuestras limitaciones. ¿Por qué, pues, preocuparnos de que se libere de nuestro yo psíquico?

—Si es que realmente puede hacerlo —gruñó Summerlee—. Pero, en cualquier caso, la muerte universal es algo espantoso.

—Como ya he explicado antes —dijo Challenger—, la muerte universal debe ser, por pura lógica, mucho menos terrible que una muerte individual.

—Igual que en una batalla —observó lord John—. Si uno ve a un hombre solo caído en el suelo con el pecho aplastado y un agujero en el rostro, se le revuelven las tripas. Pero yo he visto a diez mil tumbados boca arriba en el Sudán y puedo decir que no me produjo tal sensación, pues cuando uno es protagonista de la historia, la vida de un hombre es algo demasiado nimio como para preocuparse. Cuando mueren mil millones a la vez, como ha sucedido hoy, no cabe elegir a uno determinado de entre la multitud.

—Habría preferido que todo hubiese terminado ya para nosotros —dijo la señora Challenger, en tono triste—. ¡Oh, George, tengo tanto miedo!

—Cuando llegue la hora serás la más valiente de todos nosotros, querida. Me he portado contigo como si fuese uno de esos viejos maridos bravucones, pero ten siempre presente que G. E. C. es tal como lo hicieron y no puede remediarlo. Después de todo, ¿habrías vivido con otro?

—Con ninguno en todo el ancho mundo, querido —contestó ella, y con sus brazos rodeó el cuello de toro de Challenger. Los tres nos dirigimos a la ventana y allí nos quedamos extasiados ante la panorámica que se ofrecía a nuestra vista.

La noche se había echado encima y el mundo sin vida estaba envuelto en un sudario de tristeza. Pero justo del otro lado de la línea meridional del horizonte había una larga y resplandeciente franja de color escarlata, que aumentaba y disminuía como si de intensos latidos de vida se tratase, pasando bruscamente de un cénit carmesí a desvanecerse en una iridiscente línea de fuego.

—¡Lewes está en llamas! —exclamé.

—No, es Brighton la ciudad que arde —dijo Challenger, acercándose a nosotros—. Puede verse la parte posterior de las lomas contra el resplandor. Ese fuego está a millas de nosotros, en el extremo más alejado. La ciudad entera debe ser pasto de las llamas.

En el horizonte podían verse varios resplandores de color rojizo y los restos del accidente que quedaban sobre la vía férrea seguían humeando lúgubremente, pero unos y otros no pasaban de simples cabezas de alfiler luminosas si se los comparaba con aquel monstruoso exterminio que trepidaba del otro lado de las montañas. ¡Qué número de la *Gazette* nos habría salido! Jamás se le había presentado a un periodista semejante oportunidad y tan pocas posibilidades de aprovecharla… ¡La noticia más sensacional que quepa imaginar y nadie para apreciarla! Y luego, de repente, el viejo instinto de tomar notas se apoderó de mí. Si aquellos hombres de ciencia podían mantenerse fieles al trabajo de toda una vida hasta el final, ¿por qué no podría ser yo, dentro de mis modestas posibilidades, igual de constante? Ninguna mirada humana se posaría jamás en lo que escribiese. Pero de alguna manera habría que pasar la larga noche que teníamos por delante, y al menos por cuanto a mí se refiere dormir era algo de todo punto descartado. Unas notas me ayudarían a pasar las agotadoras horas que aún quedaban y a ocupar en algo mis pensamientos. Así pues, ahora tengo delante mía el cuaderno de notas con las páginas garrapateadas, escritas de forma desordenada sobre mi rodilla, a la tenue y pálida luz de la única linterna eléctrica de que disponíamos. Si tuviese talento literario habrían sido dignas de la ocasión. Tal como están pueden servir, al menos, para comunicar a otras mentes las incontables emociones y sobresaltos de aquella espantosa noche.



ué extrañas parecen las palabras garrapateadas en la parte superior de la página vacía de mi cuaderno! Qué extraño sigue pareciéndome que sea yo, Edward Malone, quien las haya escrito, yo que hace apenas doce horas salía de mi domicilio en Streatham sin la menor idea de los prodigiosos acontecimientos que el día iba a depararme. Miro hacia atrás y veo la cadena de incidentes, mi entrevista con McArdle, la primera nota alarmista de Challenger en *The Times*, el absurdo viaje en tren, el agradable almuerzo, la catástrofe, para acabar finalmente en esta situación: siendo los únicos supervivientes en un planeta vacío. Y tan cierto es el destino que nos aguarda que muy bien puedo considerar estas líneas —escritas mecánicamente obedeciendo al hábito profesional, y que jamás llegará a ver el ojo humano— como las palabras de alguien ya fallecido, tan cerca me encuentro de la tenebrosa frontera allende la cual no queda nada salvo este pequeño círculo de amigos. Me doy perfecta cuenta de lo ciertas y juiciosas que eran las palabras de Challenger cuando dijo que la auténtica tragedia se produciría si sobrevivíamos a la desaparición de cuanto de bello, noble y bueno hay en el mundo. Pero no existe peligro de que tal cosa suceda. Ya está a punto de terminarse nuestra segunda botella de oxígeno. Podemos apurar las escasas heces que nos quedan de vida casi hasta el mismísimo final.

Durante un buen cuarto de hora Challenger nos ha deleitado con una conferencia; estaba tan excitado que bramaba y vociferaba como si estuviera dirigiéndose a las antiguas filas de científicos escépticos del Queen’s Hall. El auditorio objeto de sus arengas era, sin duda, un tanto peculiar: su mujer, que asentía en todo momento e ignoraba por completo el significado de cuanto decía; Summerlee, sentado en la penumbra, quejumbroso y crítico, pero interesado en el tema; lord John, repantingado en un rincón y algo aburrido por el tono de la reunión, y yo, que, pegado a la ventana, observaba la escena con una especie de despreocupación como si todo fuese un sueño o algo que no me atañese personalmente. Challenger se hallaba sentado encima de la mesa central, con la luz eléctrica iluminando la transparencia colocada bajo el microscopio que él mismo había traído del vestidor.

El pequeño e intenso círculo de luz blanca que proyectaba el espejo iluminaba la mitad de su rugoso y barbudo rostro con un brillante resplandor, en tanto la otra mitad quedaba sumida en la oscuridad más profunda. Al parecer, en los últimos tiempos había estado trabajando en las formas inferiores de vida, y lo que no conseguía explicarse en el momento actual era cómo en la transparencia miscroscópica preparada el día anterior seguía aún viva la ameba.

—Pueden verlo con sus propios ojos —no cesaba de repetir, presa de gran excitación—. Summerlee, ¿querría acercarse un poco y convencerse por sí mismo? Malone, ¿quiere verificar, por favor, lo que digo? Los minúsculos objetos en forma de espiga que se ven en el centro son diátomos; no vale la pena fijarse en ellos, pues probablemente son más formas de vida vegetal que de vida animal. Pero a la derecha pueden ver una auténtica ameba desplazándose lentamente. El tomillo superior sirve para enfocar. ¡Mírenlo, mírenlo!

Summerlee lo hizo, asintiendo con la cabeza. También lo hice yo y pude ver una minúscula criatura que parecía hecha de cristal triturado y que se movía a trompicones por el círculo iluminado. Lord John estaba dispuesto a creer a ojos cerrados lo que decía Challenger.

—No pienso quebrarme la cabeza, pues tanto me da que esté viva como muerta —dijo—. Si viera una no la reconocería, ¿por qué habría, pues, de preocuparme? No creo que le inquiete lo más mínimo *nuestro* estado de salud.

Me eché a reír ante la observación y Challenger echó una glacial y altanera mirada en mi dirección. Casi me dejó petrificado.

—La impertinencia del semieducado constituye mayor obstáculo para la ciencia que la torpeza del ignorante —dijo—. Si lord John Roxton se dignase…

—Querido George, no seas tan mordaz —dijo su mujer, con la mano puesta en la negra melena que caía sobre el microscopio—. ¿Qué importa si la ameba está viva o no?

—Importa muchísimo —dijo Challenger en tono brusco.

—Pues bien, oigamos qué nos cuenta —dijo lord John, con una sonrisa que denotaba buen humor—. Tanto da que hablemos de un tema como de otro. Si cree que he sido demasiado brusco con esa cosita o que le he herido en sus sentimientos, le ruego que me perdone.

—Por mi parte —observó Summerlee, con su voz chirriante, no entiendo por qué concede tanta importancia a que esa criatura esté viva. Se halla inmersa en la misma atmósfera que nosotros, por lo que lógicamente el

veneno no actúa sobre ella. Si estuviese fuera de esta habitación estaría muerta, al igual que el resto de la vida animal.

—Sus observaciones, mi buen Summerlee —dijo Challenger, adoptando un aire de suma condescendencia (¡oh, si pudiera pintar aquel rostro autoritario y arrogante nítidamente reflejado en el círculo del espejo del microscopio!)—, sus observaciones no hacen sino mostrar que su apreciación de la situación es imperfecta. Este espécimen lo monté yo ayer y se encontraba herméticamente cerrado. Nuestro oxígeno no puede llegar hasta él. Pero, claro está, el éter se ha introducido en él, como en cualquier otro rincón del universo. Ha sobrevivido, pues, al veneno. En consecuencia, estamos en condiciones de argumentar que cualquier ameba que se encuentre fuera de esta habitación, en lugar de estar muerta, como erróneamente afirma usted, ha sobrevivido a la catástrofe.

—Pues bien, ni siquiera ahora estoy dispuesto a cantar victoria —dijo lord John—. ¿Qué más da?

—Pues tanto como decir que el mundo está aún vivo y no muerto. Si estuviera dotado de la imaginación científica, induciría de este hecho el futuro y vería cómo de aquí —un mero instante fugaz en el inmenso flujo de las eras — a unos millones de años el mundo entero volverá a rebosar de la vida animal y humana que brotará de esta minúscula raíz. Han visto cómo un fuego asolaba la pradera barriendo las llamas todo rastro de hierba o plantas de la superficie de la tierra hasta dejar sólo un ennegrecido yermo. Posiblemente piense que quedará baldío para siempre, pero las raíces de crecimiento han quedado detrás, y cuando vuelva a pasar por el lugar unos años más tarde, no sabrá decir dónde se encontraban las marcas negras. Aquí, en esta minúscula criatura, se encuentran las raíces de crecimiento del mundo animal, y gracias a su desarrollo inherente y a su evolución, con el tiempo acabará por desaparecer sin duda todo rastro de esta incomparable crisis en que ahora nos hallamos sumidos.

—¡Interesantísimo! —dijo lord John, repantigándose y mirando a través del microscopio—. Curioso tipejo, merece ocupar la primera plaza en la galería de retratos familiares. ¡Menudo aditamento lleva encima!

—El objeto oscuro que se ve es el núcleo —dijo Challenger, con el aire de la niñera que enseña las primeras letras al niño.

—¡Vaya!, eso quiere decir que no estamos solos —dijo lord John riéndose —. ¡Hay alguien vivo en la tierra además de nosotros!

—Parece como si diera por supuesto, Challenger —dijo Summerlee—, que este mundo fue creado para producir y perpetuar la vida humana.

—¿Y cuál otro se le ocurre a usted? —inquirió Challenger, irritado al menor síntoma de contradicción.

—A veces pienso que es sólo el monstruoso engreimiento del hombre lo que le hace creer que todo este escenario fue levantado para su exclusivo lucimiento.

—No podemos ser dogmáticos al respecto, pero al menos sin lo que usted se ha aventurado a llamar monstruoso engreimiento, cabe afirmar rotundamente que somos los seres superiores de la Naturaleza.

—Superiores hasta donde alcanza nuestro conocimiento.

—Eso, por supuesto, es evidente.

—Piense en los millones, y hasta es posible que billones, de años que la tierra dio vueltas vacía por el espacio…, o, si no vacía, al menos sin huellas o testimonios de la existencia de la especie humana. Piense en la tierra, anegada por la lluvia, abrasada por el sol y barrida por el viento a lo largo de incontables eras. El hombre sólo existe desde ayer por cuanto al tiempo geológico se refiere. ¿Por qué, pues, dar por supuesto que toda esta formidable organización había de ser en provecho suyo?

—¿En provecho de quién, entonces? ¿O de qué?

Summerlee se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? Por alguna razón que se escapa a nuestros conocimientos… Además, el hombre puede no ser sino un simple accidente, un subproducto desarrollado a lo largo del proceso. Es como si la espuma que flota sobre la superficie del océano se imaginase que éste fue creado para producirla y mantenerla a flote, o como si un ratón que tuviera su escondrijo en una catedral creyese que el edificio fue construido para albergarlo.

He transcrito las mismísimas palabras de la discusión que entablaron, pero todo ha terminado por degenerar en una mera contienda atronadora en la que cada bando se ha despachado a gusto con un montón de jerga científica polisilábica. No hay duda de que es todo un privilegio escuchar a dos cerebros semejantes discutir sobre temas de tal elevación científica; pero como están en perpetuo desacuerdo, la gente normal como lord John y yo apenas saca nada en claro de semejante demostración de fuerzas. Se neutralizan el uno al otro, y nosotros nos quedamos a la luna de Valencia. Ha cesado la algarabía y Summerlee está hecho un ovillo en su silla, mientras Challenger, que sigue tocando los tornillos del microscopio, no cesa de emitir gruñidos inarticulados en voz baja y profunda, algo similar al ruido del mar tras una tormenta. Lord John se viene a mi lado y ambos nos ponemos a contemplar la noche.

En el cielo hay una pálida luna nueva —la última luna que contemplarán los ojos humanos— y las estrellas brillan con inusitado resplandor. Ni siquiera en el claro aire del altiplano sudamericano las había visto brillar tanto. Posiblemente el cambio experimentado en el éter tenga consecuencias sobre la luz. La pira funeraria de Brighton sigue ardiendo, y a lo lejos, en dirección oeste, se ve una mancha de color escarlata en el cielo, lo que quizá signifique algún infortunio en Arundel o Chichester, incluso es posible que en Portsmouth. Me siento a meditar y tomo alguna que otra nota. Una placentera melancolía se percibe en el aire. Juventud, belleza, caballerosidad, amor, ¿va a ser esto el final de todo ello? La estrellada tierra parece un mundo de paz y ensueño. ¿Quién la imaginaría como un terrible Gólgota cubierta por los cuerpos del género humano? De repente, me veo riendo.

—¡Hola, joven! —dice lord John, al tiempo que me mira con aire sorprendido—. A todos nos gustaría reímos en estos difíciles momentos. ¿En qué pensaba?

—Pensaba en todas las grandes cuestiones sin resolver —respondo—, las cuestiones por cuya resolución nos hemos esforzado tanto y a las que no hemos cejado de dar vueltas. Pienso en la oposición anglo-germana, por ejemplo…, o en el Golfo Pérsico, tema que tanto gustaba a mi antiguo jefe. ¿Quién iba a haber imaginado, cuando tanto nos preocupábamos y acalorábamos por tales temas, la forma en que acabarían por resolverse?

Vuelve a reinar el silencio. Me imagino que cada uno de nosotros se halla pensando en los amigos que han desaparecido ya. La señora Challenger solloza entrecortadamente, y su marido le susurra algo al oído. Me vienen a la memoria las gentes más inverosímiles, y las veo a todas lívidas y tiesas, igual que está el pobre Austin en el patio. Veo a McArdle, por ejemplo, me lo imagino en su puesto, con la cara encima de la mesa de trabajo y la mano aferrada al teléfono, tal como le oí caer. Veo también a Beaumont, el redactor jefe…, tendido en la alfombra turca de tonos azules y rojos que decoraba su *sancta sanctorum*, Y a los compañeros del despacho: a Macdona, a Murray y a Bond. Sin duda habían muerto entregados de lleno a la profesión, con cuadernos de notas repletos de vividas impresiones y extraños acontecimientos entre las manos. Me imaginaba como a uno lo habían mandado a entrevistar a los médicos, a otro a Westminster y al tercero a St. Paul’s. ¡Qué magníficos titulares deben haber creado a modo de última y maravillosa visión, jamás destinada a materializarse en tinta impresa! Podía ver a Macdona entre los médicos: «Esperanza en Harley Street»; Mac ha tenido siempre una gran debilidad por la aliteración: «Entrevista con el señor

Soley Wilson». «Famoso especialista dice “¡No desesperen!”». «Nuestro enviado especial encontró al eminente científico sentado en el tejado a donde se había retirado huyendo del tropel de aterrorizados pacientes que habían invadido su vivienda. De una manera que mostraba a las claras cuál era el juicio que le merecía la extrema gravedad de la ocasión, el célebre doctor se negó a admitir que se hubiese cerrado toda vía a la esperanza». Así empezaría Mac. Luego estaba Bond; a su cargo correría probablemente St. Paul’s. Se recrearía en su personal estilo literario. ¡Dios mío, qué tema para él!: «Me encuentro en la pequeña galería que hay justo debajo de la cúpula; miro hacia abajo y veo, apiñada, una ingente masa humana presa de pánico que se arrastra en este instante final ante un Poder al que tantas veces había ignorado; hasta mí llega, procedente de la tambaleante multitud, tal lamento de súplica y terror, tal estremecedor grito de socorro a lo Desconocido, que…», etc., etc.

Sí, sería un gran final para un periodista, aunque, como en mi caso, moriría sin poder hacer uso de sus dotes. ¿Qué no daría el pobre de Bond por ver sus iniciales escritas al pie de semejante columna?

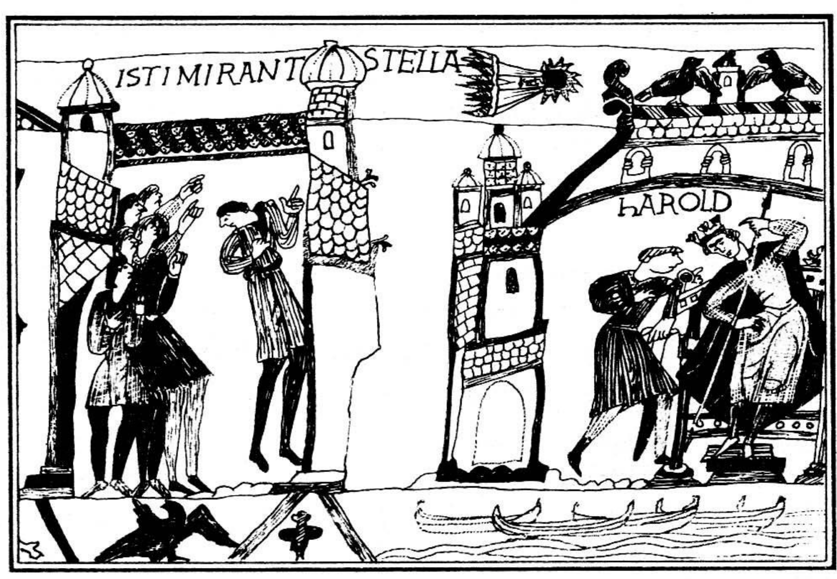
Pero ¡qué tonterías escribo! No es sino un intento de pasar el tedioso tiempo. La señora Challenger se ha ido al vestidor y el profesor dice que está dormida. Este, sentado a la mesa, toma notas y no cesa de consultar libros, con igual calma que si tuviera ante sí años y años de plácido trabajo investigador. Escribe ayudado de una plumilla muy ruidosa que parece destilar menosprecio contra todo aquel que no esté de acuerdo con él.

Summerlee se ha quedado dormido en su silla y de cuando en cuando emite un ronquido particularmente exasperante. Lord John está tumbado de espaldas, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos cerrados. ¿Cómo puede la gente conciliar el sueño en semejante situación? Jamás lograré entenderlo.

EL COMETA HALLEY

Probablemente Conan Doyle se inspiró en el paso del cometa Halley, acontecimiento que vivió, para escribir esta novela. El cometa Halley se aproximó a la Tierra en mayo de 1910. La aparición del cometa fue un verdadero acontecimiento y creó en las gentes abundantes ideas catastrofistas. Se aseguraba que su cola, formada por gases tóxicos, como el cianógeno, al entrar en la atmósfera terrestre envenenaría a la Humanidad. El pánico cundió en numerosos países, dándose casos de gentes que vendieron sus negocios y se gastaron todo su capital antes de que llegara lo que suponían fin del mundo.

No obstante, las colas de los cometas no originan el menor peligro. La masa gaseosa que forma la cola se encuentra tan diluida a lo largo de muchos kilómetros que la atmósfera terrestre, actuando como escudo protector, puede vencerla sin problemas. De hecho, en 1910 la Tierra atravesó la cola del cometa Halley y no se produjo ninguna desgracia.



En el antiguo tapiz de Bayeux aparece el cometa Halley, que fue visto en el cielo en 1066, el mismo año de la célebre batalla de Hastings.

Tres y media de la madrugada. Acabo de despertarme con un sobresalto. Eran las once y cinco cuando hice mi última anotación. Recuerdo haber dado cuerda al reloj y anotado la hora. Así que he desperdiciado casi cinco horas del poco tiempo que aún nos queda. ¿Quién lo hubiera dicho? Pero la verdad es que me siento mucho mejor y dispuesto a afrontar el destino… o, al menos, trato de convencerme de que lo estoy. Y, con todo, cuanto mejor se encuentra uno y más le sonríe la vida, más horror siente de la muerte. Cuán sabia y misericordiosa es esa disposición de la Naturaleza según la cual el ancla terrenal se suelta por lo general tras muchos pequeños e imperceptibles tirones, hasta que la conciencia parte de su inhabitable puerto terrenal para adentrarse en el inmenso océano que se extiende más allá.

Contemplo la salida del sol…, esa fatídica salida de sol que brillará sobre un mundo despoblado. El género humano ha desaparecido, se ha extinguido en un solo día, pero los planetas no dejan de dar vueltas, las mareas suben y bajan, el viento susurra y la Naturaleza entera sigue su curso —incluso, a lo que parece, hasta la misma ameba—, sin el menor indicio de que aquel que se denominó a sí mismo el señor de la creación hubiera llegado a bendecir o maldecir el universo con su presencia. Abajo, en el patio, yace Austin despatarrado, su lívido rostro resplandece tenuemente a la luz del amanecer y la boca de la manguera aún cuelga de su inerte mano. Toda la especie humana se halla resumida en esa semigrotesca y semipatética figura que yace desvalida junto al coche que solía conducir.

En este punto terminan las notas que redacté en aquellos momentos. A partir de ahí los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez e intensidad que me fue imposible escribirlos, pero los tengo tan claramente grabados en la memoria que difícilmente se me escaparía un solo detalle.

Al notar cierta sensación de asfixia en la garganta dirigí la mirada a los cilindros de oxígeno, siendo mayúsculo mi estupor ante lo que se ofrecía a mi vista. Apenas le quedaba arena al reloj de nuestras vidas. En algún momento durante la noche Challenger había cambiado el tubo del tercero al cuarto cilindro… ¡y en éste ya no había prácticamente ni una gota de gas! Una horrible sensación de asfixia se apoderaba de mí. Atravesé la sala corriendo y, tras desenroscar la boquilla, la puse en el último cilindro que nos quedaba. Al hacerlo sentí una especie de remordimiento de conciencia, pues pensé que si hubiera contenido la mano a tiempo era muy posible que todos mis compañeros hubieran muerto mientras dormían. Pero la idea se me fue de la cabeza al oír la voz de la señora Challenger que, desde el vestidor, gritaba:

—¡George, George, me ahogo!

—No pasa nada, señora Challenger —respondí, mientras los demás se ponían de pie—. Acabo de poner una nueva botella.

Incluso en ese momento no pude dejar de sonreír al ver a Challenger que, con un gran puño cubierto de vello en cada ojo, parecía un niño grande y barbudo que acabara de despertarse. Summerlee, al apercibirse de la gravedad de la situación, se echó a temblar como si fuese presa de escalofríos y temores, superando por un instante el estoicismo propio del hombre de ciencia. Lord John, empero, se encontraba tan tranquilo y despierto como si acabara de levantarse en una mañana de caza.

—El quinto y último —dijo, al tiempo que echaba una mirada a la botella —. No me diga, joven, que ha estado escribiendo sus impresiones en ese papel que tiene sobre la rodilla.

—Sólo unas notas para matar el tiempo.

—¡Vaya!, hay que ser irlandés para hacer algo semejante. Supongo que aún tendrá que esperar algún tiempo hasta que la hermanita ameba se haga mayor para que encuentre un lector. Por el momento, no parece asimilar aún mucho. Bueno, *Herr* Profesor, ¿qué suerte nos espera?

Challenger se hallaba contemplando las grandes masas de neblina matinal que se extendía por todo el paisaje. Aquí y allá, colinas cubiertas de arbolado sobresalían como si fuesen islotes cónicos en aquel mar de algodón.

—Podría ser una mortaja —dijo la señora Challenger, que había entrado enfundada en su bata—. Recuerdo esa canción tuya, George, «*Ring out the old, ring in the new*»**[1]**. Era profética. ¡Pero si están tiritando, mis queridos amigos! He pasado la noche caliente bajo una colcha, y ustedes ahí muertos de frío en sus asientos. Pero eso pronto lo arreglo yo.

La valerosa mujercita salió apresuradamente de la habitación y al punto oímos el chisporroteo de una tetera. Unos instantes después estaba de vuelta con cinco tazas de cacao hirviendo en una bandeja.

—Beban esto —dijo—. Se sentirán mucho mejor.

Nos lo tomamos. Summerlee preguntó si podía encender la pipa y todos nos pusimos a fumar cigarrillos. El tabaco nos calmó algo los nervios, creo, pero fue un error, pues vició mucho la atmósfera en aquella ya de por sí cargada habitación. Challenger tuvo que poner en marcha el ventilador.

—¿Cuánto tiempo aún, Challenger? —preguntó lord John.

—Unas tres horas —respondió, encogiéndose de hombros.

—Antes tenía miedo —dijo su mujer—. Pero cuanto más cerca estoy de la muerte, más normal me parece. ¿No crees que deberíamos rezar, George?

—Reza tú, querida, si lo crees conveniente —respondió aquel hombrón con suma delicadeza—. Cada uno tiene su propia forma de rezar. La mía es una aquiescencia total con lo que el Destino pueda depararme, una aquiescencia gozosa. Parece que las manifestaciones supremas de la religión y la ciencia concuerdan en esto.

—En verdad no puedo describir mi actitud mental como aquiescencia y mucho menos aquiescencia gozosa —refunfuñó Summerlee, por encima de su pipa—. Me rindo porque no me queda otro remedio. Confieso que me hubiera gustado vivir otro año para poder terminar la clasificación que estoy haciendo de los fósiles del cretáceo.

—Su trabajo inacabado es algo muy pequeño —dijo Challenger, en tono ampuloso— si se lo compara con el hecho de que mi *magnum opus, La escala de la vida,* se halla todavía en las primeras etapas. Mi inteligencia, mis lecturas, mi experiencia —en suma, todo mi bagaje científico—, iban a condensarse en ese volumen que constituiría un hito. Y, con todo, como digo, acepto lo que el destino nos depare.

—Me imagino que todos dejamos algún que otro cabo suelto —dijo lord John—. ¿Qué deja usted, joven?

—Me hallaba trabajando en un libro de poemas —respondí.

—¡Vaya por Dios!, al menos el mundo se ha librado de su libro —dijo lord John—. No hay mal que por bien no venga.

—¿Y usted? —pregunté.

—Pues en estos momentos tenía todo preparado para emprender la marcha. Había prometido a Merivale ir al Tíbet en primavera a cazar una onza. Pero a usted le resultará duro, señora Challenger, sobre todo ahora que acaban de construir esta preciosa casa.

—Donde esté George, allí está mi hogar. Pero, ¡oh!, cuánto no daría por poder dar un último paseo juntos por esas preciosas lomas en la fresca brisa matinal.

Sus palabras resonaron en nuestros corazones. El sol había irrumpido por entre la neblina que lo velaba, y la zona arbolada estaba bañada, en toda su extensión, por una luz dorada. Sentados en medio de nuestra lúgubre y ponzoñosa atmósfera, aquel precioso y despojado paisaje barrido por el viento parecía la mismísima encamación de la belleza. La señora Challenger extendió la mano, como si anhelase atraparlo. Acercamos las sillas y nos sentamos en semicírculo junto a la ventana. La atmósfera estaba ya muy viciada. Parecía como si las sombras de la muerte fueran estrechando el cerco

en tomo nuestro…, los últimos seres humanos sobre la tierra. Era una especie de cortina invisible que se cerraba por todos los lados.

—No parece que ese cilindro vaya a durar mucho —dijo lord John, dando una larga bocanada para respirar.

—La cantidad de oxígeno varía —dijo Challenger— en función de la presión y del cuidado con que se lo embotelle. Me inclino a creer con usted, Roxton, que éste es defectuoso.

—Así que se nos va a privar arteramente de la última hora de nuestra vida —Summerlee observó con un deje de amargura—. Una magnífica ilustración final de la sórdida era que nos ha tocado vivir. Bueno, Challenger, ahora es el momento si quiere estudiar los fenómenos subjetivos de la disolución física.

—Siéntate en el taburete a mis pies y dame la mano —dijo Challenger a su mujer—. Creo, amigos míos, que no vale la pena prolongar más nuestra existencia en esta viciada atmósfera. Tú no querrías, ¿verdad, querida?

Su mujer emitió un débil gruñido y pegó su cara a la pierna de él.

—He visto a la gente bañarse en el Serpentine en invierno —dijo lord John—. Cuando todos los bañistas están dentro, siempre se ve a uno o dos que tiritan en la orilla y envidian a los que se han zambullido en el agua. El último es siempre el que lleva la peor parte. Yo prefiero lanzarme de cabeza y no darle más vueltas.

—¿Abriría la ventana y haría frente al éter?

—Mejor morir envenenado que asfixiado.

Summerlee, reacio, asintió con la cabeza y tendió su delgada mano a Challenger.

—Hemos tenido nuestras disputas en su momento, pero ya todo ha terminado —dijo—. Hemos sido buenos amigos y nos hemos respetado mutuamente a pesar de las apariencias. ¡Adiós!

—¡Adiós, joven! —dijo lord John—. El cerco de la ventana está cubierto de yeso. No puede abrirse.

Challenger se inclinó hacia delante y alzó a su mujer, apretándola contra el pecho, mientras ella le rodeaba el cuello con sus brazos.

—Páseme esos prismáticos, Malone —dijo en tono grave.

Se los alargué.

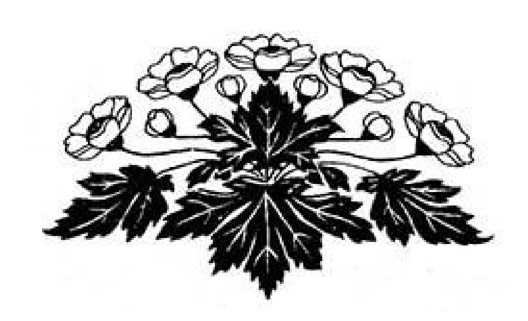
—¡A las manos del Poder que nos hizo volvemos a entregamos! —gritó con su estentórea voz, y al tiempo que pronunciaba estas palabras arrojó los prismáticos contra la ventana.

Sentimos de lleno en nuestras sofocadas caras, antes de desvanecernos, mientras oíamos el último tintineo producido por la caída de los fragmentos

de cristal, una saludable ráfaga de viento fresco que soplaba con fuerza.

No sé cuánto tiempo permanecimos sentados en sobrecogedor silencio. Al cabo de un rato, y como si fuese en sueño, volví a oír la voz de Challenger.

—Las condiciones atmosféricas vuelven a ser normales —exclamó—. El cinturón de veneno que rodeaba a la tierra se ha despejado, pero somos los únicos seres humanos que han salvado la vida.



ecuerdo que todos nos quedamos boquiabiertos sin movernos de nuestras sillas al sentir aquella suave y húmeda brisa sur-occidental que, proveniente del mar, batía las cortinas de muselina y refrescaba nuestros sofocados rostros. ¿Cuánto tiempo estaríamos sentados así? Ninguno de nosotros se mostraría después de acuerdo sobre este punto. Estábamos perplejos, aturdidos, semiinconscientes. Todos nos habíamos armado de valor ante la idea de la muerte, pero esta tremenda realidad que se nos imponía de repente —que debíamos seguir viviendo tras haber sobrevivido a la especie a la que pertenecíamos— nos produjo la misma conmoción que si nos hubieran dado un golpe, sumiéndonos en un estado de abatimiento general. Luego, poco a poco, el mecanismo momentáneamente interrumpido volvió a ponerse en marcha; los engranajes de la memoria funcionaban; las ideas se entretejían en nuestras mentes… Vimos, con meridiana y cruda claridad, las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, las vidas que habíamos llevado y las que nos tocaría llevar a partir de entonces. En medio del sepulcral terror reinante, los ojos de cada uno de nosotros se dirigieron a los de los restantes compañeros y en ellos hallaron por toda respuesta la misma mirada perpleja. En lugar de la alegría que cabría esperar sintiesen quienes tan *in extremis* habían escapado a una muerte inminente, una espantosa oleada de la más tenebrosa depresión se abatió sobre nosotros. Todo cuanto amábamos sobre la tierra se lo había tragado aquel inmenso, infinito y desconocido océano, y henos aquí abandonados a nuestra suerte en esta desierta isla que era el mundo, sin compañeros, ni esperanzas, ni aspiraciones. Unos años merodeando cual si fuésemos chacales entre los sepulcros de la especie humana y nos habría llegado nuestro aplazado y solitario final.

—¡Es horrible, George, horrible! —exclamó su mujer sollozando, presa de gran congoja—. ¡Cuánto mejor sería haber muerto con los demás! ¡Oh!, ¿por qué nos salvaste la vida? Tengo la impresión de que somos nosotros los muertos y que los demás están vivos.

Las espesas cejas de Challenger se fruncieron como si intentara concentrarse para reflexionar, mientras que su peluda manaza cogía la mano

tendida de su mujer. Observé que siempre que ella se hallaba inquieta le tendía los brazos, igual que haría un niño a su madre.

—Sin ser un fatalista hasta el punto de predicar la no resistencia —dijo Challanger—, siempre he creído que la mayor sabiduría consiste en aceptar las cosas como son. —Hablaba lentamente, y una vibración emotiva se percibía en su sonora voz.

—Pues yo *no* lo acepto —dijo Summerlee en tono firme.

—El que usted acepte o no carece de importancia —observó lord John—. Le guste o no, no le queda otro remedio que aceptarlo, así que ¿qué más da si lo hace o no? Que yo recuerde, nadie nos pidió permiso para que empezara todo esto, y tampoco parece que nadie vaya a pedírnoslo ahora. No veo, pues, qué pueda importar lo que nosotros pensemos al respecto.

—Pues importa tanto como la distinción existente entre felicidad e infortunio —dijo Challenger, quien, con aire ensimismado, seguía acariciando la mano de su mujer—. Se puede nadar a favor de la corriente y no tener problemas, o se puede nadar en contra de la corriente y acabar magullado y agotado. Pase lo que pase, es algo que no depende de nosotros, así que aceptémoslo todo tal como es y no se vuelva a hablar más.

—Pero ¿qué diablos vamos a hacer con nuestras vidas? —inquirí, dirigiéndome con aire desesperado al cielo azul y sin nubes—. ¿Qué haré yo, por ejemplo? Sin periódicos, no tiene sentido mi vida.

—Y sin nada a lo que poder disparar ni soldados, tampoco la mía —dijo lord John.

—Y sin estudiantes, tampoco tiene sentido la mía —exclamó Summerlee.

—A mí, en cambio, me quedan mi marido y mi casa, así que puedo dar gracias al Cielo de que mi vida tenga un sentido —dijo la señora Challenger.

—Y otro tanto puedo decir yo de la mía —observó Challenger—, pues la ciencia no ha muerto y esta catástrofe nos proporcionará la ocasión de investigar muchos nuevos y acuciantes problemas.

Challenger había abierto las ventanas de par en par y nos pusimos a contemplar el silencioso e inmóvil paisaje.

—Veamos —prosiguió—. Serían las tres, o quizá algo después, cuando ayer por la tarde el mundo penetró finalmente en el cinturón de veneno hasta acabar por sumergirse del todo en él. Ahora son las nueve. La cuestión es saber a qué hora salimos del cinturón.

—El aire estaba muy viciado al amanecer —dije.

—Algo más tarde —dijo la señora Challenger—. Ya a las ocho sentí claramente en la garganta la misma sensación de asfixia que tuve al principio.

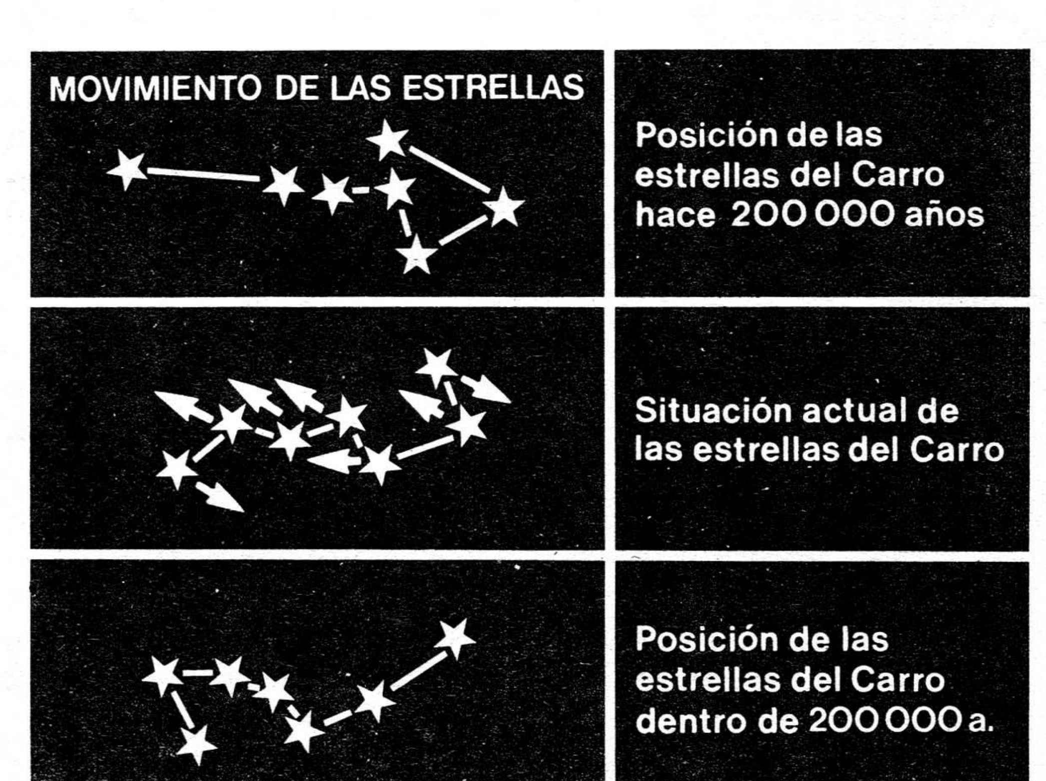
—Digamos, pues, que desapareció poco después de las ocho. Por espacio de diecisiete horas el mundo ha estado sumergido en el éter venenoso. Durante ese período de tiempo el Gran Hortelano ha esterilizado el mantillo humano que había crecido en la superficie de su fruto. ¿Es posible que el trabajo haya quedado sin terminar?, ¿que haya otros supervivientes además de nosotros?

—Eso precisamente me estaba preguntando yo —dijo lord John—. ¿Por qué habríamos de ser los únicos en todo el mundo?

—Es absurdo suponer que alguien aparte de nosotros haya conseguido sobrevivir —dijo Summerlee, en tono tajante—. Téngase en cuenta que el veneno era de efectos tan virulentos que incluso alguien con la fortaleza de un buey y los nervios bien templados como es Malone, sólo a duras penas logró subir las escaleras para caer luego desmayado. Si, a lo que parece, nadie pudo resistir siquiera diecisiete minutos, ¿cómo podría hacerlo horas?

LAS ESTRELLAS MAS BRILLANTES

	Nombre	Espectro	Luminosidad (Sol = 1)	Distancia (años-luz)
1	Sirio	A 0	30	8,6
2	Canopo	F 0	1.900	100
3	Alfa Centauri	C 4	1,3	4,28
4	Vega	A 0	63	27
5	Capella	C 0	150	42
6	Arturo	K 0	83	33
7	Rigel	B 8	21.000	540
8	Proción	F 3	6,9	11,1
9	Achernar	B 5	280	70
10	Beta Centauri	B 1	1.400	190
11	Altair	A 5	10	15,7
12	Betelgeuze	M 2	3.600	300
13	Alfa Crucis	B 1	1.200	220
14	Aldebarán	K 5	91	33
15	Pólux	K 0	25	29
16	Espiga	B 2	440	120
17	Antares	M 1	1.900	250
18	Fomalhaut	A 3	16	23
19	Deneb	A 2	4.800	400
20	Régulo	B 8	130	67



—Alguien pudo saber lo que se avecinaba y tomar sus precauciones, igual que hizo nuestro viejo amigo Challenger.

—Eso, a mi juicio, no tiene visos de probabilidad —dijo Challenger, sacando la barba y bajando los párpados—. La combinación de observación, indiferencia e imaginación anticipatoria que hizo que pudiese prever el peligro es algo que difícilmente se da dos veces en una misma generación.

—Entonces, ¿la conclusión, según usted, es que todo el mundo está muerto?

—Es prácticamente seguro. Debemos recordar, no obstante, que el veneno actuó de abajo arriba y que posiblemente sus efectos fueron menos virulentos en los estratos superiores de la atmósfera. Es extraño, desde luego, que actuase de semejante modo; pero presenta uno de esos rasgos peculiares que en el futuro nos abrirán un fascinante campo para el estudio. Podría pensarse, pues, que en caso de tener que buscar supervivientes, habría más posibilidades de encontrarlos en una aldea tibetana o en una granja alpina, a muchos miles de pies sobre el nivel del mar.

—En ese caso, si se tiene en cuenta que no hay ferrocarriles ni barcos de vapor, es lo mismo que hablar de supervivientes en la luna —dijo lord John —. Pero lo que me pregunto es si realmente todo ha terminado o estamos tan sólo en el intermedio.

Summerlee alargó el cuello para otear el horizonte.

—El día parece despejado y bueno —dijo, con un cierto tono de duda en la voz—, pero igual hacía ayer. Por mi parte, no creo en modo alguno que todo haya terminado.

Challenger se encogió de hombros.

—Una vez más debemos volver a nuestro fatalismo —dijo—. Si el mundo ha sufrido esta experiencia con anterioridad, lo que no está fuera del margen de posibilidades, tuvo que ser, sin duda, hace mucho. Por consiguiente, cabe esperar razonablemente que aún habrá de pasar bastante tiempo antes de que vuelva a suceder otra vez.

—Todo eso está muy bien —dijo lord John—; pero si se produce un temblor de tierra, lo más probable es que vaya seguido inmediatamente de una segunda sacudida. Creo que lo más aconsejable sería estirar las piernas y respirar un poco de aire mientras se nos brinde la oportunidad. Dado que no nos queda más oxígeno, lo mismo da que nos sorprenda fuera que dentro.

Resultaba extraño el tremendo sopor que se había apoderado de todos nosotros como reacción a las increíbles emociones que habíamos vivido en las últimas veinticuatro horas. Era un sopor físico a la vez que mental, una

profunda sensación de que nada importaba, de que todo era hastío y esfuerzo baldío. Incluso Challenger acabó por sucumbir a él y se sentó en su silla, con su gran cabeza reclinada entre las manos y los pensamientos perdidos en la lejanía, hasta que lord John y yo, cogiéndole de los brazos, lo levantamos con cuidado, recibiendo por toda respuesta la feroz mirada y el gruñido de un enfurecido mastín por la molestia que nos tomábamos. No obstante, una vez que salimos de nuestro angosto refugio a los horizontes más amplios de la vida cotidiana, recuperamos poco a poco nuestra energía habitual.

Pero ¿qué hacer en un mundo que se ha convertido en un cementerio? ¿Se habría planteado alguna vez el hombre semejante cuestión desde los orígenes de la humanidad? Bien es cierto que la satisfacción de todas nuestras necesidades físicas, e incluso de nuestros placeres, se hallaba asegurada en el futuro. Todas las tiendas de artículos de alimentación, todas las cosechas de vino, todos los tesoros de arte estaban a nuestra entera disposición. Pero ¿qué *hacer* en semejante situación? Algunas tareas reclamaban nuestra atención inmediata, pues se hallaban directamente a mano. Bajamos a la cocina y colocamos a las dos criadas en sus respectivas camas. Parecía como si hubieran muerto sin sufrir, una en la silla junto al hogar, la otra en el suelo del *office*. Luego metimos dentro al pobre Austin, que se encontraba tendido en el patio. Sus músculos tenían la dureza de un madero adoptando una increíble rigidez cadavérica, mientras que las fibras, al contraerse, habían retorcido su boca hasta hacerla esbozar una sardónica sonrisa. Este síntoma era general en todos los que habían muerto a causa del veneno. Adonde quiera que fuésemos nos veíamos frente a aquellos rostros sonrientes, unos rostros que parecían burlarse de nuestra trágica situación, reírse silenciosa y macabramente de los desventurados supervivientes de su especie.

—¡Oigan! —dijo lord John, que no había dejado ni un momento de pasear por el comedor mientras tomábamos un bocado—, no sé qué opinarán ustedes, pero por lo que a mí se refiere *no puedo* quedarme cruzado de brazos así.

—¿Tendría la amabilidad de indicamos qué deberíamos hacer en su opinión? —contestó Challenger.

—Salir de aquí y ver qué ha sucedido.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—Pero no en este pequeño pueblo. Desde la ventana se ve todo lo que este lugar puede ofrecemos.

—¿A dónde ir entonces?

—¡A Londres!

—Me parece bien —rezongó Summerlee—. Quizá ustedes tengan fuerzas para darse una caminata de cuarenta millas, pero no estoy muy seguro de que Challenger pueda hacerlo con esas rechonchas piernas que tiene; por mi parte, tengo plena confianza en mis facultades.

A Challenger aquello le produjo una honda irritación.

—Si pudiera ver la forma, señor, de limitar sus observaciones a sus propias peculiaridades físicas, advertiría que tiene todo un amplio campo para hacer comentarios —exclamó.

—No tenía intención de ofenderle, mi querido Challenger —exclamó nuestro poco diplomático amigo—. Usted no tiene la culpa de su físico. Si la Naturaleza le ha dado un cuerpo pequeño y grueso, no puede remediar el que tenga las piernas rechonchas.

Challenger se hallaba demasiado alterado como para responder. Sólo podía gruñir, parpadear y excitarse. Lord John se apresuró a intervenir antes de que la disputa fuese a más.

—Hablaba de caminar. ¿Por qué caminar? —dijo.

—¿Acaso prefiere ir en tren? —inquirió Challenger con los nervios aún crispados.

—¿Para qué tenemos un coche? ¿Por qué no vamos en él?

—No soy un avezado conductor —dijo Challenger en tono reflexivo, mientras se mesaba la barba—. Ahora bien, tiene usted razón en suponer que el intelecto humano, en su manifestación superior, debe ser lo suficientemente flexible como para intentar cualquier cosa que se proponga. Su idea es excelente, lord John. Yo mismo les llevaré a Londres.

—Usted no hará nada semejante —dijo Summerlee en tono decidido.

—¡No, George, no lo hagas! —exclamó su mujer—. Sólo lo has intentado una vez, y recuerda cómo te estrellaste contra la puerta del garaje.

—Se debió a una momentánea falta de concentración —dijo Challenger, en tono engreído—. El asunto está zanjado. Claro que les llevaré a Londres, ¡pues no faltaba más!

Lord John intervino para descargar la tensión reinante.

—¿En qué coche? —preguntó.

—En un Humber de veinte caballos.

—¡Vaya, qué casualidad! He tenido uno igual muchos años —dijo—. ¡Por San Jorge! —añadió—. Nunca creía que un día llegaría a cargar a todo el género humano. Hay sitio para cinco exactamente, si no recuerdo mal. Prepárense, yo estaré esperándoles a la puerta a las diez.

Efectivamente, a la hora anunciada el coche salió del patio zumbando y crepitando con lord John al volante. Tomé asiento a su lado, mientras que la señora Challenger, un eficaz amortiguador, era introducida en la parte posterior entre los dos hombres de temperamento excitable. A continuación lord John soltó los frenos, deslizó rápidamente la palanca de la primera a la tercera y salimos a todo gas a dar el viaje más increíble que los seres humanos hayan dado desde que el hombre existe sobre la tierra.

Cómo describir el encanto de la Naturaleza en aquel día de agosto, la frescura del aire matinal, la deslumbrante luminosidad del sol estival, el cielo despejado, la exuberante vegetación de los bosques de Sussex y el morado oscuro de las lomas cubiertas de brezo. Al mirar a uno y otro lado y ver la belleza multicolor del escenario, toda idea de una inmensa catástrofe se habría borrado de nuestras cabezas de no ser por una siniestra señal: el imponente y absoluto silencio reinante. En las comarcas densamente pobladas un suave murmullo de vida lo impregna todo, un murmullo tan profundo y tan continuo que uno acaba por no advertirlo, como sucede a quienes habitan junto al mar que llegan a no percibir el continuo rumor de las olas. El gorjeo de los pájaros, el zumbido de los insectos, el lejano eco de las voces, el mugido de las vacas, el ladrido de los perros, el traqueteo de los trenes y el chirrido de los carruajes en la lejanía, forman, todos ellos, una nota baja, que no cesa en ningún momento y pasa inadvertida al oído. Tan solemne, tan impresionante era el silencio que el zumbido y traqueteo de nuestro coche parecía una injustificable intrusión, una indecorosa violación de la reverente calma que se extendía, cual si fuese una mortaja, por todos los restos de la humanidad. Eran este macabro silencio y las altas nubes de humo que se alzaban de los edificios incendiados que había a uno y otro lado del camino, lo que nos producía un escalofrío al contemplar el impresionante panorama que ofrecía la comarca del Weald.

¡Y luego estaban los muertos! Al principio aquellos interminables grupos de rostros crispados y sonrientes nos produjeron un miedo escalofriante. Tan vivida y mordaz fue la impresión que puedo revivir de nuevo aquel lento descenso de Station Hill, el paso por delante de la niñera con las dos criaturas, la vista del vetusto caballo arrodillado entre los varales, el cochero atravesado en el pescante y el joven que se encontraba dentro con la mano en la puerta abierta y a punto de saltar. Algo más abajo se veían seis segadores yaciendo en tumultuoso desorden, con las piernas cruzadas, los ojos fijos sin vida, mirando hacia arriba, hacia la deslumbrante luz del cielo. Lo veo todo como si de una fotografía se tratase. Pero pronto, por esa misericordiosa disposición

de la Naturaleza, el nervio sobreexcitado dejó de responder. La misma inmensidad del horror redujo la impresión que nos producía. Los individuos pasaron a constituir grupos, los grupos multitudes, las multitudes se convirtieron en un fenómeno universal que uno acababa por aceptar pronto como el detalle ineludible de cualquier escena. Sólo aquí y allá, en los lugares donde un incidente especialmente brutal o grotesco captaba nuestra atención, la mente volvía, tras una súbita sacudida, a tomar conciencia del significado personal y humano de todo ello.

Pero por encima de todo estaba la muerte de los niños. Recuerdo que ello nos produjo una vivísima sensación de intolerable injusticia. Pudimos haber llorado —la señora Challenger lo hizo— cuando al pasar por delante de una gran escuela municipal vimos todo un largo sendero de pequeñas figuras dispersas por el camino que salía de ella. Sus aterrados maestros les habían mandado abandonar las aulas y ya se apresuraban camino de sus casas cuando el veneno los atrapó en su red. Podía verse a mucha gente en las ventanas abiertas de las casas. En Tunbridge Wells rara era la persona que no se hallaba en actitud de sonreír y tenía la mirada fija. En el último instante, la necesidad de aire, esa perentoria avidez de oxígeno que sólo nosotros habíamos podido satisfacer, les impelió a abalanzarse hacia la ventana. Las aceras estaban igualmente repletas de hombres y mujeres que, sin sombreros ni tocas, habían salido corriendo de sus casas. Muchos habían caído muertos en la calzada. Por suerte, en lord John habíamos encontrado un avezado conductor, pues no era nada fácil abrirse camino por entre aquella maraña humana. Al atravesar los pueblos y ciudades sólo podíamos ir al paso, y, en cierto momento, recuerdo, enfrente de la escuela de Tonbridge tuvimos que detenernos un momento para poner a un lado los cuerpos que nos bloqueaban el camino.

Unos cuantos pequeños y nítidos cuadros sobresalen en mi memoria de entre la larga panorámica de muerte y desolación que ofrecían las carreteras de Sussex y Kent. Uno era el de un coche grande y resplandeciente estacionado a la puerta de la hostería de Southborough. En él iba lo que me pareció un animado grupo de regreso de Brighton o Eastbourne. En su interior había tres mujeres vestidas con vivos colores, todas jóvenes y bellas, una de las cuales llevaba una perrita pequinesa en el regazo. Las acompañaban un anciano de mala catadura y un joven aristócrata que todavía tenía puesto el monóculo en el ojo, y al que el cigarrillo se le había consumido hasta convertirse en una colilla entre los dedos de su enguantada mano. La muerte debió sobrevenirles de forma instantánea y los dejó clavados en el asiento.

Salvo el anciano, que se rompió el cuello de la camisa en el último momento en un vano intento por respirar, todos los demás debían encontrarse dormidos. A un lado del coche, acurrucado junto al estribo, había un camarero con varios vasos rotos y una bandeja en el suelo. Al otro lado, dos vagabundos de aspecto andrajoso, un hombre y una mujer, yacían en el mismo lugar en que habían caído, el hombre con su brazo largo y delgado todavía extendido, en la misma postura en que pidiera limosna en vida.

En un instante, aristócrata, camarero, vagabundo y perro habían pasado a tener la misma condición de protoplasma inerte y desintegrado.

Recuerdo otra escena singularísima, a unas millas de Sevenoaks, en la carretera de Londres. A la izquierda de la carretera se levanta un gran convento, y enfrente hay una loma larga y verde. En la loma se había congregado un gran número de escolares, todos arrodillados en actitud de orar. Enfrente había una fila de monjas, y algo más arriba, con la cara vuelta hacia ellos, una solitaria figura a la que tomamos por la madre superiora. Al contrario que los desenfadados tipos del coche, estas gentes parecían advertidas del peligro, y maestros y alumnos debieron morir en entrañable camaradería, juntos en su última clase.

Mi mente se halla todavía consternada al rememorar tan terrible visión, y en vano busco medios de expresión con los que reproducir las emociones que experimentamos. Quizá lo mejor y más prudente sea no emitir juicios y limitarse a dar cuenta de los hechos. Incluso Summerlee y Challenger se quedaron anonadados, y durante un buen rato no oímos ni una palabra de los compañeros que se encontraban detrás nuestro, salvo algún que otro lloriqueo de la señora Challenger. En cuanto a lord John, se hallaba demasiado absorto al volante, en la difícil tarea de abrirse paso por aquellas carreteras, como para tener tiempo o ganas de conversar. Solía pronunciar una frase con tan monótona reiteración que se me grabó en la memoria, y al final casi me hacía reír como si se tratase de una observación sobre el día del Juicio Final.

—¡Menudo desaguisado, vive Dios!

Tal era la exclamación que salía de la boca de lord John cada vez que una nueva e impresionante combinación de muerte y desolación se ofrecía a nuestra vista. «¡Menudo desaguisado, vive Dios!», exclamaba, al tiempo que descendíamos de Station Hill en Rotherfield, y «¡Menudo desaguisado, vive Dios!», seguía diciendo mientras tratábamos de abrirnos camino por aquel páramo de muerte que era la High Street de Lewisham y la Oíd Kent Road.

Fue en este último lugar donde, de forma súbita y sorprendente, sufrimos un sobresalto. En la ventana de una humilde casa que hacía chaflán se veía un

pañuelo ondeando en el extremo de un largo y delgado brazo humano. Jamás la visión de la muerte inesperada había interrumpido el latir de nuestros corazones para volver a palpitar luego frenéticamente como cuando vimos aquella asombrosa señal de vida. Lord John acercó el coche al bordillo, y en un instante nos abalanzamos por la puerta abierta de la casa y subimos las escaleras hasta la habitación que daba a la fachada del segundo piso desde la que procedía la señal.

Una señora muy anciana se hallaba sentada en una silla junto a la ventana abierta, y a su lado, encima de una segunda silla, había un cilindro de oxígeno, de dimensiones algo menores pero similar en todo lo demás a aquellos a los que debíamos el seguir con vida.

La anciana volvió su rostro delgado, surcado de arrugas y con gafas hacia nosotros, que nos agolpábamos en la puerta.

—Temí quedar abandonada para siempre —dijo—, pues soy una inválida y no puedo moverme.

—¡Vaya, señora! —respondió Challenger—, es una feliz coincidencia que acertáramos a pasar por aquí.

—Tengo una pregunta importantísima que hacerles —dijo—. Caballeros, les agradecería que me contestasen con toda franqueza. ¿Qué consecuencias tendrán estos acontecimientos sobre las acciones de la London and Northwestern Railway?

Habríamos prorrumpido en carcajadas de no haber sido por la trágica fruición con que aquella mujer se aprestaba a escuchar nuestra respuesta. La señora Burston, pues tal era su nombre, era una anciana viuda cuyos únicos ingresos dependían de una pequeña cartera de dichos valores. Su vida se había visto condicionada por el alza o la baja del dividendo, y no era capaz de imaginarse su existencia salvo en la medida en que se veía afectada por la cotización de sus acciones. En vano le hicimos ver que todo el dinero del mundo se hallaba a disposición suya, y que no servía para nada. Su vieja mentalidad no lograba adaptarse a tan nueva idea, y se echó a llorar a lágrima viva por la suerte de sus esfumados valores.

—Era cuanto tenía —sollozó—. Si desaparece, lo mejor es que desaparezca yo también.

Entre gemidos y lamentaciones, nos enteramos de cómo aquella frágil y anciana planta había logrado salvarse allí donde todo un gran bosque había sido barrido del mapa. Aquella anciana era asmática e inválida crónica. Le habían prescrito oxígeno para su enfermedad, y una botella se encontraba en su habitación en el momento de sobrevenir la crisis. Había inhalado algo de

oxígeno tal como acostumbraba cuando tenía complicaciones respiratorias. Su estado se había aliviado, y mediante un racionamiento del gas logró sobrevivir durante la noche. Al final acabó por dormirse, despertándola el traqueteo de nuestro coche. Ante la imposibilidad de llevarla con nosotros, nos preocupamos de que tuviera a mano todo lo imprescindible para vivir y prometimos ponemos en contacto con ella al cabo de un par de días a lo sumo. Cuando la dejamos, aún seguía llorando amargamente por la pérdida de sus acciones.

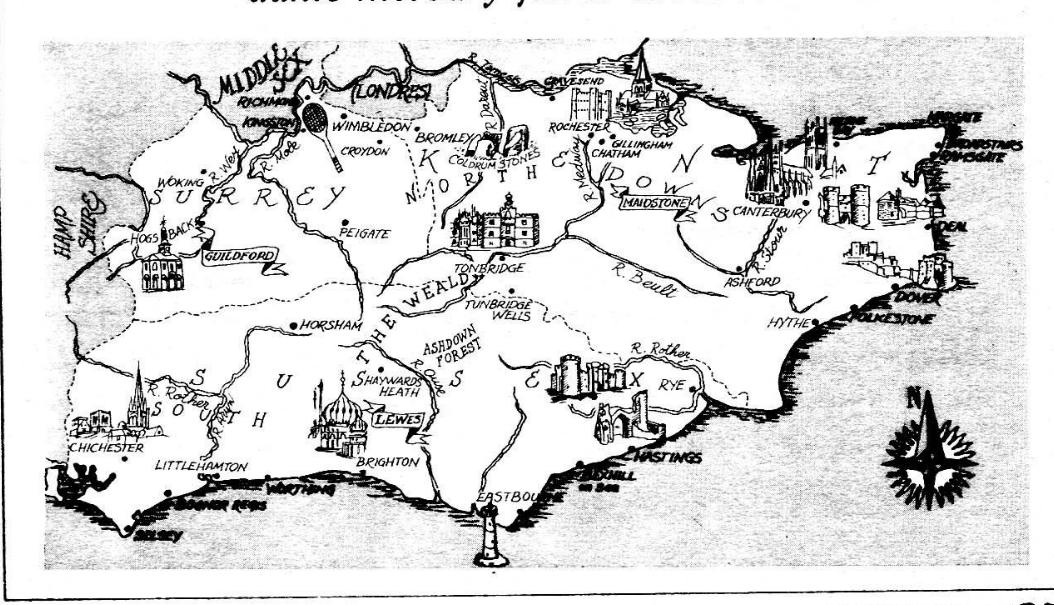
A medida que nos acercábamos al Támesis el atasco en las calles era cada vez mayor y los obstáculos resultaban más difíciles de salvar. Tras grandes esfuerzos logramos abrimos paso por el Puente de Londres. Los accesos al puente desde el lado de Middlesex se hallaban atascados de punta a punta, siendo tal el embotellamiento del tráfico que todo intento de seguir avanzando en aquella dirección resultaba inútil. Grandes llamaradas salían de un barco atracado en uno de los muelles junto al puente, y el aire estaba lleno de fragmentos de carbonilla y de un fuerte y acre olor a quemado. De las proximidades de las Casas del Parlamento salía una densa humareda, pero desde donde nos encontrábamos era imposible distinguir el origen del fuego.

EL WEALD

El Weald es una zona del sur de Inglaterra que se caracteriza por sus abundantes capas cretáceas. Por este motivo se conoce también con el nombre de Chalk Country (País de la Creta). Comprende parte de los condados de Sussex, Surrey, Kent y Hampshire.

Al condado de Kent —al que se refiere a través de sus personajes Conan Doyle— se le da el sobrenombre de Jardín de Inglaterra por sus abundantes bellezas naturales. Aquí puede admirarse la célebre campiña inglesa con su hierba abundante, sus árboles, sus flores, sus hermosos «cottages» y mansiones señoriales, envuelta en esa placidez bucólica que los ingleses han sabido mantener inalterable a lo largo de los siglos.

El condado de Sussex, donde Conan Doyle sitúa la casa del profesor Challenger, es un territorio suavemente ondulado, cubierto de prados y bosques. La parte costera, sin embargo, es célebre por sus South Dow (Dunas del Sur), que corren paralelas al mar creando hermosos rincones embellecidos por abundante hierba y flores silvestres.



—No sé qué opinarán ustedes —observó lord John, al tiempo que detenía el coche—, pero a mi parecer se está mejor en el campo que en la ciudad. Este Londres sepulcral me crispa los nervios. Creo que ganaríamos más si diésemos media vuelta y regresáramos a Rotherfield.

—Confieso que no veo qué podemos hacer aquí —dijo el profesor Summerlee.

—Al mismo tiempo —dijo Challenger, con su estentórea voz retumbando de forma extraña en medio del silencio—, resulta difícil imaginar que de un total de siete millones de personas sólo esa anciana, por alguna extraña peculiaridad física o por uno de esos avatares del destino, haya logrado sobrevivir a tamaña catástrofe.

—Si hubiera otros supervivientes, ¿cómo podríamos encontrarlos, George? —preguntó su mujer—. En cualquier caso, coincido contigo a que no podemos regresar en tanto no lo hayamos intentado.

Tras estacionarlo junto al bordillo, salimos del coche y nos pusimos a andar, no sin cierta dificultad, por la acera de King William Street que se hallaba abarrotada de gente, y al ver abierta la puerta de una gran compañía de seguros nos introdujimos en ella. Era una casa que hacía chaflán, por eso la elegimos con el fin de otear desde ella en todas las direcciones. Al subir la escalera pasamos por delante de lo que supuse debía ser la sala del consejo de dirección, pues en el centro de ella había una larga mesa con ocho hombres sentados alrededor. El ventanal estaba abierto, así que salimos al balcón. Desde allí pudimos ver las abarrotadas calles de la ciudad, mientras que debajo nuestro la calzada estaba negra de un extremo a otro por las capotas de los taxis parados.

Todo el mundo, o casi todo el mundo, asomaba la cabeza, prueba de que los aterrorizados hombres de la ciudad habían hecho un vano esfuerzo en el último momento por reunirse con sus familias en las afueras o en el campo. Aquí y allá descollaba entre los humildes taxis el gran coche con adornos de latón de algún acaudalado magnate, bloqueado sin remisión entre la impresionantes corriente de tráfico detenido. Justo debajo de nosotros había uno de gran tamaño y lujosa apariencia; dentro iba el dueño, un obeso anciano que asomaba la mitad de su voluminoso cuerpo por la ventanilla y alargaba su rechoncha mano, resplandeciente de diamantes, como si apremiase al chófer a que hiciera un último esfuerzo para abrirse paso entre la multitud.

Una docena de autobuses destacaban como islotes en medio de aquel diluvio; los pasajeros, que atestaban el techo, se hallaban amontonados unos encima de otros, cual si fuesen juguetes en un jardín de infancia. En una gran

farola que había en el centro de la calzada, se veía de pie a un barrigudo policía con la espalda recostada contra el poste en actitud tan natural que resultaba difícil advertir que no estaba vivo, mientras que a sus pies yacía un joven y andrajoso repartidor, con un hato de periódicos tirado a su lado. Un carro de reparto de periódicos se había visto atrapado entre la multitud y en él podía leerse en grandes letras de color negro sobre fondo amarillo: «Escándalo en la cámara de los lores. Encuentro de la división provincial, suspendido». Debía ser la primera edición, pues había otros carteles con la siguiente inscripción: «¿Es el final? Aviso de eminente científico». Y en otro: «¿Tiene razón Challenger? Escalofriantes rumores».

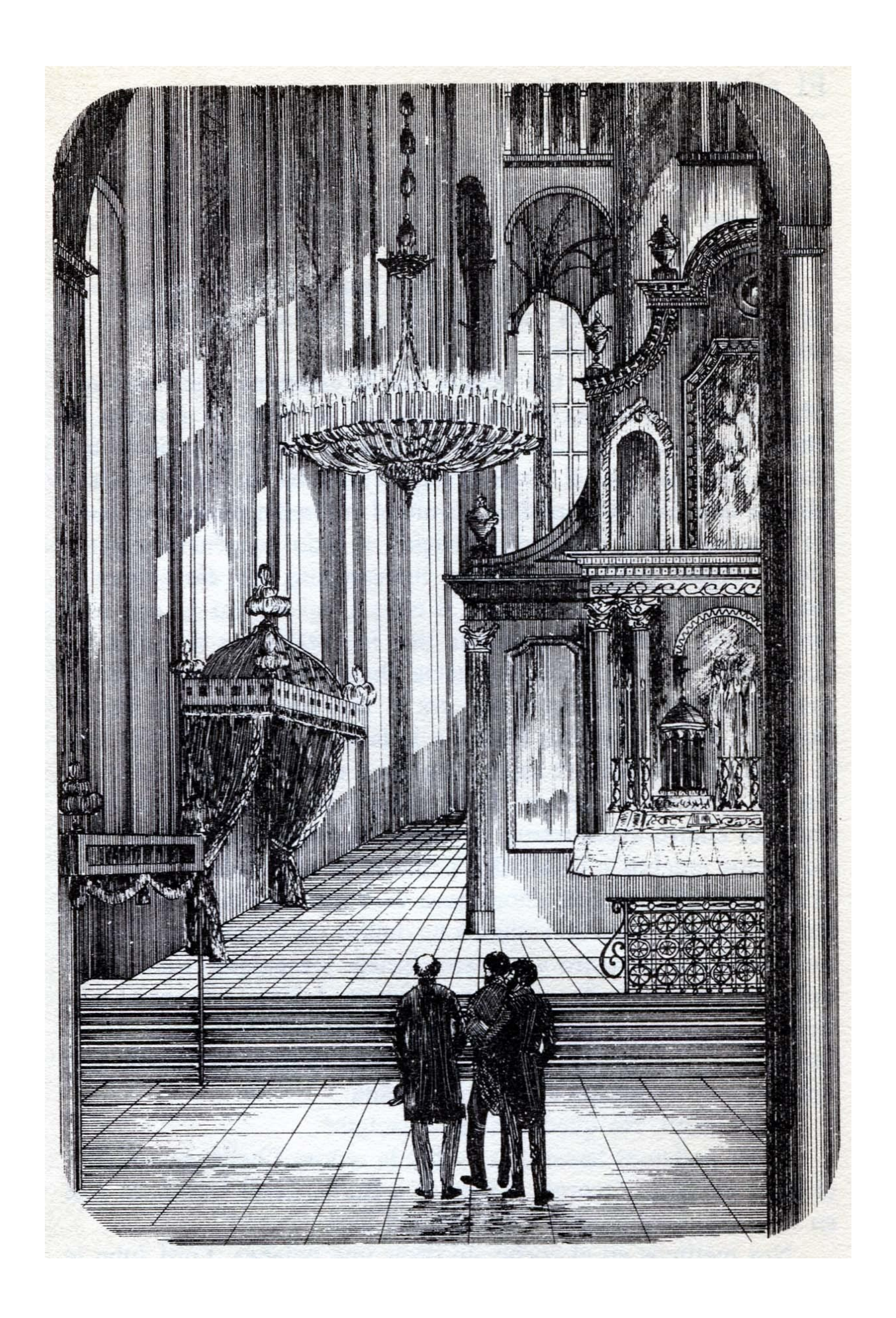
Challenger señaló el último cartel a su mujer al verlo descollar como si fuese una bandera entre el gentío. Aún le veo sacando el pecho y mesándose la barba mientras lo miraba.

Para aquella complicada mente era un motivo de satisfacción y halago que todo Londres hubiese pasado a mejor vida recordando su nombre y sus palabras. Sus sentimientos se traslucían de tal modo que incitaron a su colega a hacer un sardónico comentario.

—En candelero hasta el último momento, ¿eh, Challenger? —observó Summerlee.

—Eso parece —respondió Challenger, con cierto aire engreído—. Bueno, señores —añadió, mientras recorría con la mirada la amplia panorámica de calles que se ofrecía ante nosotros, todas en profundo silencio y todas rebosantes de muertos—, no veo razón para prolongar por más tiempo nuestra estancia en Londres. Propongo que regresemos inmediatamente a Rotherfield, y una vez allí, nos reunamos para decidir cómo emplear de la forma más útil posible los años que nos restan de vida.

Tan sólo recogeré un cuadro más de las escenas que nos trajimos en el recuerdo de la ciudad muerta. Se trata, en concreto, de la rápida mirada que echamos al interior de la antigua iglesia de St. Mary’s, precisamente el lugar donde nos aguardaba el coche. Tras abrimos paso por entre las figuras postradas que había en la escalinata, dimos un golpe a la puerta batiente y entramos en ella.



La vista que se ofrecía ante nosotros era prodigiosa. La iglesia se hallaba abarrotada de un extremo al otro con figuras arrodilladas en las más inimaginables posturas de imploración y súplica. En el último y crucial momento, enfrentadas de repente con las realidades de la vida, con esas realidades que se nos imponen incluso cuando vamos en pos de las sombras, las gentes aterrorizadas, se habían abalanzado sobre las antiguas iglesias de la ciudad que durante generaciones y generaciones apenas habían acogido feligreses. Allí se las veía hacinadas, con espacio únicamente para arrodillarse, muchas de ellas con el sombrero aún puesto debido al frenesí de los últimos instantes, mientras por encima de sus cabezas, en el púlpito, un joven vestido de lego parecía dirigirse a los asistentes en el preciso momento en que uno y otros se vieron arrollados por el mismo trágico destino. Como Punch en el teatro de marionetas, el joven tenía la cabeza y los fláccidos brazos colgando sobre el saliente del púlpito. Aquella grisácea y polvorienta iglesia, con los bancos repletos de figuras con expresión agonizante, en medio de la oscuridad y el silencio reinantes, era una auténtica visión de pesadilla. Recorrimos su interior hablando en voz baja y andando de puntillas.

De repente, una idea me vino a la cabeza. En un rincón de la iglesia, junto a la puerta, se levantaba la antigua pila bautismal, y detrás de ella había un hueco de cierta profundidad en el que colgaban las cuerdas para los campaneros. ¿Por qué no lanzar un mensaje que atrajese hacia nosotros a quienquiera que aún se hallase con vida en Londres? Me dirigí hacia allí corriendo y, al tirar de la cuerda cubierta de orillo, me sorprendí al comprobar lo difícil que era hacer doblar las campanas. Lord John me había seguido los pasos.

—¡Por San Jorge, joven! —dijo, quitándose el sombrero—. Se le ha ocurrido una magnífica idea. Écheme una mano y no tardaremos en moverla.

Pero ni por esas, tan pesada era la campana que hasta que Challenger y Summerlee no añadieron su peso al nuestro no oímos los sonoros repiques por encima de nuestras cabezas que nos indicaban que el gran badajo entonaba su nota musical. Mucho más allá del Londres sepulcral resonaba nuestro mensaje de camaradería y esperanza dirigido a todo congénere superviviente. Aquel sonoro y metálico llamamiento nos dio ánimos, y nos aplicamos con más ahínco si cabe a nuestra tarea; con cada tirón hacia arriba de la cuerda nos levantábamos dos pies del suelo, pero cuando tirábamos hacia abajo teníamos que hacer un gran esfuerzo. Challenger, que era el más bajo de todos, contribuía con toda su enorme fuerza a la labor, y subía y bajaba cual si fuese un horripilante sapo, croando a cada tirón que dábamos En ese instante un

artista debía haber hecho una fotografía de aquellos cuatro aventureros, aquellos camaradas que habían vivido juntos muchos e inusitados peligros en el pasado y a quienes el destino había elegido ahora para vivir tan sublime experiencia. Durante media hora no cesamos de doblar las campanas; el sudor nos corría por el rostro y nuestros brazos y espaldas estaban agotados por el tremendo esfuerzo realizado. Luego, salimos al pórtico de la iglesia y recorrimos atentamente con la mirada las silenciosas y abarrotadas calles. Ni un solo sonido, ni un solo movimiento, en respuesta a nuestra llamada.

—Es inútil. No queda nadie —exclamé.

—No podemos hacer más —dijo la señora Challenger—. ¡Por el amor de Dios, George, volvamos a Rotherfield! Una hora más en esta sepulcral ciudad y me volveré loca.

Nos metimos en el coche sin decir una palabra. Lord John le dio media vuelta y lo enfiló hacia el sur. Difícilmente podíamos esperar la nueva etapa que iba a abrirse ante nuestros ojos.



ahora me acerco ya al final de este extraordinario incidente de tan incalculable trascendencia, no sólo en lo que atañe a nuestras pequeñas vidas privadas sino a la historia misma del género humano. Como dije al empezar el relato, el día que tal historia se escriba, este suceso sobresaldrá, con toda seguridad, sobre los demás acontecimientos como si fuese una imponente montaña entre los montículos que la rodean. A nuestra generación se le ha reservado un destino muy especial, pues ha sido elegida para vivir tan prodigioso acontecimiento. Sólo el futuro podrá decimos cuánto durarán sus efectos y por cuánto tiempo la humanidad conservará la humildad y el respeto que esta gran conmoción le ha enseñado. Creo que no es aventurado señalar que las cosas no volverán jamás a ser como eran. Nunca llegamos a comprender lo insignificantes e ignorantes que somos y en qué medida nos sostiene una mano invisible, hasta que por un instante esa mano parece cerrarse y aplastarnos. La muerte se ha cernido sobre nosotros. Sabemos que en cualquier momento puede volver a hacerlo. Esa amenazadora presencia ensombrece nuestras vidas, pero ¿quién puede negar que debido a esa sombra el sentido del deber, la sensación de sobriedad y responsabilidad, la apreciación de la gravedad y de los objetivos de la vida, el sincero deseo de desarrollarse y perfeccionarse, han aumentado y se han vuelto esenciales para nosotros en un grado que ha transformado la sociedad entera del uno al otro confín? Es algo que trasciende a sectas y dogmas. Es más bien una alteración de la perspectiva, un trastrueque de nuestro sentido de la proporción, una vivida comprensión de que no somos sino criaturas evanescentes e insignificantes, que existimos por voluntad ajena y estamos a merced del primer viento glacial que nos envíe lo desconocido. Pero si bien es verdad que el mundo se ha vuelto más grave tras tomar conciencia de todo esto, no creo, empero, que sea un lugar más triste. Estamos, sin duda, de acuerdo en que los placeres más sobrios y constreñidos del presente son más profundos, a la vez que más prudentes, que el absurdo y ruidoso bullicio que con tanta frecuencia pasaba por diversión en los días de antaño…, días tan recientes y al tiempo tan inconcebibles. Aquellas vidas vacías que se malgastaban estúpidamente en ir de visita y ser visitado, en las preocupaciones propias de las viviendas

grandes e innecesarias, en preparar y disfrutar comidas elaboradas y tediosas, han encontrado sosiego y paz en la lectura, en la música, en los placeres de la vida familiar, como consecuencia de una división más sencilla y lógica del tiempo. Con mejor salud y mayores niveles de ocio las gentes ahora son más ricas, incluso tras pagar las cuantiosas contribuciones al fondo común que tanto han elevado el nivel de vida de estas islas.

Existe cierta contradicción respecto a la hora exacta en que se produjo el gran despertar. Por lo general, se está de acuerdo en que, aparte de las diferencias existentes entre un reloj y otro, pudieron darse ciertas condiciones locales que influyeron en la acción del veneno. En efecto, en cada comarca la resurrección se produjo prácticamente de forma simultánea. Hay numerosos testigos que afirman que én el Big-Ben eran las seis y diez minutos en aquel momento. El astrónomo real ha fijado el tiempo de Greenwich en las seis y doce minutos. Por su parte, Laird Johnson, un observador muy cualificado de la East Anglia, ha registrado las seis y veinte como la hora en que sobrevino el despertar de la humanidad. En las Hébridas habían dado ya las siete. Por lo que a nosotros se refiere, no hay el menor género de duda, pues yo estaba sentado en el estudio de Challenger con su cronómetro, cuidadosamente verificado, enfrente mía en ese preciso momento. Marcaba las seis y cuarto.

GRANDES EPIDEMIAS EN EL MUNDO

Año	Lugar	Tipo de epidemia	Muertos
80 antes de C.	Roma	Antrax	Varios miles
250-265	Roma	Plaga bubónica	Varios miles
558	Europa, Asia y Africa	Plaga bubónica y viruela	Millones de víctimas. Sólo en Constantinopla morían entre 5.000 y 10.000 personas al día
1340	Europa y Asia	Plaga bubónica que se conoció como la «Negra»	25 millones
1545	Cuba	Tifus	250.000 (?)
1560	Brasil	Viruela	Varios millones
1711	Alemania	Plaga bubónica	500.000
1800	España	Fiebre amarilla	80.000 (?)
1826-37	Europa	Cólera	900.000 sólo en 1831
1840	Todo el mundo	Cólera	Millones de víctimas
1883	Todo el mundo	Cólera	Millones de víctimas
1898	China e India	Plaga bubónica	3 millones
1917-19	Todo el mundo	Gripe pandémica	20-30 millones
1921	India	Cólera	500.000 (?)
1926	India	Viruela	423.000 (?)

Una enorme depresión se abatió sobre mí. El efecto acumulativo de todas las espantosas visiones que habíamos presenciado en el curso de nuestro viaje pesaba sobre mi ánimo. Dada mi portentosa salud y gran energía física, cualquier clase de obnubilación mental constituía un acontecimiento fuera de lo común. Estaba dotado de la facultad irlandesa de ver atisbos de humor incluso en las más sombrías situaciones. Pero ahora la oscuridad era estremecedora, sin paliativos. Los demás se encontraban abajo haciendo planes para el futuro. Yo estaba sentado junto a la ventana abierta de par en par, con la mano apoyada en la barbilla y el pensamiento absorto en lo trágico de nuestra situación. ¿Podríamos seguir viviendo? Era la pregunta que había empezado a hacerme. ¿Sería posible existir en un mundo donde todo era muerte? Al igual que en la física los cuerpos más grandes atraen hacia sí a los más pequeños, ¿no experimentaríamos una irresistible atracción de ese inmenso cuerpo de la humanidad que se había adentrado en el reino de lo desconocido? ¿Cómo sobrevendría el final? ¿Volvería a hacer acto de presencia el veneno? ¿O la tierra se haría inhabitable a causa de los productos mefíticos de la descomposición universal? O, por último, ¿haría presa en nosotros la espantosa situación en que nos encontrábamos y acabaríamos por perder el juicio? ¡Un grupo de locos en un mundo de muertos! Me hallaba dando vueltas a esta espantosa idea, cuando un ligero ruido me hizo echar una mirada a la carretera que se encontraba debajo de mí. ¡El viejo cabriolé subía la colina!

En ese preciso instante escuché el gorjeo de los pájaros, el estornudo de alguien que se encontraba en el patio y el movimiento de fondo en la campiña. Pero recuerdo bien que fue aquel absurdo, demacrado y vetusto cabriolé lo que retuvo mi mirada. Subía la cuesta renqueando y resollando. Luego, mi mirada se detuvo en el conductor que iba encorvado en el pescante y, por último, en el joven que se asomaba a la ventanilla con cierta excitación y gritaba una dirección. ¡Era indudable que todos se hallaban rebosantes de vida!

¡Todo el mundo volvía a estar vivo! ¿Habría sido todo una ilusión? ¿Cabría la posibilidad de que todo lo del cinturón de veneno no hubiese sido sino un fantástico sueño? Por un instante mi perplejo cerebro estuvo realmente dispuesto a creerlo. Luego miré hacia abajo y pude ver en mi mano la ampolla cada vez más hinchada producida por la cuerda de la campana. No había sido, pues, un sueño. Y he aquí que de pronto el mundo resucitaba, que la vida volvía al planeta gracias a una marea alta instantánea. Ahora, mientras mis ojos recorrían de un lado para otro todo lo largo y ancho del paisaje, la

veía en todas las direcciones… y moviéndose, para sorpresa mía, en el mismísimo surco en que se había detenido. Allí estaban los jugadores de golf. ¿Proseguirían el juego? ¡Pues, sí!, había un tipo que salía de un *tee*, y el grupo que se hallaba en el *green* estaba, sin duda, tirando al hoyo. Los segadores regresaban juntos a paso lento a su trabajo. La niñera se desprendió de una de sus cargas y luego se puso a empujar el cochecito cuesta arriba. Todo el mundo retomaba tranquilamente el hilo en el mismo punto en que lo había dejado.

Bajé corriendo las escaleras, pero la puerta del salón estaba abierta y hasta mí llegaron las voces de mis compañeros, voces altas que expresaban sorpresa y alegría, que se encontraban en el patio. ¡Con qué efusividad nos dimos la mano y nos reímos al vernos todos juntos y con qué emoción nos besó a todos la señora Challenger, antes de arrojarse entre los brazos de oso de su marido!

—¡Pero es imposible que estuviesen dormidos! —exclamó lord John—. ¡Bórreselo de la cabeza, Challenger!, no creerá que esa gente estaba dormida con la mirada fija, las piernas rígidas y esa horrible sonrisa fatídica en sus rostros.

—No puede haber sido otra cosa que la condición que se conoce por el nombre de catalepsia —dijo Challenger—. Ha sido un fenómeno raro en el pasado y siempre se ha tomado erróneamente por la muerte. Mientras se da, la temperatura desciende, la respiración se extingue, los latidos del corazón son imperceptibles…, de hecho *es* la muerte, sólo que transcurrido un rato desaparece. Ni incluso a las mentes más privilegiadas —en este punto cerró los ojos y esbozó una sonrisa afectada— se les habría pasado por la cabeza la posibilidad de que se produjera semejante estallido universal.

—Puede denominarlo catalepsia —observó Summerlee—, pero, después de todo, no es más que un nombre, y lo cierto es que sabemos tan poco del resultado como del veneno causante de todo. Lo más que podemos decir es que el viciado éter ha producido una muerte temporal.

Austin se hallaba hecho un ovillo en el estribo del coche. Fue su tos la que oí desde el piso de arriba. En un primer momento se llevó las manos a la cabeza en silencio, pero al poco se puso a murmurar algo para sus adentros y a recorrer el coche con la mirada.

—¡Será estúpido ese joven! —gruñó—. ¡No puedo descuidarme ni un momento!

—¿Qué pasa, Austin?

—Las válvulas de los lubricantes están abiertas, señor. Alguien ha estado entreteniéndose con el coche. Me imagino que es ese joven jardinero, señor.

Lord John echó una mirada culpable.

—No sé qué me pasa hoy —prosiguió Austin, haciendo un esfuerzo por levantarse—. Debía encontrarme mal cuando lo lavé con la manguera. Si no recuerdo mal, me desplomé en el estribo. Pero juraría que no dejé las válvulas del lubricante abiertas.

En un breve relato le dimos cuenta al asombrado Austin de lo que le había sucedido a él y al mundo entero. También se le aclaró el misterio de los lubricantes que goteaban. Puso una cara de profunda desconfianza cuando se le dijo que un aficionado había conducido su coche, y escuchó absorto las pocas frases sobre las experiencias que tuvimos en la ciudad dormida. Puedo recordar perfectamente lo que dijo, una vez concluida la narración de los hechos.

—¿Estuvo a las puertas del Banco de Inglaterra, señor?

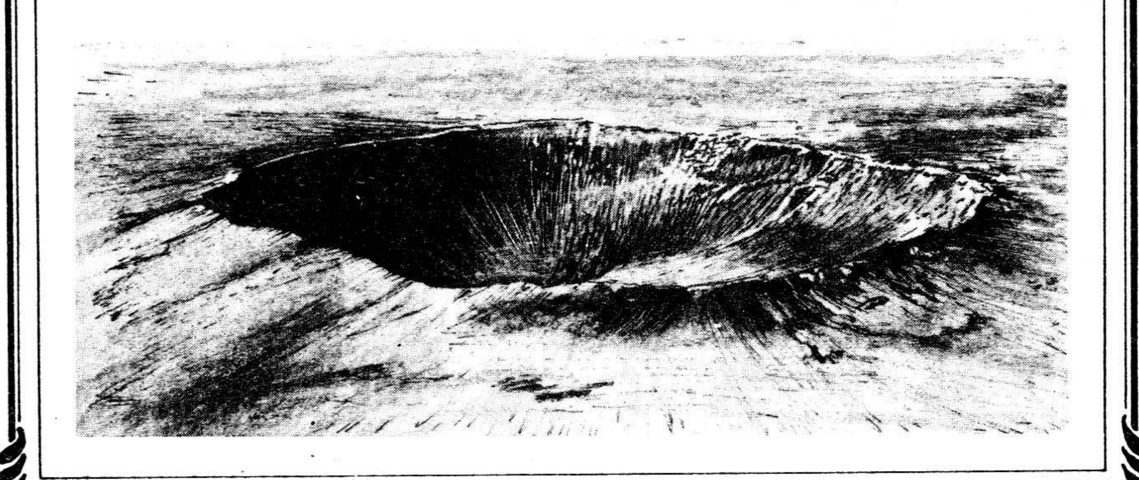
—Sí, Austin.

—¿Con todos los millones que hay dentro y todo el mundo dormido?

METEOROS Y METEORITOS

La infinidad de partículas existentes en el espacio entran constantemente en la atmósfera terrestre, ardiendo al rozar con el aire. Este fenómeno origina efectos luminosos que se conocen con el nombre de estrellas fugaces. La Tierra en su órbita anual alrededor del Sol atraviesa zonas donde abundan estas pequeñas partículas llamadas meteoros. En determinadas fechas a lo largo del año se producen intensas lluvias de estrellas fugaces. Una de las lluvias más célebres se da el 10 de agosto, cuando la Tierra cruza la zona correspondiente a la constelación de Perseo.

Los meteoros no suelen superar el tamaño de un grano de arena. Sin embargo, los meteoritos tienen grandes dimensiones, por lo que, al adentrarse en la atmósfera diversos fragmentos pueden llegar a la superficie de nuestro planeta. Se estima que al cabo del año unos 2.000 fragmentos de meteoritos alcanzan la superficie terrestre sin desintegrarse. Muy raramente estas partículas al chocar con el planeta tienen tamaños considerables. No obstante hay excepciones, como el aerolito que produjo hace siglos el cráter de Arizona, que alcanza 1.200 metros de longitud y 1.200 de profundidad.



—Sí, claro.

—¡Por qué no se me presentaría a mí la ocasión! —gruñó, y se volvió con aire sombrío para seguir lavando el coche.

De repente se escuchó un chirrido de ruedas sobre la grava. El viejo cabriolé acababa de detenerse a la puerta de Challenger. Vi salir al joven ocupante que iba en su interior. Un instante después la criada, que tenía un aspecto tan desgreñado y perplejo como si en ese preciso instante se hubiera despertado de un profundísimo sueño, apareció con una tarjeta en una bandeja. Challenger dio un resoplido al verla, y de tan airado como estaba pareció como si se le erizara su espesa mata de pelo negro.

—¡Un periodista! —rugió. Luego, con una sonrisa despreciativa, dijo—: Después de todo, es natural que todo el mundo quiera saber qué pienso de semejante episodio.

—No creo que sea esa la misión que le trae aquí —dijo Summerlee—, pues se hallaba en camino antes de que estallara la crisis.

Miré la tapeta: —James Baxter, corresponsal en Londres, *New York Monitor*.

—¿Le recibirá? —pregunté.

—No seré yo quien lo haga.

—¡Vamos, George! Debería ser más amable y complaciente con los demás. Pero ¿es que no ha aprendido nada de la experiencia que hemos vivido?

Soltó una exclamación y sacudió su grande y obstinada cabeza.

—¡Una casta envenenada! ¿Eh, Malone? ¡La peor casta de la civilización moderna, la herramienta ideal del charlatán y el mayor estorbo del hombre que se precie! ¿Cuándo han dicho por casualidad algo bueno acerca de mí?

—¿Cuándo les ha dicho usted algo bueno a ellos? —respondí—. Vamos, señor, se trata de un desconocido que ha hecho un viaje para verle a usted. Estoy seguro de que no se portará como un grosero con él.

—Está bien, está bien —gruñó—, usted me acompaña y se encarga de llevar todo el peso de la conversación. Protesto por adelantado contra tan flagrante invasión de mi vida privada. Refunfuñando y hablando entre dientes, me siguió cual si fuese un enfurecido mastín fácilmente irritable.

El apuesto joven americano sacó su cuaderno de notas y se lanzó directamente al grano:

—Vine hasta aquí, señor —dijo—, porque a los norteamericanos les gustaría mucho oír algo más acerca de ese peligro que, en su opinión, se cierne sobre el mundo.

—No sé de ningún peligro que en la actualidad se cierna sobre el mundo —respondió Challenger en tono brusco.

El periodista le miró con cierta sorpresa.

—Me refiero, señor, a la posibilidad de que el mundo pueda verse sumergido en un cinturón de éter venenoso.

—No temo la posibilidad de tal peligro —dijo Challenger.

El periodista parecía más perplejo si cabe.

—Usted es el profesor Challenger, ¿no? —preguntó.

—Sí, señor; así me llamo.

—No logro comprender, entonces, cómo puede decir que no existe tal peligro. Me estoy refiriendo a su carta, publicada bajo su nombre en *The Times* de Londres de esta mañana.

Quien se sorprendió entonces fue Challenger.

—¿Esta mañana? —dijo—. *The Times* de Londres no se publicó esta mañana.

—¡Vamos, señor!, sé bien lo que digo —dijo el norteamericano, con un ligero tono de protesta—; convendrá conmigo que *The Times* de Londres es un diario —sacó un ejemplar de su bolsillo interior—. Esta es la carta a la que me refiero.

Challenger rió entre dientes y se frotó las manos.

—Empiezo a comprender —dijo—. Así que usted leyó la carta esta mañana.

—Sí, señor.

—Y rápidamente se trasladó hasta aquí para hacerme una entrevista.

—Sí, señor.

—¿Observó algo fuera de lo normal durante el recorrido que le llamara la atención?

—Pues, a decir verdad, la gente parecía más animada y, en general, más amable de lo que es habitualmente. El mozo de las maletas se puso a contarme un chiste, y eso es algo nuevo para mí en este país.

—¿Nada más?

—Pues no, señor, al menos que yo recuerde.

—Bien, no importa; ¿a qué hora salió usted de la estación Victoria?

El norteamericano sonrió.

—Vine aquí a entrevistarle, profesor, pero, vamos a ver: ¿aquí quién pregunta, usted o yo?

—Es que verá, tengo un especial interés. ¿Recuerda la hora?

—Seguro. Eran las doce y media.

—¿Y llegó a…?

—A las dos y cuarto.

—¿Y tomó un cabriolé?

—Efectivamente.

—¿A qué distancia más o menos cree que estamos de la estación?

—Pues, diría que a unas dos millas.

—Entonces, ¿cuánto tiempo cree que tardó?

—Media hora quizá; claro, con un asmático como ése delante.

—Entonces, ahora serían las tres, ¿no?

—Sí, todo lo más un poco más tarde.

—Mire el reloj.

El norteamericano lo hizo, y luego se quedó mirándonos con aire perplejo.

—¡Anda! —exclamó—. Está atrasado. Ese caballo ha roto todos los récords, seguro. El sol está muy bajo, ahora que me doy cuenta. Hay algo en todo esto que no acabo de entender.

—¿No recuerda que le sucediera nada en especial mientras subía la colina?

—Bueno, creo recordar que me quedé profundamente dormido. Recuerdo que quise decirle algo al conductor, pero no logré que se volviera. Debía ser el calor reinante, pero por unos momentos sentí como si me marease. Eso es todo.

—Y eso mismo le ha sucedido a todo el género humano —me dijo Challenger—. Por unos momentos todos se sintieron mareados. Nadie tiene la menor idea de qué ha ocurrido. Cada uno proseguirá su tarea interrumpida como si no hubiera pasado nada; así, Austin cogió la manguera y los jugadores de golf siguieron jugando. Su director, Malone, seguirá editando periódicos, y no sabrá cómo salir de su perplejidad al comprobar que falta un número. Sí, mi joven amigo —añadió, dirigiéndose al periodista norteamericano, con aire súbitamente jovial—, quizá le interese saber que el mundo se ha visto sumido en la corriente de veneno que da vueltas por el océano de éter, una especie de Corriente del Golfo. Le ruego, asimismo, que para su futura conveniencia observe que hoy no es viernes, veintisiete de agosto, sino sábado veintiocho de agosto, y que permaneció sentado inconsciente en el cabriolé por espacio de veintiocho horas en la colina de Rotherfield.

Y «llegados a este punto», como diría mi colega norteamericano, doy por concluido el relato. No es, como probablemente hayan advertido, sino una versión algo más completa y detallada del reportaje que apareció en el

número del lunes del *Daily Gazette*, un reportaje que se ha reconocido universalmente como la más grande exclusiva periodística de todos los tiempos, gracias al cual se vendieron no menos de tres millones y medio de ejemplares del periódico. Enmarcado en la pared de mi *sancta sanctorum* aún conservo aquellos magníficos titulares:

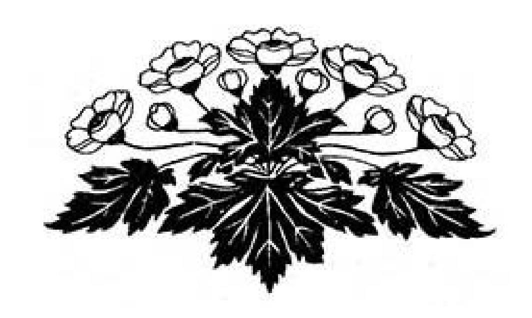
VEINTIOCHO HORAS DE COMA UNIVERSAL
ACONTECIMIENTO SIN PRECEDENTES
CHALLENGER TENÍA RAZÓN
NUESTRO CORRESPONSAL SE LIBRA
FASCINANTE RELATO
LA HABITACIÓN DE OXÍGENO
INCREIBLE VIAJE EN AUTOMÓVIL
LONDRES MUERTO
SUSTITUCIÓN DE LA PÁGINA PERDIDA
GRANDES FUEGOS Y PÉRDIDAS DE VIDA
¿VOLVERÁ A OCURRIR?

Bajo este espectacular encabezamiento se desplegaba un reportaje de nueve columnas y media, en el que se daba cuenta por primera, última y única vez de la historia del planeta, en la medida en que un observador supo redactarla, durante todo un largo día de su existencia. Challenger y Summerlee han tratado el tema en un trabajo científico redactado conjuntamente, pero a mí sólo me correspondió hacer el relato divulgador de los hechos. Sin duda, ya puedo entonar el «*Nunc Dimitís*». Después de haber vivido semejante experiencia, ¿qué es todo lo demás sino anticlímax en la vida de un periodista?

Pero no terminaré limitándome a recoger titulares sensacionales y un triunfo meramente personal. En su lugar citaré los sonoros pasajes con que el más grande de los diarios concluía su admirable editorial sobre el tema, un editorial que deben tener siempre presente los hombres precavidos.



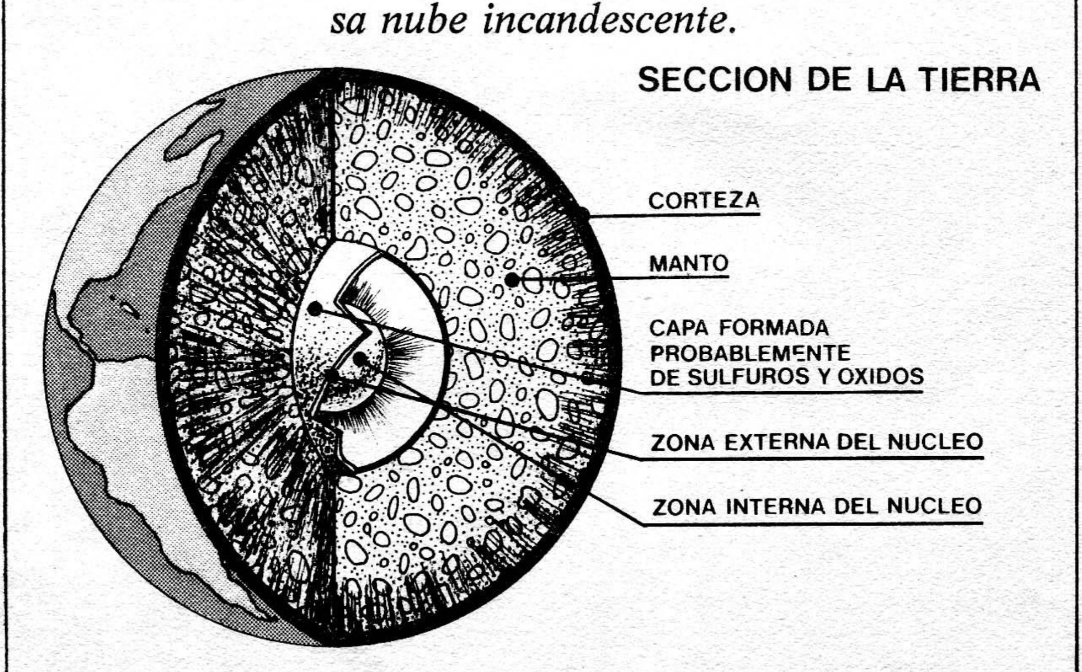
«Ha constituido un manido axioma —decía *The Times*— que el género humano es un pueblo débil frente a las infinitas fuerzas latentes que nos rodean. Tanto de los profetas de antaño como de los filósofos de nuestro tiempo nos ha llegado el mismo mensaje y aviso. Pero, al igual que todas las verdades con frecuencia repetidas, ha perdido con el tiempo algo de su vigencia y fuerza. Una lección, una experiencia real, se necesitaba para comprenderlo en todo su alcance y dimensión. De esa salutífera pero terrible prueba acabamos de salir, con unas mentes que aún no se han recuperado de lo imprevisto del golpe, y con unos espíritus escarmentados tras advertir nuestras limitaciones e impotencias. El mundo ha pagado un precio muy alto por aprenderlo. Apenas empezamos a conocer la historia completa del desastre, pero tan sólo la destrucción por el fuego de Nueva York, Orleans y Brighton constituye en sí una de las más grandes tragedias en la historia de la humanidad. Cuando dispongamos de la relación completa de accidentes ferroviarios y marítimos estamos seguros de que producirá en el lector una profunda desazón, aunque hay pruebas para afirmar que en la gran mayoría de los casos los maquinistas de trenes y barcos lograron desconectar su energía motriz antes de sucumbir a los efectos del veneno. Pero los daños materiales, enormes tanto en vidas como en bienes, no debemos considerarlos hoy como lo más importante. Todo se olvidará con el tiempo. Sin embargo, lo que no se olvidará jamás, y lo que seguirá y deberá seguir obsesionándonos, es esta revelación de las posibilidades del universo, esta demolición de nuestra engreída ignorancia y esta demostración de cuán angosto es el sendero por el que discurre nuestra existencia material y de los abismos que pueden abrirse a uno y otro lado de ella. Respeto y humildad constituyen hoy el fundamento de nuestras emociones. Confiemos en que sean los cimientos sobre los que una especie más auténtica y fervorosa pueda levantar un templó más digno».



EL FIN DE LA TIERRA

Según algunos científicos, el origen de nuestro sistema solar se debe a una catástrofe cósmica. Y, también, mediante una catástrofe cósmica desaparecerá algún día, aunque es muy posible que antes de que esto ocurra la Tierra sea ya un planeta sin vida en su superficie, como nuestros vecinos Venus y Marte. La vida de las estrellas experimenta una serie de variaciones desde que nacen hasta que mueren. El tamaño de la estrella influye en el modo en que se extinguirá. Las pequeñas, con una masa ligeramente inferior a la de nuestro Sol, van perdiendo su luminosidad hasta convertirse en estrellas enanas blancas. Pero al mismo tiempo su masa se contrae, lo que hace aumentar su calor. En el supuesto de que la estrella tuviera planetas, éstos quedarían calcinados.

Por otra parte, las estrellas gigantes mueren mediante una gran explosión que arroja parte de su masa al espacio. En este caso, la Tierra recibiría los chorros abrasadores del Sol y se transformaría en una inmensa nube incandescente.





SIR ARTHUR CONAN DOYLE (Edimburgo, 22 de mayo de 1859-Crowborough, 7 de julio de 1930) nació en Edimburgo, Escocia. Estudió medicina y comenzó a ejercer como médico a partir de 1882. Después de realizar un viaje por África y las regiones árticas, así como intervenir en las campañas de Sudán y la guerra de los Boers, se dedicó por entero a la literatura. Publicó su primera novela en 1887 («Estudio en escarlata»), en la que aparecía el personaje que pronto se haría célebre: el detective Sherlock Holmes. El éxito logrado con la publicación en el «Strand Magazine» de «Las aventuras de Sherlock Holmes» daría lugar a una serie de novelas policíacas protagonizadas por el famoso detective.

Pero además del policíaco, Conan Doyle tocó diversos géneros, como la novela histórica y la de aventuras. Dentro de estas últimas sobresale la serie dedicada al profesor Challenger, iniciada con la obra «Un mundo perdido».

Notas

[1] Canción que celebra la llegada del Año Nuevo y despide al viejo año que se va. *(N. del T.)* <<